

 HARLEQUIN™

*Jazmin*™

# LA PROPOSICIÓN MÁS DESEADA

JESSICA HART



*Jazmin*

LA PROPOSICIÓN  
MÁS DESEADA  
Jessica Hart



*OceanofPDF.com*



Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2004 Jessica Hart

© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

La proposición más deseada, n.º 1998 - julio 2017

Título original: Christmas Eve Marriage

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.  
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9170-077-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

# Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Si te ha gustado este libro...

*OceanofPDF.com*

# Capítulo 1

NADA.

Thea cerró la puerta del frigorífico y comenzó a examinar los armarios de la cocina, pero enseguida vio que éstos estaban igualmente vacíos de algo que se pareciera remotamente a un desayuno.

¡Qué estupenda manera de iniciar las vacaciones! Un viaje de pesadilla, un antipático vecino, menos de cuatro horas de sueño y nada para comer.

—Me dijo que me pasara quince días en Creta —musitó, recordando las palabras de su hermana—. Necesitas un descanso. Será muy hermoso. Nada que hacer nada más que leer, relajarte y... morirte de hambre.

—¿Qué estás haciendo?

La voz de Clara hizo que Thea se incorporara y que se apartara el enredado cabello del rostro. Su sobrina estaba al pie de las escaleras, con aspecto somnoliento y muy dulce, vestida con una camiseta de color rosa. No había duda de que se podía tener aquel aspecto a los nueve años, después de dormir cuatro horas, cuando se tenía la piel de melocotón y un bonito y firme cuerpo y no a los treinta y cuatro, cuando, para empezar, la piel de melocotón y el cuerpo firme jamás habían figurado entre los atributos de una mujer.

—Estoy tratando de encontrar algo que desayunar —dijo Thea, bostezando.

—Oh, estupendo. Tengo hambre.

—Yo también —afirmó Thea.

Nada nuevo. Resultaba fácil decir que Clara y ella estaban emparentadas. Cualquiera hubiera dicho que estarían demasiado cansadas como para tener hambre. Aquella mañana se habían acostado casi a las cinco y media y, en aquellos momentos, eran poco más de las nueve. Cualquier estómago normal estaría aún acongojado por un viaje de pesadilla a un país extranjero y el puro agotamiento, pero los estómagos Martindale estaban hechos a prueba de bombas.

Thea ni siquiera había perdido peso por Harry. No era justo. Todas sus amigas perdían el apetito en el momento en el que pasaban por una crisis emocional, pero la tristeza jamás funcionó como dieta para ella. La superaba comiendo.

Desgraciadamente, no tenían mucho que comer en aquellos momentos.

–No encuentro nada para comer –le dijo a Clara–. Creo que tendremos que ir a hacer la compra antes de poder desayunar.

–Pero si no hay tiendas por aquí –replicó Clara, con el rostro compungido–. Tendremos que ir en el coche a esa ciudad por la que pasamos anoche y tardaremos mucho tiempo. Está a kilómetros de aquí...

–Lo sé. No estoy segura de poder enfrentarme a las curvas de esa carretera otra vez, y mucho menos sin haber comido.

–¿Qué vamos a hacer?

–Bueno, en primer lugar creo que deberíamos llamar a tu madre y preguntarle por qué reservó una casa en este lugar apartado de Dios, en vez de haber alquilado un bonito apartamento en la playa cerca de las tiendas y los restaurantes.

–Ella nos dijo que estaba muy aislada –admitió Clara.

–Así es.

Thea observó la vista a través de la ventana de la cocina sin ningún entusiasmo. Colinas rocosas, campos de olivos y los picos de las espectaculares Montañas Blancas en la distancia... Todo aquello estaba muy bien pero, en aquellos momentos, ella hubiera sacrificado un paisaje tan pintoresco por un feo supermercado y un restaurante de plástico, preferiblemente uno que despachara café por litros y desayunos cargados de calorías.

–Vamos a tener que preguntarles a las personas que viven en las otras casas si nos pueden prestar algo de pan o lo que sea hasta que podamos ir a comprar –decidió Thea, tras pensar durante unos segundos.

–No tenemos que preguntar a ese hombre tan gruñón que conocimos anoche, ¿verdad?

–Creo que hay tres casas. Probaremos primero en las otras –dijo Thea, tratando de mostrar una actitud positiva–. Tal vez serán más simpáticos.

«Al menos, no podían ser menos simpáticos», pensó tristemente. Menudas vacaciones. No había pensado en tener que empezar pidiendo un poco de pan y agua. ¿Por qué estas cosas siempre le ocurrían a ella?

Se vistieron, Thea con unos pantalones cortos y una camiseta y Clara simplemente con una camiseta por encima del traje de baño, y se marcharon en busca de algo para desayunar.

A pesar del hambre, se detuvieron un instante contemplando lo que las rodeaba. Era la primera vez que veían las casas, tres edificios de piedra alrededor de una piscina comunitaria que relucía bajo el maravilloso sol griego.

—Genial —susurró Clara—. ¿Puedo nadar después de desayunar?

Todo estaba muy tranquilo. El aire era cálido y olía a hierbas aromáticas. Thea olisqueó apreciativamente.

—Maravilloso... tomillo y orégano. Compraremos un poco de cordero para cenar esta noche.

—Vamos a desayunar primero —dijo Clara, que era mucho más práctica.

Su casa estaba entre las otras dos. La de la derecha era la casa a la que habían ido por equivocación la noche anterior.

—Probemos en ésta primero —dijo Thea, señalando hacia la de la izquierda. Todo estaba muy tranquilo mientras empezaron a subir los escalones que llevaban hacia la terraza de la casa—. ¿Hola? —preguntó, sin obtener respuesta alguna.

—Creo que no hay nadie —susurró Clara.

—Eso parece.

De mala gana, miraron hacia la otra casa. Desde allí, se veía claramente a un hombre sentado frente a una mesa bajo una pérgola en la que se enredaba una parra. A su lado, se sentaba una niña, que se estaba poniendo los zapatos de mala gana.

—Ahí está —musitó Thea.

—Aún parece enojado —comentó Clara.

Estaban demasiado lejos para poder ver la expresión de su rostro, pero Thea veía perfectamente lo que su sobrina quería decir. El lenguaje corporal de las dos personas que había sobre aquella terraza no resultaba muy agradable. Thea se mordió el labio. Ya había experimentado el filo de la lengua de aquel hombre y no le apetecía volver a sufrirlo. Efectivamente, la equivocación había sido de ellas, pero no había habido necesidad alguna para que él se enfadara tanto, ¿no?

Si Thea hubiera tenido un poco de orgullo, habría ido por las llaves de su coche y se habría enfrentado a las curvas de la carretera antes de pedirle a

aquel hombre ni siquiera un vaso de agua. Se estaba produciendo una batalla entre el orgullo y el estómago. Fue el estómago el que ganó. No se había producido ninguna sorpresa.

—Probablemente tiene una esposa muy agradable que está en el interior de la casa —le dijo a Clara—. Tal vez ella se sienta culpable por el modo en el que nos gritó anoche. No estábamos haciendo tanto ruido, después de todo.

—Eran las cinco de la mañana —le recordó Clara, con voz sombría—. Y te chocaste contra su coche.

—Sólo se lo abollé un poco.

—Tal vez deberíamos ir a esa ciudad —sugirió Clara. Sin embargo, Thea había tomado una decisión.

—Mira. ¡Tiene café! —exclamó. Haría cualquier cosa por una taza de café en aquellos instantes—. Vamos a ver. No va a ser grosero delante de su hijita, ¿verdad?

Clara no parecía muy convencida, pero había visto que su tía estaba completamente decidida.

—Muy bien, pero hablas tú —le advirtió.

Animada ante la perspectiva de una taza de café, Thea rodeó la piscina con su sobrina. Pasaron por delante de su casa y, sólo cuando llegaron al pie de las escaleras de la otra casa, le empezó a fallar el ánimo. De cerca, el rostro del hombre parecía muy serio. Evidentemente, estaba sumido en sus pensamientos y no parecía que estos fueran particularmente felices. No las había visto aún. Thea dudó.

—Tal vez esto no sea tan buena idea —musitó.

—Vamos —susurró Clara—. Estamos aquí y yo me muero de hambre.

Thea abrió la boca para protestar, pero, justo entonces, la niña las vio y se levantó para mirarlas. Le tiró a su padre de la manga, lo que hizo que él girara la cabeza y las viera a los pies de las escaleras. Las intimidantes cejas se levantaron con un gesto de sorpresa. Thea tragó saliva. Era demasiado tarde para echarse atrás. Cuadró los hombros y empezó a subir las escaleras con gran seguridad. Clara la siguió de mala gana.

—¡Buenos días! —exclamó, con una brillante sonrisa, la que le habría dedicado a alguien que jamás hubiera visto antes. A alguien que no la hubiera gritado.

—Buenos días —respondió él, algo asombrado por la sonrisa de Thea, mientras se ponía de pie.

Al menos, su voz había sonado fría, pero cortés. Al menos no se había puesto de pie echo una fiera como lo había hecho hacía sólo unas pocas horas. No era una bienvenida muy cálida, pero Thea tenía que admitir que, después de todo, no se la merecía.

—Hola —le dijo a la niña, con una sonrisa nerviosa en el rostro. La pequeña mantuvo el rostro impertérrito. Parecía que la seriedad era cosa de familia. Se volvió a mirar al hombre—. Nosotras... Bueno, nos pareció que deberíamos venir a disculparnos por lo de anoche... bueno, por lo de esta mañana —añadió. Distraída por el aroma del café, miró muy a su pesar a la cafetera, pero inmediatamente se obligó a centrarse en el hombre—. Siento mucho haberle despertado y... haberme chocado con su coche.

Para su sorpresa, la severidad que se le había dibujado en el rostro se aligeró un poco.

—Creo que yo soy el que debería disculparse. Me temo que fui muy grosero con usted. Había tenido un día algo difícil —dijo, mirando involuntariamente a su hija—, y una tarde aún peor, por lo que estaba de un humor de perros antes de que ustedes llegaran. No fue justo pagarlo todo con usted.

Lo último que Thea hubiera esperado de aquel hombre era una disculpa. Se quedó completamente atónita.

—No le culpo por haberse enojado —replicó—. Era muy tarde y sé que llegamos haciendo mucho ruido. Es que habíamos tenido un viaje de pesadilla. El avión sufrió un retraso, luego hubo problemas con el equipaje en el aeropuerto, lo que significó que tuvimos que esperar durante horas para que nos dieran las maletas. Cuando encontramos el lugar en el que alquilan los coches, yo estaba tan cansada que era como un zombi... y eso fue antes de que tuviéramos que conducir por una carretera muy oscura para llegar hasta aquí.

—En circunstancias normales, no es un trayecto fácil para conducir —dijo, lo que en opinión de Thea fue muy amable. No le parecía la clase de hombre al que aquella carretera le hubiera resultado difícil. Tenía un aire competente, que podría resultar intimidante y tranquilizador a la vez, dependiendo de lo mucho que una necesitara una persona competente al lado.

—No sabía que esto estaba tan lejos o que las carreteras fueran tan malas. Para empezar, no soy demasiado buena conductora, dado que estoy más

acostumbrada a tomar taxis. Llegué a pensar que jamás llegaríamos aquí. La carretera parecía interminable en aquella oscuridad y teníamos miedo de caer por un precipicio. ¿No le parece que alguien debería haber pensado en poner unos quitamiedos? Supongo que sentí tanto alivio por haber llegado que dejé de concentrarme. Tomamos ese giro de ahí —explicó, señalándolo—, y, casi sin darme cuenta, me encontré con su coche. No lo vi hasta que fue demasiado tarde. En realidad, no iba muy deprisa —añadió, con un gran sentimiento de culpa. Afortunadamente, él parecía más divertido que otra cosa. ¡Vaya cambio de la noche anterior!—. En realidad, fue un golpecito de nada, pero supongo que fue el colmo. Las dos estábamos tan cansadas que nos empezamos a reír, en realidad por no llorar.

—Entonces, a eso se debían las risas —comentó él, secamente—. Me pregunté qué sería tan gracioso.

—Creo que fue histeria más que otra cosa, pero, una vez que empezamos a reír, ya no pudimos parar. Ya sabe lo que ocurre cuando...

Thea se interrumpió al ver que él se limitaba a mirarla. Por supuesto que no lo sabía. Claro que no.

—Bueno... no nos dimos cuenta de todo el ruido que estábamos haciendo, evidentemente —se apresuró a añadir—. Entonces, cuando nos encontramos en la casa equivocada, nos pareció todavía más gracioso.

O lo había sido hasta que él bajó hecho una fiera por las escaleras y exigió que se le explicara que diablos creían que estaban haciendo. Se había puesto furioso, y con razón. Thea sabía que si a ella la hubieran despertado a esas horas de la mañana tras chocarse con su coche y que, además, hubieran empezado a reírse mientras irrumpían en su casa, tampoco se habría sentido muy alegre.

—Lo siento muchísimo —dijo, preguntándose por qué, de repente, le parecía tan importante convencerlo de que no era tan estúpida como había podido parecer la noche anterior.

—No se preocupe —replicó él—. Usted no tiene la culpa de que yo careciera por completo de sentido del humor anoche. Creo que deberíamos fingir que jamás nos hemos visto y volver a empezar, ¿no le parece?

—Es muy amable de su parte —afirmó Thea, con una sonrisa en los labios—. Me llamo Thea Martindale y ésta es mi sobrina, Clara.

—Rhys Kingsford.

Mientras se estrechaban las manos, Thea no pudo evitar pensar lo bonitas que él las tenía. Manos firmes, cálidas, capaces... No había torpeza, ni nudillos abultados ni apretones sin fuerza alguna. Sí, en lo de apretar las manos, muy buena nota.

En cuanto al resto de él, no parecía perder mucho cuando se le examinaba de cerca. Tal vez tenía un aspecto algo severo, con esas cejas oscuras y rasgos muy duros, pero era mucho más atractivo de lo que le había parecido a Thea la noche anterior. No era guapo como Harry, nadie podía ser tan guapo como él, pero... Sí, definitivamente era muy atractivo.

Rhys señaló a la niña que seguía sentada a la mesa y que parecía negarse a mostrar el más mínimo interés en lo que estaba pasando.

—Es mi hija, Sophie.

—Hola, Sophie —dijo Thea. Clara le dedicó una simpática sonrisa.

—Di hola, Sophie —le recriminó su padre, que había hecho un gesto de contrariedad cuando vio que la niña se había limitado a encogerse de hombros.

—Hola —musitó Sophie, de mala gana.

Rhys esbozó una sonrisa. Evidentemente, estaba tratando de controlar la frustración que le había producido la actitud de su hija.

—Bueno, ¿te apetece un poco de café? Hay mucho en la cafetera y aún está caliente.

—Te lo agradecemos mucho —replicó Thea, antes de que él se arrepintiera de haberlas invitado—. En realidad, habíamos venido también para ver si nos podía dar un poco de pan o algo para desayunar —añadió, en respuesta a un codazo de Clara—. No tenemos nada en la casa y las tiendas están muy lejos.

—Por supuesto —dijo Rhys—. Sophie, ¿por qué no vas a ver qué puedes encontrar para desayunar? Trae también una taza para Thea.

Sophie frunció el ceño.

—No sé dónde están las tazas —replicó.

—Mira en el armario —dijo él, tratando de contenerse—. Hay pan y mermelada en la mesa. Tráelo también, junto con lo que a Clara le apetezca tomar para beber.

—Yo te ayudaré —se ofreció Clara rápidamente, al ver que Sophie abría la boca para protestar.

Sophie dudó durante un instante, pero tras una mirada implacable de su padre, se dignó a levantarse de la silla y a meterse en el interior de la casa,

seguida por una inmutable Clara.

—Lo siento mucho —comentó Rhys, tras una incómoda pausa. Entonces, le indicó a Thea que tomara asiento—. En estos momentos está pasando por un periodo muy difícil.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi ocho.

—Clara tiene nueve. Deberían hacerse buenas amigas.

—No creo que Sophie esté dispuesta a llevarse bien con nadie en estos momentos —confesó él, con un suspiro.

—Clara se lleva bien con todo el mundo. Estoy segura de que se harán amigas enseguida.

—Clara parece una niña muy agradable.

—Lo es. A veces resulta descorazonador darse cuenta de que una niña de nueve años es más sensata que yo, pero, aparte de eso, es estupenda. También es muy buena compañía. A veces, resulta fácil olvidarse de que sólo tiene nueve años.

—¿Estáis las dos solas de vacaciones?

—Sí. Clara debía haber venido con mi hermana, pero Nell se cayó hace tres semanas en una escalera de la playa y se rompió un pie y una muñeca, lo que significa que, desde entonces, está prácticamente inmovilizada. Como ella no puede conducir ni andar, le habría sido imposible salir de la casa, aunque hubiera podido llegar aquí.

—¡Qué mala suerte! —dijo Rhys—. ¿Tenía seguro?

—Sí. Mi hermana Nell ha sido siempre muy sensata en cosas de ese tipo. Estoy segura de que hubiera podido reclamar el coste de cancelar las vacaciones, pero Clara se habría llevado una gran desilusión. Llevaba mucho tiempo esperando esto. Su padre nunca la lleva de vacaciones. Ahora tiene una nueva familia y su actual esposa no siente mucha simpatía por Clara. Creo que probablemente se siente celosa de ella.

—¿Están divorciados los padres de Clara? —preguntó Rhys, muy sorprendido—. Ella parece tan feliz...

—Está bien. Era muy pequeña cuando Simon se marchó, por lo que siempre ha dado por sentado el hecho de que sus padres viven separados. Ve a Simon con regularidad y mi hermana Nell ha tenido mucho cuidado de no mostrar amargura alguna. ¿Estás tú también divorciado?

—Sí —respondió él, con el rostro serio—, pero Sophie no se ha adaptado tan bien como Clara. Ni siquiera tenía dos años cuando Lynda se marchó, por lo que tampoco está acostumbrada a que nosotros vivamos juntos. Por aquel entonces, yo estaba trabajando en el norte de África. Mi trabajo me llevaba frecuentemente al desierto. Lynda me dijo que no era el lugar adecuado para criar a una niña. Supongo que era muy difícil para ella, pero... Bueno. Ella regresó a casa y nos divorciamos. No hubo terceras personas y fue un divorcio completamente amistoso. Aún nos llevamos muy bien.

—Eso debería hacer que fuera más fácil para Sophie, ¿no?

—El problema es que yo la he visto muy poco —explicó Rhys, tomando un sorbo de café—. Mi trabajo me mantuvo en Marruecos durante cinco años más. Cuando tenía vacaciones, regresaba al Reino Unido para verla, pero, desgraciadamente, no era muy frecuentemente. Supongo que prácticamente soy un desconocido para ella.

—Ha debido de ser muy duro.

—Sí. La última vez que regresé a casa, me di cuenta de que no conocía a mi hija en absoluto. No quería que fuera así. Quiero ser un padre para ella, no alguien que aparece con regalos de vez en cuando. Por eso, conseguí un trabajo en Londres para poder vivir cerca de ella y estoy tratando de verla con más regularidad, pero...

—¿Pero qué? Me parece que hiciste exactamente lo que tenías que hacer.

—Sólo me temo que lo haya hecho demasiado tarde. Sé que sólo regresé hace unas pocas semanas, pero es como si Sophie estuviera decidida a no dejarse ganar por mí.

—Bueno, podría llevar algún tiempo. Probablemente también resulte muy confuso para ella tener de repente a un padre.

—Supongo que sí... Había esperado que venirnos de vacaciones juntos nos daría una buena oportunidad de conocernos mejor y de acostumbrarnos a estar juntos, pero, hasta ahora, no ha sido un gran éxito. Nos había imaginado dando largos paseos y charlando, pero a Sophie no le gusta andar y la mitad del tiempo ni siquiera quiere hablar conmigo. Dice que se aburre.

—¿No hay otros niños aquí?

—Sí. En la otra casa hay dos niños. Desgraciadamente, se portan muy bien, por lo que Sophie dice que también son muy aburridos.

—Estoy segura de que Clara hará que todos se hagan amigos —comentó Thea, al ver que Sophie regresaba a la terraza con un aspecto menos hosco.

–Toma –le dijo a Thea, entregándole la taza de café.

–Muchas gracias –replicó ella, con una sonrisa.

–¿No le has traído un platillo? –preguntó Rhys. Sophie ya iba de camino a la cocina.

–De verdad, así está bien –dijo ella. Rhys le llenó la taza de café–. Huele estupendamente –añadió, aspirando el aroma–. Mmm... ¡Dios, está tan bueno! –exclamó, tras tomar un sorbo. Bajó la taza para dedicarle a Rhys una agradable y cálida sonrisa que lo dejó atónito durante un instante–. ¡Llevo toda la mañana fantaseando con esto!

–Resulta agradable conocer a una mujer con la que resulta tan fácil satisfacer sus fantasías –comentó él, muy secamente.

Tenía los ojos de un color verde grisáceo muy poco habitual y tan claros que resaltaban mucho en su rostro. Thea se sorprendió mucho de no haberse fijado antes en ellos. Estaba tan distraído que tardó un momento en darse cuenta de lo que él había dicho.

–Al menos algunas de ellas –observó. El rubor le había cubierto las mejillas.

Se produjo una incómoda pausa mientras Thea se tomaba el café y admiraba la vista sin saber qué decir. El repentino silencio se vio interrumpido por Sophie y Clara, que portaban el desayuno. Pan, mermelada, melocotones maduros, yogures griegos y miel.

–Esto es maravilloso, Sophie –exclamó Thea, aunque estaba segura de que su sobrina habría tenido mucho que ver a la hora de preparar un desayuno tan succulento. Sophie tenía el rostro pálido de los niños a los que no les interesa mucho la comida–. Muchas gracias.

Sophie se encogió de hombros y volvió a sentarse con la misma postura desgarbada que tenía antes. Thea notó, de todos modos, que observaba atentamente cómo las dos desayunaban con mucho apetito. Rhys las miraba también.

–Es un placer ver a dos mujeres con tan buen apetito –comentó, mientras Thea vertía un poco de miel sobre uno de los yogures y se lo entregaba a Clara antes de prepararse uno para ella.

–Tenemos mucha hambre –replicó, algo a la defensiva–. No hemos comido desde el avión, ¿verdad, Clara?

–Sí. Esto está tan bueno... ¿Podemos tomar yogur con miel para desayunar todos los días?

—Claro que sí —respondió Thea—. Compraremos yogures cuando vayamos a la tienda para reemplazar todo lo que nos hayamos tomado ahora.

—No te preocupes —dijo Rhys—. Principalmente lo compré todo para Sophie. Pensé que sería bueno tomar un verdadero desayuno griego, pero ella no quiere ni tocarlos, ¿verdad, hija?

—Mamá no toma productos lácteos. ¿Por qué iba a tener que tomarlos yo?

—¿Que no toma productos lácteos? —preguntó Thea, atónita—. ¿Ni queso, ni leche, ni mantequilla?

—Ni carne ni patatas, ni pan ni sal —añadió Rhys, con voz cansada.

—¿Ni chocolate ni galletas? —insistió Thea, pensando que aquélla era toda su dieta.

—Estás de broma, ¿verdad? —dijo Rhys, con una triste sonrisa—. Lynda está a dieta permanentemente. Si no es una, es otra. Todo lo que come es una obsesión para ella.

—Debe de tener una preciosa figura —comentó Thea, deseando que el yogur no fuera tan grande.

—Así es —afirmó Sophie.

—Yo creo que está demasiado delgada —observó Rhys.

Thea trató de imaginarse a alguien diciendo algo así sobre ella. Jamás. Resultaba una afirmación totalmente falsa, algo así como decir que George Clooney es muy feo. Sin embargo, parecía que Rhys prefería a las mujeres que tenían más curvas que un insecto palo. Menos mal.

¿De dónde había venido eso? Thea se quedó asombrada. No le interesaba lo más mínimo cómo le gustaran las mujeres a Rhys Kingsford.

—Ojalá yo tuviera tanta disciplina —suspiró—. Siempre he tratado de hacer dieta, pero, con un poco de suerte, consigo tomar el almuerzo sin comerme un paquete entero de galletas para compensar que sólo me haya tomado un pomelo para desayunar.

—Tú no necesitas hacer dieta —afirmó Clara—. Mi madre dice que eres una tonta preocupándote por tu peso. Dice que tienes una figura muy sexy y que los hombres prefieren eso a una chica muy delgada.

—¡Clara! —exclamó Thea, completamente avergonzada.

—Pero si eso es lo que dice —insistió la niña. Entonces, empeoró las cosas al volverse a preguntar a Rhys—. Es así, ¿verdad?

—Clara...

—Yo creo que tu madre tiene razón —respondió él, sin dejar de mirar a Thea.

—¿Ves? —replicó Clara, mirando a Thea. Su tía se había sonrojado vivamente.

—Si has terminado de desayunar, tal vez te gustaría ir a darte un baño —le sugirió Thea, con los dientes apretados.

—¡Genial! —exclamó Clara, poniéndose en pie de un salto—. Vamos, Sophie.

La niña miró cautelosamente a su padre.

—¿Puedo ir?

—Desde luego —respondió él. Sophie se levantó inmediatamente y echó a correr detrás de Clara.

Thea ocultó el rostro, que aún tenía completamente arrebolado, detrás de la taza de café. Sin embargo, cuando se atrevió a mirarlo, vio que aquellos desconcertantes ojos estaban iluminados por la alegría.

—¿Es siempre tan directa?

—Si no la quisiera tanto, hay veces que podría matarla —contestó Thea, riendo—. Es completamente sincera y si le caes bien, no hay nada que pueda detenerla hasta que consiga lo que tú quieres... o lo que ella cree que quieres. En ese aspecto, es como su madre. Las dos son muy decididas. ¡A menudo resulta más fácil ceder y hacer lo que ellas quieren!

—¿Y si no les caes bien? ¿Ocurre al revés?

—Desgraciadamente, sí —respondió Thea. La sonrisa le había desaparecido de los labios al recordar lo mucho que Clara y Nell habían odiado a Harry, algo que ella jamás había conseguido comprender. Harry era tan guapo y encantador... ¿Cómo era posible que alguien no sintiera simpatía por él?—. Si fuera tú, haría todo lo posible por caerle bien.

—Lo recordaré. ¿Te apetece un poco más de café?

—Bueno...

—¡Venga, haz realidad tus fantasías! Sabes que te apetece —dijo, tentándola con la cafetera. Sonrió, lo que iluminó inesperadamente su rostro y provocó que a Thea se le cortara la respiración.

—Está bien —dijo, tras tragar saliva.

Mientras él observaba a las niñas en la piscina, Thea lo observó atentamente. En realidad, no era tan atractivo. Era robusto y se notaba que estaba en forma. Tenía un aire de dureza y de seguridad en sí mismo que

Thea asociaba con hombres que pasaban la mayor parte de su tiempo al aire libre. Había mencionado que había trabajado en el desierto y se lo imaginó allí, imperturbable bajo el tórrido sol, mientras contemplaba el horizonte rodeado de la soledad de las dunas.

Le miró las manos. Recordar cómo se había sentido cuando aquella mano estrechó una de las suyas le hizo sentir un escalofrío. Bonitas manos y bonitos ojos.

La boca tampoco estaba nada mal. Bien formada y de aspecto firme, con un ligero toque de sensualidad en el labio inferior. Era una pena que normalmente tuviera una expresión tan severa, porque cuando sonreía el efecto era arrollador.

Thea era consciente de que sus hormonas, que tanto tiempo habían permanecido centradas en Harry, estaban cobrando vida e interesándose por lo que los ojos veían. Extraño. Rhys no era su tipo. En realidad, no podría haber sido más diferente de Harry.

Se removió en la silla tratando de sacudirse aquella sensación. Tal vez había sido la noche de insomnio, que estaba terminando por pasarle factura, aunque se sentía mucho mejor después de aquel desayuno.

—¡Escucha! —exclamó Rhys, incorporándose de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Thea, algo asustada.

—Sophie se está riendo.

## Capítulo 2

HABÍA hablado con un tono tan extraño en la voz, que Thea miró hacia la piscina, donde las dos niñas corrían y se tiraban al agua en medio de gritos y carcajadas.

—A partir de ahora serán inseparables —dijo Thea—. Me temo que no la vas a ver mucho.

—Mientras sea feliz, no me importa.

La expresión de su rostro provocó que a Thea se le hiciera un nudo en el corazón. Bajo aquella dura apariencia, era un hombre muy vulnerable en lo que se refería a su hija. Resultaba evidente que amaba a Sophie desesperadamente y que le preocupaba más de lo que estaba dispuesto a admitir que le parecía imposible formar un vínculo con la niña.

Además, Sophie no parecía estar poniéndoselo muy fácil. Sin poder evitarlo, Thea sintió pena por él, lo que era más soportable que verse tan afectada como lo había estado hacía unos instantes.

Se terminó de tomar su café y se puso de pie.

—Muchas gracias por el desayuno —dijo—. Ahora que tengo un poco de cafeína en el cuerpo, me siento capaz de enfrentarme a las curvas de esa terrible carretera. Temía tener que volver a meterme en el coche.

—Si te sirve de ayuda, yo voy a ir a la ciudad dentro de un rato —comentó, poniéndose de pie al mismo tiempo—. También tenemos que hacer la compra, por lo que podría llevaros en mi coche si en realidad no te apetece conducir.

—Eso sería fantástico —contestó, tratando de no parecer demasiado encantada con la idea—. Me siento como si me estuviera aprovechando de ti. Hasta ahora, nos has proporcionado desayuno y café y lo único que he hecho yo es despertarte al amanecer y chocarme con tu coche. Es una relación algo unilateral, ¿no te parece?

Como respuesta, Rhys volvió a mirar hacia la piscina, donde las niñas habían empezado de nuevo a reír.

—Es la primera vez que Sophie se ha reído en una semana —dijo—. Por fin parece que se está divirtiendo. Un par de yogures, un poco de café y llevaros a la ciudad me parece poco comparado con eso.

—Bueno, si estás seguro...

—De acuerdo entonces —afirmó Rhys—. Si puedo convencer a las niñas para que salgan de la piscina, ¿estaréis listas dentro de media hora?

—Sí.

Tendría tiempo para cambiarse. No pensaba sentarse al lado de Rhys con aquellos pantalones cortos. Ojalá tuviera largas y esbeltas piernas que pudiera lucir sin preocuparse por el aspecto que tendrían aplastadas sobre el asiento del copiloto. Lo único que podía hacer era tratar de evitar que el peso se le cayera sobre los muslos, pero la carretera ya resultaba bastante estresante. No necesitaba añadir el hecho de tratar de controlar su celulitis a la ansiedad que le producía la carretera.

En realidad, no había razón alguna para pensar que Rhys se iba a fijar siquiera en sus muslos. Ni que a ella le importara que lo hiciera o no.

Mientras sacaba las ropas frenéticamente de la maleta, se dijo que era cuestión de hábito. Desgraciadamente, como no habían tenido tiempo de deshacer la maleta, todo estaba muy arrugado. Estaba acostumbrada a preocuparse constantemente por su aspecto con Harry, quien era muy crítico con ella y no hacía más que recordarle constantemente lo maravillosamente bien arreglada que iba siempre Isabelle.

Pensar en Harry e Isabelle le provocó una mueca de disgusto, aunque ya no resultaba tan doloroso como lo había sido. Darse cuenta de aquello hizo que Thea se detuviera durante un instante. Tal vez Nell había estado en lo cierto cuando le dijo a Thea que lo que necesitaba era un cambio de ambiente.

—No hay razón alguna para deprimirse mientras esperas que Harry se decida —le había dicho su hermana—. Vete a algún sitio diferente. Piensa en algo diferente.

Como la sonrisa de Rhys y el tacto de sus manos.

Siguió sacando la ropa de la maleta. Sí. Tal vez Nell tenía razón. Ir a Creta la había sacado de la rutina. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que estuvo en un lugar diferente, desde la última vez que conoció a alguien diferente, desde que pensó en otra cosa que no fuera Harry que estaba algo desconcertada.

Todo aquello explicaría la extraña atracción que sentía por Rhys, ¿no? En realidad, no se sentía atraída por él. Simplemente se estaba ajustando a un ambiente extraño y, evidentemente, la falta de sueño y de cafeína no la había ayudado a comportarse con normalidad.

No obstante, no había razón alguna para no tratar de tener el mejor aspecto posible. De hecho, se sentiría mejor cuando estuviera adecuadamente vestida, pero, ¿con qué?

—¿Vestido o falda y camiseta? —le preguntó a su sobrina, cuando ésta apareció completamente empapada por la puerta.

—El vestido es bonito, pero está muy arrugado.

—Se supone que el lino tiene que estar un poco arrugado —replicó Thea, aliviada de que la niña la hubiera ayudado a decidirse. Clara tenía el gusto de su madre y, aunque era sólo una niña, su opinión era digna de tener en cuenta.

Thea dejó a un lado la falda y la camiseta y revolvió en la maleta hasta que encontró un par de sandalias de tiras.

—Es parte de su encanto —añadió.

—¿Es que vamos a salir?

—¿No te lo ha dicho Rhys? Nos va a llevar al supermercado de la ciudad por la que pasamos anoche.

—¿Y por qué te estás vistiendo tan elegantemente sólo para ir de compras? —preguntó la niña, observando a su tía con cierta sospecha en la mirada.

—¡Sólo me voy a poner un vestido! —protestó Thea.

—Y también te has puesto lápiz de labios.

—Me lo pongo a menudo —replicó Clara—. No significa nada.

—Rhys es muy agradable, ¿verdad?

—Sí, parece agradable —admitió Thea.

—¿Te parece guapo?

—No está mal —respondió Thea. No se parecía en nada a Harry, pero no estaba mal.

A pesar de todo, no quería que Clara ejerciera de celestina. A su sobrina no le había gustado Harry y no había hecho nada más que sugerirle novios alternativos, animada por su madre. Si a Clara se le metía en la cabeza que Rhys hacía buena pareja con su tía, no se cansaría de azuzar aquella

relación, lo que Thea traducía en una potencial fuente de situaciones embarazosas.

—Sophie me ha dicho que está muy enfadado todo el tiempo, pero a mí no me lo pareció. Tiene unos ojos preciosos y muy alegres —comentó la niña.

—¿De verdad? —preguntó Thea, como si ella misma no se hubiera dado cuenta.

—Tal vez podría ser tu novio. Sophie me ha dicho que él no tiene novia.

—Yo no estoy buscando novio —replicó Thea, aunque había encontrado muy interesante aquella información—. Ya sabes que aún sigo enamorada de Harry. No se supera a alguien así como así.

—Rhys sería mucho mejor para ti que Harry —afirmó Clara—.

—Bueno, pues siento desilusionarte, pero me temo que, en realidad, él no es mi tipo —replicó, deseando que Clara la dejara en paz para poder retocarse el maquillaje.

—Pues a mí me parece que deberías darle una oportunidad. Estoy segura de que sería mucho mejor contigo que Harry.

—Clara, lo único que vamos a hacer es irnos de compras, no embarcarme a mí en una nueva relación, ¿de acuerdo? Y si te atreves a decirle algo así a Rhys o Sophie, yo... Yo me enfadaré mucho contigo —concluyó, con un tono amenazador en la voz que no había tenido efecto alguno en su sobrina. Ésta se limitó a marcharse sonriendo para cambiarse el traje de baño por ropa seca.

Thea se percató de que no le había hecho promesa alguna.

Rhys había alquilado un 4x4, que empujaba el pequeño automóvil que Thea había alquilado. Con cierto nerviosismo, examinó la brillante chapa. Parecía la clase de coche que conllevaba reparaciones muy caras.

—¿Te hice algo anoche?

—A pesar de todo el ruido, apenas un arañazo —contestó él—. Es un coche muy resistente, pero creo que sería una buena idea que comprobaras el estado de los parachoques del tuyo.

—Lo haré cuando regresemos —replicó Thea, sin intención de hacerlo. Ya se preocuparía del estado del coche cuando tuviera que devolverlo. Por el momento, estaría más que contenta si no tenía que acercarse a él durante las siguientes dos semanas.

Thea disfrutó del trayecto más de lo que había esperado. Resultaba maravilloso no tener que preocuparse por la falta de quitamiedos o por los

empinados barrancos ni ser la persona responsable de negociar aquellas endiabladas curvas. Podía sentarse, relajarse y disfrutar de la vista.

Podría haberlo hecho si por lo menos hubiera podido dejar de mirar de reojo a Rhys. Era un conductor muy tranquilo y seguro. Al contrario que ella, no se equivocaba de marchas ni le gritaba al coche cuando le entraba un ataque de pánico porque no sabía por qué lado de la carretera debía de estar conduciendo. Se limitaba a agarrar con confianza el volante, lo que provocó que Thea se sintiera completamente segura en sus manos, algo que jamás le había ocurrido con Harry. Éste conducía un deportivo muy llamativo y no podía soportar que nadie lo adelantara por la carretera.

Rhys era la clase de persona junto a la que se querría estar sentado en un avión cuando los dos pilotos han quedado inconscientes con una misteriosa enfermedad y todos los pasajeros están presa del pánico. Thea había visto una película así una vez. Al final, la heroína había tenido que hacer aterrizar el avión, pero si Rhys hubiera participado en aquella película, se habría hecho cargo de los mandos del avión y habría aterrizado tranquilamente. Si el director hubiera decidido añadir un cierto componente sexual entre Rhys y la heroína, quien probablemente se habría parecido mucho a Thea, todo habría sido perfecto. Los dos habrían terminado juntos en una habitación para pasar la cuarentena de esa enfermedad. Por error, sólo habría habido una cama y, por supuesto, ninguno de los dos habría tenido pijama. En ese momento, los dos...

¡Dios Santo! ¿En qué estaba pensando? Thea se obligó a salir de aquella fantasía. Durante un momento, se había sentido bastante excitada...

Todo eso de salir de la rutina estaba provocando unas reacciones hormonales muy extrañas. Afortunadamente, Clara estaba parloteando en el asiento trasero con su habitual desparpajo. Thea se sentía demasiado aturdida como para entablar conversación. Lo único que podía hacer era mirar sin ver por la ventana y tratar de conseguir que sus hormonas volvieran a caer en el letargo.

—No te preocupes. Llegaremos enseguida —dijo Rhys, de repente.

—¿Cómo dices?

—Pareces algo nerviosa. Ya hemos pasado lo peor de la carretera.

—Oh, claro... Sí. Sí, supongo que estaba algo nerviosa.

Era cierto, pero no por la falta de quitamiedos en la carretera.

Cuando estuvieron en el supermercado, se separaron. Sophie se marchó detrás de su padre, respondiendo a las preguntas que él le hacía sobre lo que le apetecía comer encogiéndose de hombros como era habitual en ella. Por su parte, Clara y Thea estaban completamente atónitas por el alfabeto griego.

—Tendremos que guiarnos por las fotos —sugirió Thea, echando al carrito lo que le había parecido una lata de atún.

—Creo que le gustas mucho a Rhys —susurró Clara—. Vi el modo en el que te sonreía en el coche.

—¡Shh! —musitó frenéticamente, al darse cuenta de que Rhys y Sophie estaban en el pasillo de al lado.

—Deberíamos invitarlos a cenar —añadió la niña con la misma clase de susurro, sin prestar atención a su tía.

—Clara, de verdad que no creo...

—Para darles las gracias por darnos de desayunar y por traernos aquí —añadió Clara, inocentemente—. Estoy segura de que mi mamá diría que eso es lo que tenemos que hacer.

—Estamos de vacaciones. No queremos pasarnos todo el tiempo cocinando —afirmó Thea, consciente de que estaba peleando una batalla perdida.

—Yo te ayudaré. Sólo necesitamos algo sencillo. Sophie dice que su padre siempre está diciendo lo mucho que le gusta la comida casera, pero que sólo sabe hacer tres cosas. Seguramente le gustaría mucho que cocinaras algo para él.

Al final, Thea terminó cediendo sólo para que Clara se callara. Sabía muy bien que su sobrina se estaba imaginando que Sophie y ella desaparecerían para dejar que Rhys y ella disfrutaran de una romántica velada para dos en la terraza, con sólo las estrellas como testigo.

En realidad, puesto así, no sonaba tan mal, ¿verdad? Las hormonas de Thea vibraron con algo parecido a la excitación al pensarlo. Además, Clara tenía razón. Una cena a cambio de toda la ayuda que Rhys les había prestado era lo menos que podía hacer. Los invitaría, pero, si notaba que él no deseaba acudir, habría quedado bien y podría decirle a Clara que a él no le interesaba.

Sin embargo, cuando lo mencionó tan de pasada como pudo, Rhys ni siquiera dudó a la hora de responder.

–Suenan genial –dijo–. Nos gustaría mucho, ¿verdad, Sophie?

–Mejor eso que cenar con los estúpidos de Damian y de Hugo –musitó la niña.

–¿Damian y Hugo? –le preguntó Thea a Rhys, quien parecía muy incómodo con la falta de modales de su hija.

–Los dos niños que viven en la otra casa –explicó–. Los Paine van a estar también tres semanas aquí. Han sido muy hospitalarios toda esta semana, demasiado en lo que se refiere a Sophie. Siempre nos están invitando a cenar.

–Tampoco te caen bien a ti –le espetó la niña.

–Eso no es cierto –protestó Rhys, aunque no demasiado convincentemente.

Estaban sentados en una taberna de la plaza del pueblo, bajo la sombra de un enorme árbol. Habían dejado las compras en el coche y, de nuevo, Thea estaba muerta de hambre. Cuando Rhys sugirió que fueran a almorzar algo, ella accedió con rapidez. Había pedido *souvlaki* y patatas fritas, junto con una enorme ensalada griega. Decidió que era demasiado tarde para fingir que sólo tomaba una hoja de lechuga para comer.

–Bueno, Clara y yo nos sentimos muy honradas de que prefieras cenar con nosotros en vez de con Hugo y Damian, Sophie –dijo Thea. Sophie bajó la cabeza.

–Así es. Gracias –musitó la niña.

–Será genial –anunció Clara–. ¿Podemos irnos Sophie y yo de compras?

–¿De compras? –preguntó Thea, mirando fijamente a su sobrina–. ¿Adónde?

–Tenían postales en el supermercado.

Thea tenía la sospecha de que Clara en realidad estaba planeando una excusa para dejarla a solas con Rhys, pero tenía las manos atadas. Se contentó con dedicarle a su sobrina una mirada significativa.

–Muy bien, pero no tardéis mucho. Y quedaos siempre juntas.

–Muy bien. Vamos, Sophie.

Envolvió a Sophie con una oleada de entusiasmo que la niña fue incapaz de resistir. Thea y Rhys se quedaron a solas.

Se produjo un incómodo silencio. Por alguna razón, los nervios de Thea estaban en estado de alerta, azuzados por sus traicioneras hormonas. Desesperadamente, miró a su alrededor, pero, por mucho que miraba las

paredes jalbegadas, los polvorientos geranios y los viejos sentados a la sombra, su atención se centraba en Rhys.

Estaba sentado a su lado, apoyando los antebrazos sobre la mesa muy cerca de los de Thea. Ella se fijó en el vello oscuro que le cubría las muñecas, en el discreto reloj y en las fuertes y capaces manos. Sin que pudiera evitarlo, los dedos le vibraron cuando pensó lo que sentiría al colocar las suyas sobre las de él.

Sólo pensarlo le provocó un nudo en la garganta. Confusa, pensó que algo no estaba bien. Su cuerpo parecía haberse olvidado que deseaba a Harry. Era la cálida piel de Rhys la que deseaba tocar.

Tan sólo el día anterior, Harry había dominado sus pensamientos y, en aquel instante, cuando hacía un gran esfuerzo para conjurar su rostro, lo único que veía era el de Rhys, que giraba la cabeza para sonreírle, con el sol reflejado en los ojos.

Sintió como si la tierra se desmoronara bajo sus pies. Desesperadamente, se dijo que se sentía simplemente cansada. ¿Cómo podía estar pensando con claridad cuando había dormido menos de cuatro horas? Se encontraría perfectamente después de una siesta.

El camarero les llevó una jarra de *retsina*. Thea trató de no fijarse en las manos de Rhys mientras servía la bebida y se miró las suyas. Tomó su copa y lo miró mientras brindaban. Debía tranquilizarse.

Apartó rápidamente la mirada y tomó una aceituna.

—¿Es cierto lo que ha dicho Sophie?

—¿El qué?

—Que no sientes simpatía por nuestros vecinos. ¿Cómo se llaman? ¿Los Paine?

—Oh, eso —contestó Rhys. Parecía un poco incómodo—. Son muy... amables.

—¿Pero?

—Son demasiado, supongo. En especial, Kate. Es una de esas mujeres que cree que todo el mundo debería estar en pareja y parece haberse tomado como una afrenta personal el hecho de que yo no me haya vuelto a casar. Parece que se piensa que podría haber encontrado una esposa adecuada en el Sahara.

—¡Oh, Dios! No me digas que me he venido a Creta para acabar al lado de una persona que piensa que estar soltero es sólo un intento deliberado por

estropearles el modo de sentar a sus invitados en una cena.

—Veo que has conocido a esa clase de personas, ¿no? —comentó Rhys, con un brillo divertido en los ojos.

—Sí, desgraciadamente. Bueno, supongo que es mejor estar prevenida. Estaré preparada para las miradas de compasión y las preguntas sobre por qué no me he casado, además de diversos consejos sobre no dejarlo demasiado tiempo para tener hijos, porque el tiempo no perdona y todo eso.

—No me creo que tú recibas comentarios así muy a menudo.

—¿Por qué no?

Rhys pareció algo sorprendido por la vehemencia de Thea.

—Bueno, no sé... Supongo que simplemente había dado por sentado que alguien como tú siempre estaba con una persona.

«Alguien como tú». ¿Qué quería decir con eso?

—No. Parezco más bien una solterona empedernida —comentó Thea, tomando un sorbo de *retsina*.

La verdad era que ni siquiera se había sentido parte de una pareja cuando estaba con Harry.

—Me sorprendes —replicó él.

Thea no se había esperado aquel comentario. Atónita, lo miró a los ojos para apartarlos inmediatamente. En el mejor de los casos, la mirada de aquellos ojos verdes resultaba desestabilizadora. De todos modos, sólo estaba siendo cortés con ella. ¿Qué otra cosa iba a decir? ¿Que tenía que perder unos cuantos kilos y hacerse algo en el cabello para que pudiera tener una oportunidad?

—Al menos tú estás divorciado —dijo—. Siempre me ha parecido que eso es mucho mejor. Y también tienes una hija. ¡No necesitas demostrar que eres normal!

—No lo creas —repuso Rhys, con una sonrisa—. Ahora Kate está decidida a encontrarme otra esposa. Cada vez que vamos a cenar, me habla de alguna amiga «muy simpática» que tiene y que le parece que a mí me gustaría.

—¿Y no puedes simplemente no ir a su casa?

—Es difícil. Los Paine son amigos de Lynda. Fue así como terminamos aquí. Yo no llevo mucho tiempo en Londres y las vacaciones de verano me parecieron una buena oportunidad para llevarme a Sophie y pasar tiempo juntos. A Lynda también le convenía. Tenía una conferencia o algo así, por lo que acordamos que yo me quedaría a Sophie durante tres semanas.

—Es un lugar muy aislado para pasar tres semanas —comentó Thea—. Yo creo que me la habría llevado a algún lugar más animado.

—Eso es precisamente lo que yo debería haber hecho, pero no se me ocurrió. Si hubiera tenido más práctica como padre habría sabido cómo es Sophie. Lynda me dijo que esta casa estaba disponible porque los amigos que normalmente vienen con los Paine este año han fallado. En su momento, me pareció una buena idea. Pensé que si los Paine eran amigos de Lynda, Sophie conocería a sus hijos y podría jugar con ellos. Sin embargo, ha resultado que no tienen nada en común. Mientras tanto, Kate y Nick están desesperados por cuidarnos. Evidentemente, Lynda es muy amiga de Kate, dado que parece que ésta sabe muchas cosas sobre mi matrimonio y mi divorcio y, porque son amigas, no me puedo excusar sin resultar grosero.

—Parece una verdadera pesadilla.

—Lo es —afirmó Rhys—. Kate no parece comprenderme cuando le digo que soy capaz de cuidarme yo solo. No hace más que hablarme de todas las amigas solteras a las que me va a presentar cuando volvamos a casa. Me habría visto abocado a interminables cenas si yo no hubiera puesto fin a la situación. Terminé por decirle que ya había conocido a alguien muy especial y que estaba comprometido con ella.

Thea experimentó una extraña sensación en el estómago que no quiso pararse a analizar.

—Oh... ¿Y es así?

—¿Cuándo habría podido yo conocer a alguien, y mucho menos a una persona especial? —replicó él, con una triste sonrisa—. Llevo casi cinco años trabajando en medio del desierto. Durante las pocas semanas que llevo de vuelta en el Reino Unido, he utilizado todo el tiempo en acoplarme a mi nuevo trabajo, comprarme y mudarme a una casa y en tratar de sacarle dos palabras seguidas a mi hija.

—Entonces, le mentiste —dijo Thea, tratando de no prestar atención a la repentina alegría que había sentido ante la noticia de que Rhys no tenía novia.

—Tuve que hacerlo —comentó él, con expresión resignada.

—Pues gracias por el consejo. Creo que podría inventarme yo un adorable prometido antes de que Kate me atrape entre sus garras.

—A menos que quieras tú ser mi novia.

Thea se quedó completamente paralizada.

—¿Cómo has dicho?

—Bueno, si los dos vamos a fingir, podríamos apoyarnos el uno al otro —señaló él—. Si mi supuesta novia estuviera aquí en persona, a Kate no le quedaría más remedio que callarse la boca.

—Pero ella sabría que yo no soy tu novia —repuso Thea, sin saber si Rhys estaba bromeando o hablando en serio.

—¿Cómo? Yo nunca le he dicho nada sobre mi novia aparte del hecho de que existe. Además, Kate no sabe quién reservó la otra casa. Ella misma me dijo que se preguntaba quién lo habría hecho y que esperaba que fuera una familia agradable. Anoche no os vio llegar y se marcharon antes de que vosotras os levantarais, así que aún no sabe la desilusión que se va a llevar.

Rhys había hablado con el rostro muy serio, aunque decididamente había un brillo irónico en sus ojos. A pesar de todo, Thea decidió que había visto una suave sonrisa en sus labios, por lo que decidió que estaba bromeando.

Menos mal.

Tomó un sorbo de *retsina* y decidió que lo mejor era dejarse llevar. Después de todo, era una broma.

—¿Y no te parece que le habrías dicho que yo iba a venir?

—Tal vez tú decidiste sorprenderme.

—¿Cómo? —replicó ella, con una carcajada—. ¿Presentándome en las vacaciones que tú pensabas pasar a solas con tu hija? Me parece que algo así no sería de mucho tacto, ¿no te parece? Francamente, no me tengo por una persona tan insensible.

—Podría ser que al principio hubiéramos pensado pasarlo juntos, pero que luego tú no pudieras.

—¿Y por qué iba yo a haber alquilado una casa aparte? Quiero decir, tú y yo nos acostamos juntos, ¿no es así? —bromeó Thea. Estaba empezando a divertirse con todo aquello.

—Por supuesto —afirmó él, mirándola de arriba abajo. Sin poder evitarlo, Thea se sonrojó.

—Menos mal. No me gustaría que Kate pensara que yo no soy divertida.

—No hay peligro de eso...

Thea decidió que aquello se estaba complicando demasiado. Tenía que apartar los ojos de los de Rhys inmediatamente. Mientras trataba de

controlar la respiración, se recordó que aquello era sólo una broma. Eso era... inflar los pulmones, echar el aire...

—Ah, entonces, sólo me quieres por mi cuerpo —comentó, agitando la cabeza. El cabello castaño le voló por encima del rostro—. ¡Yo pensé que me amabas!

—Y así es —dijo Rhys—. Eres la mujer que llevo esperando toda una vida.

A Thea no le gustaba que él fuera capaz de decir todo aquello y mantener un aspecto completamente normal, como si la idea, por muy absurda que fuera, no le estuviera causando extrañas sensaciones en el estómago.

—Entonces, si me quieres tanto, ¿por qué no estamos compartiendo la casa?

Rhys se quedó pensativo durante un instante.

—¿Porque tienes a Clara contigo y necesitas más espacio?

—Bueno, Sophie y ella podrían compartir habitación —comentó ella—. No es que las casas sean pequeñas. En la nuestra, hay sitio de sobra para cuatro y... ¡Oh! ¡Ya lo tengo!

—Tú dirás —dijo Rhys, muy divertido.

—Hasta ahora, no le has hablado a Sophie de mí. No estás seguro de cómo va a reaccionar cuando sepa que tienes novia.

—Eso está bien.

—Y yo estoy harta de todo esto. Si me amaras tanto como dices, ¿por qué no me presentas a Sophie? Ella es lo más importante de tu vida y yo también quiero formar parte de ello. Tú no haces más que decir que no quieres precipitar las cosas y te parece que aún es demasiado pronto.

—Después de todo, aún soy una figura muy nueva en su vida —dijo Rhys—. A mí probablemente me parecería que es demasiado pronto para introducir a una nueva persona.

—Eso es. Sin embargo, lo que tú no sabes —prosiguió Thea, con el mismo tono de voz—, es que yo estoy cansada de que tú te niegues a comprometerte y te estoy presionando. He decidido forzar la situación presentándome con Clara, pero, como no estoy segura de cómo vas a reaccionar, he reservado una casa aparte para nosotras.

—¿No te da miedo de que yo me enfade?

—Estoy preparada para aceptar ese riesgo —afirmó ella, solemnemente—. Tal vez tú te enfades, pero no puedes ignorarme. Alquilando mi propia casa,

te estoy obligando a presentarme a Sophie, inicialmente como si yo fuera sólo una amiga, pero al menos no podrás seguir fingiendo que no existo.

Thea se estaba creyendo tanto la historia que hasta le estaba empezando a doler que Rhys no deseara incluirla en su vida.

—Así, con mi propia casa, no podrás decir que te estoy agobiando y no te enfadarás demasiado. De hecho, probablemente yo haya decidido hacer mi vida con Clara una vez que te haya dejado claras mis intenciones. ¿Qué te parece? —le preguntó. Se sentía encantada con su poder de inventiva.

Rhys la miraba con abierta admiración.

—Creo que podríamos convencer a Kate y, si la convencemos a ella, podríamos convencer a todo el mundo.

Los dos se echaron a reír, soltando la tensión que había subyacido en todo momento bajo el juego. De repente, Thea se dio cuenta de que Rhys había dejado de reírse y que tenía un aspecto muy pensativo. Las carcajadas se le helaron a Thea en la garganta.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

## Capítulo 3

RHYS la miró durante un largo instante y, entonces, pareció volver a la realidad.

—No, claro que no —afirmó—. No podría pedirte algo como eso. Toma un poco más de *retsina* —añadió, inclinándose sobre la mesa para tomar la jarra.

Thea pensó que, probablemente, había tomado más que suficiente. Seguramente la *retsina* era la razón por la que había estado allí, bromeando sobre algo tan estúpido.

Porque era una estupidez y, en realidad, no habían estado hablando en serio. Le pareció que debía estar corriendo para alejarse del hombre tan extraño que le proponía algo así. No sabía nada de Rhys Kingsford, pero, en realidad, no le parecía así. Era como si lo conociera desde hacía mucho tiempo, casi como si hubiera formado parte de su vida desde siempre.

Estuvieron en silencio durante un rato. Los dos no hacían más que pensar lo ridículo que era ir hasta aquel punto para evitar verse acosados por una mujer que no significaba nada para ninguno de los dos. Sin embargo, seguían pensando en ello.

—Sería una vergüenza que Kate y Nick averiguaran que estamos fingiendo, ¿no? —dijo Thea, como si estuviera continuando una conversación tácita entre ambos.

—Probablemente. Por otro lado, no sería tan malo como tenernos que pasar las próximas dos semanas buscando excusas para no ir a su casa a cenar.

—O explicarles que soy una triste mujer sin novio.

Se produjo otro silencio. De nuevo, fue Thea la que lo rompió.

—¿De verdad crees que podríamos convencerlos?

—No veo por qué no.

—Tendríamos que fingir que estamos enamorados... —susurró, como si la idea se le acabara de ocurrir.

—Así es.

Se miraron el uno al otro y, a continuación, apartaron la mirada.

—En realidad, eso no debería de ser un problema, ¿verdad? —dijo ella, tranquilizándose a sí misma—. Es decir, no creo que esperen que estemos el uno encima del otro constantemente, ¿verdad? Aunque fuéramos una pareja de verdad, no nos estaríamos metiendo la lengua el uno al otro en compañía de los demás.

—Cierto —replicó Rhys, con voz seca—. Tal vez tenga que abrazarte de vez en cuando o algo así. ¿Te importaría?

—Creo que no —respondió Thea, encogiéndose de hombros. Lo dijo con tanta ligereza como pudo, pero no le resultó fácil cuando el esbelto y sólido cuerpo de Rhys estaba tan cerca. Sólo pensar que él podría estrecharla entre sus brazos le proporcionaba un severo ataque de nerviosismo.

La verdad era que no le importaría en absoluto.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —le preguntó Rhys.

—Lo haré si tú lo haces —dijo ella, respirando profundamente.

—¿Estás segura?

—¿Por qué no? Se trata tan sólo de un poco de diversión. Tú no tienes una novia de verdad, que podría ofenderse si lo descubriera... ¿No? —añadió, esperando que no sonara demasiado ansiosa por ver confirmado aquel detalle.

—No —respondió él, con una sonrisa—. En estos momentos, dedico toda mi atención a Sophie. ¿Y tú? ¿No tienes a nadie que pudiera presentarse aquí y empezar a comportarse como un novio celoso?

—No —repitió ella, con cierta tristeza. Le habría encantado poder imaginarse a Harry presentándose allí y mirando celosamente a Rhys. Sin embargo, los celos jamás habían formado parte de la personalidad de Harry, al menos en lo que a ella se refería—. No creo que vaya a hacer nada de eso.

—Entonces, ¿hay un novio? —preguntó Rhys, tras un momento de duda.

—No estoy segura.

—¿No lo sabes? —quiso saber él. Estaba muy sorprendido.

—No. Sospecho que no, pero... Bueno, no estoy segura —contestó ella, con gran tristeza—. Conocí a Harry hace un año y me enamoré de él perdidamente. Era un sueño hecho realidad: increíblemente atractivo, encantador, lleno de glamour... y muy sincero. Me dijo que había terminado con su novia y que aún se sentía muy cercano a ella. Isabelle es completamente opuesta a mí.

—¿La conoces?

—No, pero Harry se pasaba la mayor parte del tiempo hablando de ella. Aparentemente, es hermosa y menuda y trabaja en la City de Londres, como él. Tiene un trabajo muy importante, lo que significa que constantemente está sometida a una gran presión y no ayuda que, además, esté completamente neurótica. Por supuesto, eso no es lo que dice Harry —añadió Thea, con una triste sonrisa—. Él dice que está muy estresada.

—Entiendo que tú puedas suponer un alivio después de alguien así.

—Eso es lo que Harry solía decirme, pero a mí siempre me pareció que, en realidad, él pensaba que yo era algo aburrida después del histrionismo de Isabelle. Según Harry, se separaron amigablemente, y los dos estuvieron de acuerdo en que podían ver a otras personas con total libertad, pero Isabelle seguía teniendo prioridad para Harry. A la primera señal de crisis, ella lo llamaba y Harry lo dejaba todo para solucionarle lo que ocurriera.

—Eso debió de ser muy difícil para ti.

—No fue fácil. Nell, la madre de Clara, cree que Harry es débil y egoísta, pero yo le dije que ella no lo comprendía. Harry es una persona muy amable. Siente que Isabelle aún lo necesita y quiere ser un buen amigo para ella.

—¿Y qué hay sobre ser un buen amigo para ti?

—Eso es lo que me solía decir Nell. No sé... Supongo que estaba dispuesta a soportar lo que fuera mientras Harry regresara a mí. Y así era. Me decía que Isabelle simplemente necesitaba a alguien y que él era al que había amado una vez. Por supuesto, yo me lo creía.

—Entonces, ¿cómo es que ahora estás aquí, sin saber si tienes novio o no?

—Reservamos unas vacaciones juntos —susurró ella. Aún le dolía pensar lo mucho que había deseado aquellas vacaciones—. Había encontrado una casita perfecta en la Provenza. Íbamos a estar los dos solos, lejos de Isabelle. Un mes antes de que nos marcháramos, Harry empezó a dar marcha atrás y a decirme que no estaba seguro de que fuera un momento adecuado y que, tal vez, deberíamos posponerlo. Resultó que a Isabelle le habían operado el pie. No era nada de importancia y ni siquiera la ingresaron en el hospital, pero ella decidió que necesitaba a Harry para que le diera de comer al gato, para que le regara las plantas, para que le hiciera sus infusiones y para que, en general, bailara al son que ella le tocara. Siento haber sonado tan cruel —añadió, apartándose el cabello del rostro—.

Estoy segura de que ella no eligió que la operaran justo en aquel momento y, por lo que yo sé, se sentía muy incómoda. Para mí, aquello fue la última gota.

—¿Le dijiste a Harry que tenía que elegir entre vosotras?

—Más o menos... —musitó, recordando aquel horrible día—. Tuvimos una larga charla. Yo le expliqué a Harry cómo me sentía. Él me dijo que se sentía culpable y que se sentía constantemente dividido entre ambas, incluso que algunas veces estaba agobiado. Por eso, yo le sugerí que se tomara tiempo para pensar en lo que quería.

Una de las peores cosas había sido ver el alivio inconfundible que se reflejó en los ojos de Harry, como si hubiera estado esperando que ella le abriera la puerta.

—Harry afirmó que necesitaba espacio y eso es precisamente lo que está haciendo. Decidiendo a cuál de las dos quiere.

—Y, mientras tanto, tú estás esperando, sin saber si aún tienes novio o no —afirmó Rhys, con voz inusualmente dura.

—La última vez que tuve noticias tuyas, aún no se había decidido. Al menos, eso significa que aún me queda esperanza. No conseguí mis vacaciones en la Provenza, pero entonces Nell tuvo su accidente y le pregunté si podía venir con Clara en su lugar... ¡Y aquí estoy!

Rhys estaba frunciendo el ceño, como si estuviera enfadado sobre algo. No obstante, cuando miró a Thea, sonrió.

—Siento que éstas no sean las vacaciones que deseabas —dijo—, pero te aseguro que yo me alegro mucho de que estés aquí.

—Creo que le deberías estar agradecido a Clara.

—A ti también —reiteró él.

—Yo también me alegro de estar aquí —afirmó Thea, mirando a su alrededor. Sentía que una llama muy peligrosa se le había prendido en su interior y que iba extendiéndose por todas partes—. Me ha venido bien cambiar de aires.

—También me alegro de que me hayas hablado de Harry. Creo que, en cierto modo, facilita las cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, significa que ninguno de los dos corre peligro de tomarse este fingimiento en serio —dijo, no incómodamente, pero como si no estuviera seguro de cómo ella iba a reaccionar.

–Oh, no... Claro que no... No hay peligro alguno –afirmó ella, sin saber qué pensar.

–En ese caso, démonos la mano para sellar nuestro acuerdo.

Dios... Tocarle no era una buena idea en aquellos momentos. El simple hecho de estrecharle la mano podría implicar una serie de complicaciones, dado el confuso estado de animo en el que se encontraban las hormonas de Thea en aquellos momentos. Sin embargo, no vio modo alguno de negarse sin parecer una completa idiota. Miró la mano de Rhys como si estuviera calibrando el salto sobre un abismo. Lo único que tenía que hacer era levantar su mano, estrecharla con la de él muy brevemente y soltarla. ¿Tan difícil podría resultar ese gesto?

Thea respiró profundamente, colocó la mano en la de él y la apartó antes de que Rhys pudiera hacer algo alarmante, como apretársela y sujetársela durante demasiado tiempo. Él la miró algo sorprendido, pero no dijo nada. Se limitó a tomar su copa.

–Por el fingimiento –dijo, a modo de brindis.

–No estoy segura de que hayamos pensado esto bien –comentó ella, con una cierta nota de cautela en la voz–. Vamos a tener que explicárselo a Clara y a Sophie. Las dos saben perfectamente que yo no soy tu novia, aunque, en el caso de tu hija, tú se lo hubieras querido mantener en secreto hasta ahora. ¿Qué va a pensar Sophie?

–Con mi hija es imposible saberlo. Sólo me queda la posibilidad de intentarlo. Si ella no quiere, tendremos que dejarlo. Lo único positivo es que no se lo dirá a Kate. No puede soportarla. Me da vergüenza el modo tan grosero que tiene de comportarse con ella. En parte, es culpa de Kate. No hace más que criticar el comportamiento de Sophie comparándola con sus hijos.

–A mí me parece que con eso sólo consigue empeorar la situación.

–Así es. Ah, aquí está nuestro almuerzo.

El camarero apareció con los platos colocados encima del brazo. Thea sintió que la boca se le hacía agua. Clara, que sentía tanto apego por la comida como su tía, se dio cuenta de la llegada del camarero y empezó a atravesar a toda velocidad la plaza seguida de Sophie.

–¡Me muero de hambre! –exclamó mientras se sentaba en su silla.

–Las Martindale tenemos buen apetito –comentó Thea, al mirar a Rhys y ver que él estaba pensando en el enorme desayuno que habían consumido

las dos no hacía mucho tiempo.

—Ya lo veo —replicó él, con una sonrisa.

Miró a su hija y vio que la niña estaba tomando el cuchillo y el tenedor con un entusiasmo que a Thea le pareció poco usual. Tenía el rostro arrebolado y los ojos brillantes cuando empezó a tomarse su pollo. Muy acertadamente, Rhys no comentó nada al respecto. Cuando todos habían terminado de comer, comentó su plan de una manera tan casual que sólo pudo causar la admiración de Thea. Hizo que pareciera perfectamente razonable que dos desconocidos se tomaran tantas molestias para evitar a una vecina tediosa.

A Clara no le pareció que hubiera ningún problema.

—Genial —dijo. Su entusiasmo se ganó a Sophie, quien parecía poco segura de cómo reaccionar.

—Lo que ocurre es que las dos formáis parte del secreto. No tenéis que hacer o decir nada, pero necesitamos saber que no nos vais a delatar —afirmó Rhys—. ¿Qué os parece?

—A mí me parece que sería divertido —contestó Clara, tan alegre y entusiasta como siempre. Thea se dio cuenta de que prácticamente estaba calculando las oportunidades de que Rhys y ella terminaran juntos de verdad.

—¿Y a ti, Sophie? —le preguntó Rhys—. ¿Te importaría?

—No —respondió la niña. No lo hizo con tanto entusiasmo como Clara, pero era un gran paso para ella.

—A mí me parece que deberíais estar comprometidos, no ser simplemente novios —sugirió Clara.

—No hay necesidad de ir tan lejos, Clara —le reprendió Thea.

—Pero si tú eres sólo su novia, esa Kate no pensará que Rhys va en serio contigo —protestó Clara.

—¿Sabes una cosa? Me parece que Clara podría tener razón —afirmó Rhys—. No me sorprendería que Kate siguiera buscándome novias potenciales por si tú no resultas adecuada. Además, ¿qué diferencia hay? Estamos fingiendo de todos modos.

—Es cierto —admitió Thea—. Está bien. A por todas —añadió, resignada mientras Clara se recostaba en su silla con una sonrisa en los labios.

—¿Y el anillo y cosas como ésa? —preguntó Rhys. Para consternación de Thea, estaba mirando a Clara para pedirle consejo. ¿No se había dado

cuenta de que sólo era una niña de nueve años?

—No será necesario —intervino Thea, antes de que Clara pudiera pronunciarse—. Simplemente diremos que te alegraste tanto de verme a las cinco de la mañana que abriste los ojos y decidiste que querías pasar el resto de tu vida conmigo. No querías perder el tiempo, por lo que me pediste que me casara contigo allí mismo.

—¿A las cinco de la mañana? —replicó Rhys, incrédulo.

—De acuerdo —admitió ella, al darse cuenta de que, en realidad, no sonaba demasiado creíble—. Nos prometimos esta mañana, cuando tuviste la oportunidad de darte cuenta de que los dos estamos hechos el uno para el otro.

—Entonces, este almuerzo es para celebrar nuestro compromiso, ¿no? —observó Rhys.

—¡Enhorabuena! —exclamó Clara, tomando su vaso de limonada y levantándolo a modo de brindis. Sophie la imitó inmediatamente.

—¡Enhorabuena! —dijo la niña. Cuando sonrió, Thea se sintió como si hubiera escalado el Everest.

—¿Sabes una cosa, Sophie? Si quisieras, podrías ser un poco difícil —sugirió—. Podrías fingir que me odias y así tendrías razón para irte a solas con tu papá.

—Pero entonces no podría jugar con Clara —replicó la niña.

—Oh... No sé. Podrías mostrarte amable con Clara porque sientes pena de que ella tenga que estar a solas conmigo todo el tiempo. Cuando yo me acerque a ti, podrías mostrarte enojada.

—Creo que estaría encantada de que tú fueras la novia de su papá —dijo Clara—. Thea es mi tía favorita —añadió. Se volvió a mirar a Sophie, pero Thea se dio cuenta de que el blanco de sus palabras era otro—. Siempre es muy divertido cuando ella viene a vernos. Ojalá mi padre se hubiera casado con alguien como ella. Mi madrastra es realmente aburrida. No se me permite ensuciar nada cuando estoy en su casa ni me deja probarme su ropa ni ponerme su maquillaje. Nunca me puedo tumbar en el sofá o charlar con ella del modo en el que lo hago con Thea. Además, hace comidas muy ricas, no bajas en calorías y saludables como mi madrastra.

Una publicidad tan descarada hizo que Thea se sintiera avergonzada. No se atrevió a mirar a Rhys para ver cómo se había tomado la transformación de la niña en celestina profesional.

—Si, bueno, no creo que importe nada de eso, Clara —dijo rápidamente—. Sólo estamos fingiendo, ¿te acuerdas? En realidad, Sophie no me quiere como novia de su papá.

—No me importaría —comentó tímidamente Sophie. Clara dedicó a Thea una mirada triunfante.

Se produjo otra de aquellas embarazosas pausas. Thea aún no se había atrevido a mirar a Rhys.

—Deberíamos decidir cómo nos conocimos. Seguramente Kate va a preguntarlo. ¿Qué te parece una fiesta?

—En realidad yo no voy a muchas fiestas —respondió Rhys, poco convencido—. Estoy seguro de que Lynda se lo habrá dicho a Kate. Era una de las cosas sobre las que solía quejarse sobre mí.

—Podrías haber decidido cambiar de vida cuando regresaste al Reino Unido —comentó Thea—. Podrías decir que tuviste una transformación de personalidad.

—No creo que se lo vaya a tragar, especialmente cuando me he esforzado tanto por hacer creer a Kate y a Nick que soy una persona muy poco sociable. ¿Qué te parece si nos hubiéramos conocido en una cita a ciegas? Yo podría haber visto tu anuncio en un periódico y pensar que parecías una mujer interesante.

—¡No pienso decirle a Kate que me he anunciado en un periódico! —protestó Thea—. ¡Va a pensar que estoy desesperada!

—Lo va a pensar de todos modos cuando sepa que me has venido persiguiendo hasta Creta.

—¡Oye! ¿Quién se ha inventado la historia de la novia en primer lugar? —le preguntó ella, muy enojada—. No me importa parecer insistente, pero no pienso parecer patética.

Rhys levantó las manos como si estuviera rindiéndose y ella se aplacó un poco.

—¿No podríamos habernos conocido a través del trabajo? Después de todo, así se conocen la mayoría de las personas.

—No lo sé. ¿A qué te dedicas tú?

—Bueno, un poco de esto y otro poco de aquello, como se suele decir —contestó Thea, con un suspiro—. Aún estoy esperando encontrar mi profesión. No hago más que cambiar de trabajo, lo que vuelve loca a mi madre. En estos momentos, soy secretaria en una empresa de relaciones

públicas. Tal vez mi empresa podría haber estado dándole publicidad a la tuya o cambiando el enfoque de vuestras ventas o... ¡Ya lo sé! El logotipo de tu empresa necesita cambiarse, por lo que necesitabas hablar con mi jefe. Sin embargo, en cuanto me viste, tú supiste que yo era la mujer de tu vida y, naturalmente, después de eso no pudiste concentrarte en nada y... ¿Qué? –preguntó, al ver el gesto con el que la estaba mirando Rhys.

–Estaba imaginándome cómo se pueden cambiar las rocas.

–¿Rocas? –preguntó Thea, completamente atónita.

–Soy geólogo –explicó Rhys–. Me interesan las rocas que tienen millones de años. La geología es lo más importante que hay.

Thea, Clara y Sophie intercambiaron una mirada.

–¿Más importante que los zapatos? –quiso saber Thea, inocentemente.

–¿O las compras? –añadió Clara.

–¿Compras? ¿Zapatos? –repitió Rhys, con incredulidad. Evidentemente, había picado el anzuelo–. ¡Ni siquiera se puede comparar! Todo lo que se hace, se ve, por donde se camina está formado por la geología –añadió, con pasión–. ¿Cómo se puede comprender el mundo que nos rodea si no se comprende cómo está hecho? Se debería enseñar geología en la escuela primaria. Si yo pudiera...

Se detuvo en seco al ver que Clara y Thea se estaban riendo mientras hacían como si se estuvieran quedando dormidas de aburrimiento. Rhys sonrió de mala gana.

–Muy bien –admitió–. No todo el mundo encuentra las piedras tan interesantes como yo.

Sophie los observaba atónita. Evidentemente, jamás se le había ocurrido que nadie pudiera tomarle el pelo a su padre, pero cuando vio que él también se estaba riendo, sonrió.

–Bueno, si los geólogos son demasiado importantes como para tratar con las empresas de relaciones públicas, es mejor que volvamos a lo de la fiesta. Podemos decir que un amigo mío trabaja con un amigo tuyo o algo así y que los dos terminamos en la misma cena.

–Me parece bastante razonable –comentó Rhys, encogiéndose de hombros–. Además, no creo que a Kate le extrañara.

–Muy bien. Entonces, todo ocurrió en una cena. Naturalmente, cuando tú me hablaste de tus piedras y me demostraste lo importantes que eran en mi vida, me quedé completamente deslumbrada.

Rhys reconoció la broma con otra sonrisa.

—Ah, entonces para ti también fue amor a primera vista, ¿eh?

Thea observó a unos ancianos que jugaban al backgammon en la mesa de al lado y se preguntó por qué sentía aquella extraña presión en los pulmones.

—Creo que probablemente —contestó.

El despertador sacó a Thea de un profundo sueño. Durante un instante, se quedó completamente inmóvil, preguntándose dónde estaba y por qué el sol brillaba en el exterior cuando su cuerpo le decía que era aún de madrugada.

Se sentía totalmente desorientada. Recordaba imágenes que se le presentaban de repente y que no parecían tener relación las unas con las otras: agarrar el volante mientras conducía en la oscuridad, un mantel de cuadros, el brazo de un hombre... y Rhys.

Se incorporó de un salto en la cama. Lo había recordado todo de repente. Sí. Había tomado café con él y todos habían ido juntos a la ciudad. Muy bien. Sin embargo, el ridículo plan que todos habían urdido... ¿En qué había estado pensando? La *retsina* debía de habersele subido a la cabeza.

¡Oh, Dios! ¿En qué se había metido? Lo peor de todo era recordar lo razonable que le había parecido en aquel momento. Habían estado hablando de ello mientras regresaban a casa con sus compras, con las niñas riéndose en el asiento trasero. ¡Se habían estado riendo!

Al recordar los detalles, Thea palideció. A Nell le daría un ataque si supiera en lo que se había metido su hermana y su hija con un hombre completamente desconocido. Lo mejor sería que le explicara que no se había dado cuenta de lo que aquello suponía hasta que se quedó a solas. Rhys parecía un tipo sensato. Probablemente, él también estaba teniendo sus dudas. Se olvidarían del tema y pretenderían que todo había sido una broma.

¿Cómo había consentido que la metieran en algo así? ¡Tan sólo llevaba unas pocas horas en Creta!

Hacía mucho calor, por lo que vestirse adecuadamente era demasiado, teniendo en cuenta todo lo que tenía encima. Sacó su pareo favorito y se envolvió en él. El suave algodón era fresco y resultaba muy reconfortante contra la piel.

Durante el camino de vuelta, el cansancio se había apoderado de ella de repente. Casi inmediatamente después de estar hablando con Rhys como si lo conociera de toda la vida, se había encontrado dando cabezadas en el asiento delantero del coche. Le costó un triunfo sacar la compra de las bolsas y meterlo todo en el frigorífico antes de derrumbarse sobre la cama. Clara había optado por irse a la piscina. Thea deseó haber hecho lo mismo. Se sentía atontada y desorientada. Era como tener una monumental resaca, pero sin el dolor de cabeza.

Bajó las escaleras. Tal vez un baño en la piscina le ayudaría a refrescarse. Decidió comprobar primero que los Paine aún no habían regresado. No quería encontrarse a Kate por primera vez en traje de baño. Se sentiría en desventaja. Abrió la puerta y salió con mucho cuidado a la terraza.

—¡Thea!

Aquel grito la sobresaltó. Se agarró con fuerza el pareo y se dio la vuelta para encontrarse con Rhys y con una rubia muy elegante, a la que Thea no tuvo dificultad alguna en identificar como Kate Paine. Genial. En vez de encontrarse con ella en traje de baño, Thea iba a conocerla cuando estaba medio desnuda, con el cabello revuelto y con un pareo tan viejo que era prácticamente transparente. Instintivamente, se frotó por debajo de los ojos. Al mirarse el dedo, vio que estaba negro. Había estado demasiado cansada para quitarse el rimel antes de meterse en la cama, lo que significaba que, en aquellos momentos, tenía el aspecto de un oso panda.

Excelente.

Evidentemente, Rhys y Kate se habían encontrado en la terraza y parecían tan atónitos de ver así a Thea como ella a ellos. ¿Por qué? Aquella era la terraza de Thea.

Durante un instante, los tres se miraron. Thea estaba empezando a preguntarse si podría darse la vuelta, volver a entrar en la casa y cerrar la puerta cuando Rhys consiguió reaccionar.

—¡Ahí estás cariño! —exclamó, acercándose a Thea con una cálida sonrisa. La abrazó antes de que ella pudiera dejarse llevar por su instinto y regresar al interior—. ¡Venía a ver si te habías despertado ya! ¿Cómo te encuentras?

—A decir verdad, algo rara...

Rhys le agarraba el brazo con fuerza. La calidez de su piel penetraba a través del fino algodón del pareo, lo que hizo que Thea fuera plenamente consciente de su desnudez. La sensación de verse separada de la piel de

Rhys sólo por la delicada prenda le resultó peculiar y excitante. Estaba muy bien lo de recordarse que apenas conocía a aquel hombre, pero la verdad era que aquel contacto la hacía sentirse muy bien.

—Le estaba diciendo a Kate la sorpresa que me diste anoche. ¿Te acuerdas que te mencioné que había una familia en la tercera casa? Ésta es Kate Paine. Está aquí con su esposo, Nick, y los dos hijos de ambos.

Todo en Kate sugería frialdad y distancia. Tenía unos gélidos ojos azules y el cabello estaba peinado de un modo muy elegante y práctico a la vez. Irradiaba la clase de seguridad que hacía que Thea se sintiera como una alumna de primaria delante de una profesora especialmente dura. Resultaba imposible imaginarse a aquella mujer desaliñada o agobiada. Contempló la inmaculada camisa blanca y los impecables pantalones, que sugerían que no sólo había gente que poseía planchas de viaje, sino que también las utilizaba.

—Hugo y Damian —explicó Kate con simpatía, aunque sin dejar de inspeccionar a Thea de la cabeza a los pies. No parecía estar muy impresionada.

Thea no podía culparla. Sabía perfectamente el aspecto que tenía cuando acababa de levantarse. No era algo digno de verse.

—Hola —consiguió decir, con una empalagosa sonrisa.

—Kate, ésta es Thea —añadió Rhys, mirándola cariñosamente, como si pensara que era la mujer más hermosa de la tierra en vez de un oso panda. ¿Quién hubiera pensado que un geólogo se comportaría así?

—Kate ha sido muy amable y nos ha invitado a su terraza esta noche —añadió.

—Bueno, es muy amable de tu parte —empezó Thea, pero Kate la interrumpió antes de que pudiera encontrar una excusa decente.

—Sólo se trata de una copa para darte la bienvenida —insistió—. Rhys me ha explicado que este día es muy especial para vosotros, pero nos gustaría ayudaros también a celebrar vuestro compromiso.

—Bueno...

—Estoy segura de que querrás tener la oportunidad de arreglarte un poco —dijo Kate amablemente, aunque los ojos que inspeccionaban a Thea de la cabeza a los pies tenían una inconfundible nota crítica—. Os esperamos a las seis, ¿os parece bien?

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 4

POR QUÉ no te inventaste alguna excusa? –musitó Thea, después de que Kate se hubiera marchado—. Creía que el motivo principal de todo esto era evitarlos, no pasarnos el tiempo tomando copas con ellos.

Rhys esperó hasta que Kate no estuvo a la vista para soltarle el brazo. Inmediatamente, Thea lo echó de menos y deseó que él volviera a colocarlo donde estaba.

–Teníamos que ir en alguna ocasión –contestó mientras observaba cómo Thea se anudaba con fuerza el pareo—. Lo mejor era quitárnoslo de en medio cuanto antes. Preferiría haber esperado hasta mañana, pero cuando la vi dirigiéndose hacia aquí, pensé que era mejor que le cortara el paso. Conseguí detenerla antes de que llegara a tu puerta. Le conté todo lo referente a nuestro pequeño romance. Acceder a tomar una copa con ellos fue lo único que se me ocurrió para librarme de ella. No me pareció que te fuera a gustar encontrarte con ella inesperadamente.

–No, claro que no. Me encanta haberme encontrado con ella así –replicó Thea, con un cierto tono de ironía, señalándose el pareo—. ¡Como estoy tan elegante!

–Yo no sabía que ibas a abrir la puerta justo en este momento –señaló él—. De todos modos, estás fantástica.

–No te molestes –replicó Thea, sonrojándose ligeramente—. No tienes que actuar cuando los Paine no están aquí.

–Lo decía en serio.

Oh, oh... Thea que la envolvía uno de esos momentos... No quería mirarlo, pero era como si sus ojos tuvieran voluntad propia y la hicieran girar la cabeza hasta mirarlo a él.

–De verdad –añadió él, con una sonrisa.

«No, por favor, no hagas eso», quiso decir Thea. Ya estaba teniendo bastantes problemas enfrentándose al peculiar comportamiento de sus hormonas.

—No hago más que olvidarme de que llevas años en el desierto sin ver a ninguna mujer —comentó Thea. Rhys se echó a reír, lo que sólo consiguió empeorar las cosas. Todo sería mucho más fácil si Rhys fuera gruñón y desagradable, tal y como lo había sido la primera vez que se vieron—. Bueno, entonces ya estamos comprometidos —añadió, con una sonrisa—. Pareció que Kate se creyó que nos conocíamos hacía más que unas pocas horas.

—Al menos hasta ahora. Aún tenemos que superar el inevitable interrogatorio, pero, si lo conseguimos, todo debería estar solucionado. Espero que, a partir de entonces, nos dejen a nuestro aire. Kate quería que fuéramos a cenar, pero yo conseguí que se conformara sólo con una copa. Creo que entendió el porqué —añadió, con una sugerente sonrisa.

—Supongo que sí —susurró Thea, tratando de no imaginarse qué era a lo que se refería Rhys. Miró su reloj y vio que eran casi las seis—. Iba a reunirme con Clara y a darme un baño, pero creo que es mejor que vaya a darme una ducha. ¿Has visto a Clara?

—Sí. He estado vigilándolas a las dos. Le llevó cinco minutos conseguir que los niños Paine dejaran de ser modositos y que empezaran a gritar, a salpicar y a tirarse en bomba a la piscina. Se lo están pasando todos estupendamente, aunque Kate no pareció muy contenta con la transformación de sus hijos.

—Oh, Dios... ¿Crees que debería ir a hablar con Clara?

—No. Los otros tres han estado toda la semana mirándose. A Clara le ha hecho falta una tarde para conseguir que todos se pongan a jugar juntos. Ahora por lo menos disfrutarán el resto de las vacaciones. Yo diría que Clara era precisamente lo que Kate se merecía.

—Probablemente tengas razón —comentó Thea, riendo—. Bajaré a ver que lo que está pasando cuando me haya dado esa ducha.

—Me reuniré contigo al lado de la piscina para que podamos ir juntos a casa de los Paine.

Tras despedirse de ella con un movimiento de mano, Rhys bajó los escalones y dejó a Thea preguntándose por qué se sentía algo resentida. Entonces, se horrorizó al darse cuenta de que la razón era que Rhys se había marchado sin darle un beso de despedida.

Tenía que recuperar la compostura. Debía recordar que sólo estaban fingiendo. En realidad, Rhys no quería casarse con ella ni tenía por qué

besarla. Ni ella debería querer que lo hiciera. Se suponía que debía sentirse destrozada por lo de Harry.

Mientras se metía en su casa, se aseguró que sólo se sentía confusa por un largo día. Al día siguiente se encontraría mejor y, mientras tanto, una ducha la ayudaría. Preferiblemente una fría.

Se quedó horrorizada cuando se vio en el espejo del cuarto de baño. Tenía el cabello revuelto, el rostro pálido, ojos cansados y las horribles manchas del rimel debajo de los ojos. Parecía haber salido de una película de terror. ¡No era de extrañar que Kate se hubiera sentido tan poco impresionada!

Evidentemente, se necesitaban medidas drásticas. Se metió en la ducha, se lavó el cabello y untó la crema para controlar los rizos.

Cuando terminó de secarse el cabello, éste no tenía mal aspecto. No estaba demasiado liso ni brillante, pero al menos parecía una esponjosa nube y no un montón de paja. Había merecido la pena llevarse su secador.

Se alegró de que Clara no estuviera allí para hacerle preguntas incómodas. Se maquilló cuidadosamente y se puso un vestido de color rojo cereza. Era uno de sus favoritos porque, aunque era bastante viejo, era el que más favorecía sus curvas, enfatizándole el escote y apartando así la atención de caderas y muslos. Además, tenía una tela muy vaporosa que siempre la hacía sentirse muy sexy.

El único problema era que se había arrugado mucho. Thea trató de alisarlo un poco, pero no consiguió mejorarlo. Tendría que valer. Con un poco de suerte, anochecería muy pronto.

Seis en punto... Miró el reloj.

—Muy bien —musitó mientras buscaba un lápiz de labios—. Lápiz de labios, lápiz de labios, lápiz de labios... Ah, ¡ahí estás! Ahora, zapatos, pendientes... ¡Pendientes! Dios, ¿qué hice con mis pendientes?

Miró por toda la habitación. Si no estuviera tan desordenada... Como había sacado aquella mañana todo lo de la maleta, resultaba imposible encontrar nada. Vacío frenéticamente varias bolsas sobre la cama, cuando, de repente, se dio cuenta de que estaba hiperventilando, como si tuviera de verdad una cita.

—Tranquilízate —se dijo, mientras respiraba profundamente. Sólo eran unas copas con los pesados de los vecinos.

«Y la cena con Rhys», le susurró su astuta voz interior.

Sí, bueno, eso también, pero en realidad se estaba arreglando para convencer a Kate de que no siempre parecía un personaje de una película de vampiros. Trató de convencerse de que todo aquel esfuerzo era simplemente para reforzar la historia que habían creado.

«Claro», insistió la voz.

Thea reflexionó que era demasiado fuerte cuando la voz interior de una se ponía sarcástica. Se suponía que debían restringirse para la ocasional nota de cautela, no para burlarse.

Por fin vio los pendientes. Mientras se los ponía, pensó que tal vez se había esforzado demasiado para tomar simplemente una copa con los vecinos. Se mordió los labios. Ya no tenía tiempo para cambiarse. Ya llegaba tarde. Cuadró los hombros y decidió que no era como si se hubiera vestido con lentejuelas y una tiara. Sólo se había puesto un vestido. Nada más.

A juzgar por los gritos y los chapoteos que provenían de la piscina, Clara no se había pasado la tarde echando de menos el cuidado de un adulto, aunque Thea se sentía aliviada al saber que Rhys había estado vigilando a las niñas mientras ella dormía.

Clara debía haberse sentido también completamente agotada, pero no era así. Allí estaba, en medio de todo y, por lo que parecía, los cuatro niños demasiado excitados.

Evidentemente, Thea no era la única que lo pensaba. En cuanto se acercó a la piscina, vio a Kate. Estaba tan inmaculadamente vestida como siempre, pero parecía algo tensa al ver cómo uno de sus hijos saltaba a la piscina y aterrizaba en el agua en medio de un terrible estruendo.

—¡Hugo! ¡Damian! —gritó—. ¿Cuántas veces os he dicho que no saltéis así? ¡Salid ahora mismo!

—Mamá...

Pobres niños. ¿Cómo no podía permitírseles que se tiraran a la piscina cuando estaban de vacaciones? Evidentemente, los Paine eran muy estrictos con sus hijos.

—Son más de las seis, niños —insistió Kate, tratando de sonar razonable, porque, evidentemente, siempre trataba de ser la madre razonable que jamás perdía los nervios—. Sabéis perfectamente bien que a estas horas siempre os dais un baño para prepararos para la tarde.

—Pero estamos jugando —replicó uno de los niños.

—De todos modos, ahora vais a salir todos de la piscina —comentó Kate, mirando a Thea—. Ah, aquí estás. Quieres que Clara salga ahora de la piscina, ¿verdad, Thea?

A espaldas de Kate, Thea vio que Clara negaba enfáticamente con la cabeza.

—No veo por qué, si se está divirtiendo.

—¡Pero debe de estar muy cansada!

—Está de vacaciones —repuso Thea, con un tono de desafío—. Puede dormir un rato más por las mañanas si así lo quiere.

Kate contuvo el aliento.

—¿Estás segura de que eso es aconsejable? Sé que Clara es tu sobrina y, evidentemente, resulta tentador ser más indulgente cuando no se trata de tu propio hijo —añadió, con aire condescendiente—, pero los padres saben que los niños necesitan rutinas.

—En casa, tal vez, pero yo habría dicho que el propósito de unas vacaciones es darle a los niños un respiro de la rutina —afirmó Thea.

Muy ofendida, Kate se volvió de nuevo hacia la piscina.

—Bueno, pues los otros tres van a salir ahora mismo del agua —dijo, enojada—. Estoy segura de que tu padre creerá que ya has tenido más que suficiente, Sophie.

—¿Suficiente qué?

Al escuchar la voz de Rhys, el corazón de Thea dio un salto. Se dio la vuelta y vio que él se había puesto una camisa limpia y pantalones cortos. Tenía un aspecto elegante, aunque no había nada de especial en él. No tenía el romántico cabello de Harry ni sus deslumbrantes ojos azules. En realidad, era corriente.

Entonces, ¿por qué le parecía a Thea que todas las células de su cuerpo se habían puesto en estado de alerta al verlo? ¿Por qué, habiendo pasado sólo unas pocas horas desde que se conocieron, le parecía tan familiar, tan inmediato y tan devastador al mismo tiempo?

—Estás maravillosa —dijo él, sin prestar atención alguna a Kate. Le rodeó la cintura con un brazo y antes de que Thea se diera cuenta de lo que iba a ocurrir, le dio un beso en los labios.

El corazón de Thea, que ya estaba en medio de una revolución, se detuvo por completo. Afortunadamente, aquella sensación duró sólo un momento. Rhys levantó la cabeza y, cuando la miró, a Thea le pareció que él se sentía

tan turbado como ella misma. Era como si hubiera actuado sin pensar y que, en aquellos momentos, no estuviera seguro de lo que había ocurrido.

—Les estaba sugiriendo a todos los niños que salieran de la piscina y que se preparen para irse a la cama —le dijo Kate a Rhys—. Se están excitando demasiado. Ya llevan ahí demasiado tiempo. Cuando hayan tomado sus baños, creo que deberían sentarse tranquilos y leer un rato para que todos puedan tranquilizarse antes de irse a la cama.

—A mí no me parece que estén de humor para leer —replicó Rhys, tras mirar a los niños.

—Eso es porque están jugando a esa tontería de juego —comentó Kate, completamente exasperada.

—Se supone que los juegos deben de ser algo tontos, ¿no? ¿No es eso precisamente de lo que se trata?

—Sin embargo, Sophie no suele estar en la piscina hasta tan tarde —dijo Kate, gélidamente.

—Papá —suplicó Sophie—. ¡No me digas que tengo que irme ya a la cama! Estamos jugando y Thea ha dicho que Clara no tiene por qué salir de la piscina.

—Pues Hugo y Damian sí que van a salir —intervino Kate, lo que provocó un coro de protestas de sus hijos—, así que Clara va a quedarse bastante sola.

Rhys soltó a Thea y fue a agacharse al lado de la piscina para poder hablar con Sophie.

—Puedes quedarte con Clara mientras nosotros tomamos una copa —le dijo—, pero cuando te llame, quiero que las dos salgáis inmediatamente.

—¡Gracias, papá! —exclamó Sophie. Casi no podía creer la suerte que había tenido.

—Eso también va por ti, Clara.

—Muy bien —afirmó Clara, con una sonrisa—. ¡Gracias Rhys, gracias Thea!

—Rhys —dijo Kate, en voz baja, mientras Rhys se levantaba y volvía al lado de Thea—, ¿estás seguro que es bueno ceder así? Sé que Lynda cree en lo de poner normas muy estrictas, dado que si no Sophie puede ser... ya sabes, bastante difícil.

—Sé lo que opina Lynda, muchas gracias, Kate —replicó Rhys, con voz gélida—, pero ella no está aquí. Yo soy el responsable de mi hija y, por una vez, parece estar pasándoselo bien. No voy a estropear eso insistiendo en un

enfrentamiento sin sentido. Ahora, ¿dijo alguien algo sobre una copa? – concluyó, dando así por terminada la discusión.

Thea observó, muy impresionada, cómo a Kate no le quedaba más remedio que ceder. Resultaba evidente que ella quería seguir insistiendo sobre el asunto, pero había algo en el rostro de Rhys que la convenció para que no lo hiciera.

–Sí, por supuesto –dijo, con una tensa sonrisa–. Nick nos está esperando.

Efectivamente, el esposo de Kate los aguardaba al lado de la escalera. Era un hombre corpulento y con aspecto simpático.

–Subid, subid –los animó. Rápidamente, apretó la mano de Thea–. Me llamo Nick, Nick Paine.

–Thea Martindale –replicó ella, con una cortés sonrisa. Le costó soltar la mano de la de Nick, que resultaba sudorosa y desagradable al tacto.

–Pero no por mucho tiempo, según tengo entendido –replicó Nick, mirándole el escote–. ¡Este Rhys es una caja de sorpresas! Jamás nos dijo ni una sola palabra sobre ti y ahora Kate me ha dicho que os vais a casar.

–Así es –afirmó Thea. Tuvo que dar un paso atrás para que Nick no se le cayera en el escote. Entonces, tomó la mano de Rhys, que resultaba fuerte, seca y reconfortante–. Somos muy felices.

–Entonces, debemos brindar a vuestra salud.

Thea sintió que Kate no estaba demasiado contenta. Tal vez era porque no estaba a favor de que Rhys volviera a casarse a menos que fuera con alguien que ella le hubiera elegido.

–Nick, ve por el vino –le ordenó, con voz brusca.

Thea tomó asiento al lado de Rhys y se preguntó si Lynda sería como su amiga. No se imaginaba que Rhys respondiera bien a una orden así.

–Bueno, pues aquí estamos –añadió Kate, después de que Nick hubiera servido las cuatro copas. Entonces, levantó la suya–. ¡Enhorabuena! – exclamó, aunque con una sonrisa que ponía algo nerviosa a Thea–. ¡Tenéis que contárnoslo todo! ¿Hace mucho que os conocéis?

–No, no hace mucho –respondió Rhys. Thea les explicó rápidamente la historia de la cena.

–Pensé que Lynda había dicho que habías estado tanto tiempo fuera que no conocías a nadie en Londres –comentó Kate, frunciendo el ceño–. En realidad, estaba muy preocupada por ti cuando regresaste.

—Conozco a esos amigos que celebraron la cena —afirmó Rhys, con frialdad—. Y, por supuesto, ahora conozco a Thea.

Colocó el brazo sobre el respaldo del banco y empezó a acariciarle a Thea la nuca, lo que le provocó a ella una serie de deliciosas sensaciones por la espalda. Si seguía haciendo eso, jamás podría concentrarse.

—Me sorprende que os hayáis comprometido ya —replicó Kate, con tono desaprobador—. Casi no os conocéis.

—En el momento en el que vi a Thea supe que era la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida —afirmó Rhys, tan convincentemente que a Thea se le cortó la respiración durante un momento. A continuación, bajó el brazo, agarró la mano de Thea y comenzó a besársela—. Tú no necesitas tiempo para enamorarte, ¿verdad, Thea?

—No... —susurró ella.

—¿Se lo has dicho ya a Lynda? —preguntó Kate.

—No, pero lo haré, por supuesto, cuando lleguemos a casa. Nos hemos comprometido hoy mismo. Lo hice sin pensar, pero creo que jamás he hecho nada mejor en toda mi vida.

—Entiendo —repuso Kate. Los estaba observando con una calculadora mirada, como si no estuviera tan convencida por su historia como los dos habían esperado.

—Nos vamos a casar en Navidad —dijo Thea, sintiendo que necesitaban añadir algunos detalles más.

—¡Pero si sólo quedan cuatro meses para Navidad!

—Lo sé, pero siempre he querido una boda navideña —afirmó Thea—. Tendremos tiempo más que de sobra para organizarlo todo. No queremos una boda demasiado elaborada, ¿verdad, cariño? —le preguntó. Aprovechó la oportunidad para acurrucarse más a él y mirarlo cariñosamente a los ojos—. Sólo la familia y los amigos íntimos. Por supuesto, Clara y Sophie serán las damas de honor. Será precioso —concluyó, con una mirada ensoñadora en los ojos.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo, Rhys? —le preguntó Nick. Mientras rellenaba las copas le dio a Rhys un codazo que estuvo a punto de hacerle derramar el vino—. ¡En tu lugar, yo aprovecharía al máximo mi libertad! No hace mucho que has regresado del desierto y hay muchas chicas guapas por ahí.

—No quiero a ninguna de ellas —afirmó Rhys—. Sólo quiero a ésta.

Colocó la mano muy suavemente sobre la mejilla de Thea y volvió a besarla. Fue un roce breve y dulce, que terminó demasiado pronto. Cuando se apartó, se miraron durante un instante antes de volver a inclinarse el uno sobre el otro. Sus labios se movían como si tuvieran vida propia, aferrándose los unos a los otros con una cierta desesperación. Mientras se besaban, se olvidaron de Nick y Kate. El tenue brillo que Thea había sentido en su interior desde que vio la sonrisa de Rhys por primera vez se prendió hasta convertirse en puro fuego. El sentimiento era tan intenso que, cuando Rhys rompió de nuevo el beso, Thea tuvo que contenerse para no agarrarlo y obligarlo a continuar. Él se puso inmediatamente a hablar con Nick, prosiguiendo la conversación como si no hubiera ocurrido nada en absoluto.

¿Cómo podía hacerlo? A Thea le estaba costando un triunfo no deshacerse allí, sobre la terraza. Estaba temblando y el pulso le latía con tanta fuerza en los oídos que casi no era capaz de escuchar nada. Sólo se dio cuenta de que le habían hecho una pregunta cuando los otros tres la miraron con curiosidad.

—¿Perdón? —preguntó.

—Simplemente te estaba preguntando a qué te dedicas —repitió Kate, como si le sorprendiera que Rhys hubiera elegido a alguien completamente incapaz de seguir una conversación tan sencilla.

—Oh... yo... soy secretaria.

—¿Secretaria? —repitió Kate, como si aquello tuviera algo de extraordinario.

—Sí, para una empresa de relaciones públicas.

—Oh —dijo Kate. Evidentemente, se sentía muy poco impresionada—. ¡Evidentemente, Thea es muy diferente de Lynda!

—Así es —afirmó Rhys, abrazándola una vez más—. Muy diferente —añadió, mirándola a los ojos.

—Lynda era abogada cuando yo la conocí —insistió Kate—. Ahora, tiene su propio negocio. ¿No es una maravilla, Rhys?

—Evidentemente, tiene mucho éxito en su profesión —dijo él, sin comprometerse.

—Y tú eres una simple secretaria —afirmó Kate, mirando a Thea—. Es un desperdicio... Es decir, pareces una mujer inteligente, Thea. ¿No has pensado nunca en tener una profesión más importante?

–¿Qué clase de profesión tienes en mente? –replicó Thea.

–Bueno, ya sabes. Abogada, por ejemplo.

–No me veo como abogada –confesó Thea–. No soy muy ambiciosa. Para ser sincera, estaría encantada teniendo hijos y cuidando de mi casa. Estamos planeando una familia muy grande, ¿verdad? –añadió, mirando a Rhys.

–Al menos cuatro hijos –afirmó él, solemnemente.

–¿Y Sophie? –quiso saber Kate.

–Sophie será parte de la familia, por supuesto –contestó Thea, mirando directamente a los fríos y desagradables ojos de Kate–. No hay ninguna duda al respecto.

A la mañana siguiente, Thea y Clara desayunaron en su terraza. Tomaron café, yogur con miel y fruta, pero, de algún modo, nada les supo tan bien como lo había hecho el día anterior. No era lo mismo sin Rhys ni Sophie. La noche anterior, habían acordado que no se verían obligados a pasar juntos todo el tiempo, lo que sin duda era bueno. Sin embargo, aquella mañana parecía que el sol no lucía tan brillante, que el apetito no era tan intenso y que los sonidos y aromas que flotaban en el aire eran más suaves.

Clara lo sentía también.

–¿Puedo ir a ver si Sophie quiere jugar? –preguntó la niña, en cuanto terminó de desayunar.

–Muy bien. Yo bajaré dentro de un minuto. Oh, y si ves a Rhys –añadió, antes de que Clara se marchara–, dile que voy a pasar el día al lado de la piscina y que yo vigilaré a Sophie si él quiere marcharse.

Por supuesto, todo aquello sonaba perfectamente natural. No le importaba si lo veía o no. No se había pasado toda la noche tumbada sobre la cama recordando los besos y los momentos que habían compartido en la terraza, después de la cena, escuchando cómo las cigarras cantaban frenéticamente en la oscuridad.

No habían realizado una cena formal. Rhys había preparado un poco de cordero a la barbacoa y Thea hizo una ensalada. Después de que las niñas desaparecieran, se habían quedado sentados juntos. Thea no había tocado a Rhys, pero había sido muy consciente de su presencia. En realidad, no era nada en especial. No había razón alguna para que el pulso se le acelerara cuando él sonreía. Simplemente, tenía muy cercano lo ocurrido con Harry.

Sí, efectivamente, de eso se trataba. La marcha de Harry había dejado un vacío en su vida e, inconscientemente, estaba buscando a alguien que lo llenara. Rhys simplemente había sido el primer hombre que había entrado en su órbita.

En realidad, tenía que reconocer que Neil, un compañero de trabajo, le había pedido salir en varias ocasiones, por lo que, concretamente, Rhys no era el primero... ni el segundo. Se había olvidado de Andy, que vivía en el piso de abajo y que siempre se estaba ofreciendo a hacer cosas por ella. Los dos hubieran sido ideales para tratar de olvidar a Harry. Sin embargo, jamás se había sentido de aquel modo por ninguno de ellos.

Por lo tanto, no estaba tan desesperada... Menos mal. Tal vez se trataba más bien de una cuestión de oportunidad. Estaba sola y de vacaciones. Las convenciones normales no existían. Además, Creta era el escenario clásico para un romance. Una mujer se podía sentir allí atraída por un hombre completamente diferente sin comprometerse a nada porque, a las dos semanas, se despedirían. Por ello, se podía relajar, animarse y divertirse sin ataduras.

Aquello tenía sentido. Por fin podía relajarse y dejar de sentirse culpable y confusa por el modo en el que Rhys la hacía sentirse, ¿no?

La noche anterior, Thea había observado atentamente a Rhys. Estaba señalando el cielo y contándole algo sobre las estrellas del desierto con el rostro muy animado. En aquel momento, ella había sentido que algo se despertaba dentro de ella.

Miró a la piscina. Vio que Clara y Sophie ya estaban allí, sentadas en el borde y mojándose los pies en las aguas turquesas. Tal vez volvería a ver a Rhys aquel día. Tal vez él bajara a la piscina y, aunque no lo hiciera, ella le debía una cena. Sonrió y se estiró. El día se desperezaba delante de ella. No tenía absolutamente nada que hacer más que tratar de convencer a Rhys de que no era tan idiota como Kate la había hecho parecer. Tal vez no fuera una dinámica mujer de negocios, pero ella también podía ser una mujer elegante, tranquila y controlada.

Aquel día era la oportunidad perfecta para estrenar su traje de baño. Desgraciadamente, los biquinis y su figura no iban muy bien juntos, pero había encontrado un traje de una pieza que la favorecía bastante si metía la tripa y se quedaba muy quieta.

Cuando Rhys se encontró con ella, estaba tumbada muy decorativamente sobre una de las hamacas, con una pierna cuidadosamente doblada para evitar el síndrome de muslos aplastados y, aparentemente, absorta en el libro que Nell le había prestado. Reconocía que el libro le daba un cierto aire intelectual, aunque en secreto había escondido un par de revistas bajo la tumbona para más tarde, cuando nadie estuviera mirando.

—Buenos días, Thea.

—Oh... Hola —respondió ella, quitándose las gafas para mirar a Rhys.

Su voz había sonado algo chirriante, pero, por lo demás, no le había parecido que estuviera demasiado mal para alguien cuyo corazón acababa de dar varias series de volteretas.

Rhys se sentó sobre la hamaca que había al lado de la suya.

—Pareces muy cómoda.

—Lo estoy. Estoy planeando un día tranquilo para recuperarme de toda la excitación de ayer.

Rhys torció la cabeza para poder leer el título del libro.

—¿Te está gustando?

—Es maravilloso —contestó ella, aunque no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Llevaba al menos media hora en la misma página. No comprendía por qué los libros como aquél tenían que ser tan difíciles, pero se alegraba de no haber sucumbido a la atracción de *Marie Claire*. No le iría mal a Rhys ver que incluso las secretarias podían enzarzarse en discusiones literarias antes de comer—. ¿Lo has leído? —añadió, cruzando los dedos para que no lo hubiera hecho. Desgraciadamente, Rhys había empezado a asentir.

—Me pareció una basura —dijo—. Evidentemente, tú eres más intelectual que yo. No comprendí ni una sola palabra.

—Bueno, en realidad acabo de empezarlo y creo que insistiré un poco con él. No tengo nada más que hacer en todo el día, por lo que, si quieres marcharte por ahí a dar una vuelta, aquí tienes tu oportunidad.

«Traducción: Aquí tienes tu oportunidad de decir que preferirías quedarte conmigo».

—¿Estás segura? Clara me mencionó que no te importaría vigilar a Sophie y hay un paseo que llevo mucho tiempo queriendo hacer. Es demasiado largo para Sophie, por lo que ésta podría ser la oportunidad ideal.

«Vaya con el efecto seductor del traje de baño», pensó Thea, tristemente. Estaba deseando marcharse. Tal vez lo había intimidado pareciendo demasiado intelectual.

—Sin embargo, me siento algo culpable —prosiguió él—. En realidad, debería pasar el tiempo con Sophie, no agarrándome a la primera oportunidad que tengo de irme solo.

—Ya has pasado tiempo con ella —le aseguró Thea—. Lo que ahora deberías hacer es dejar que ella se divierta y lo está haciendo. Mírala.

Rhys miró hacia la piscina y vio cómo Sophie y Clara estaban charlando animadamente mientras iban nadando agarradas a un flotador.

—Se ha transformado —reconoció él—. Normalmente, conversa con monosílabos, pero, esta mañana, durante el desayuno, estaba muy parlanchina. No sé cómo darte las gracias.

—No tiene nada que ver conmigo. Dale las gracias a Clara.

—Lo haré —prometió, mirando de nuevo hacia la piscina.

## Capítulo 5

SE PRODUJO un breve silencio y, entonces, Rhys se puso de pie.

—¿De verdad no te importa tener que ocuparte de Sophie durante todo el día? —le preguntó.

—Será muy difícil estar tumbada aquí todo el día tomando el sol —contestó ella, tomando un cierto aire de mártir—, pero espero poder conseguirlo.

Rhys se echó a reír. Entonces, se acercó a la piscina y se agachó para hablar con Sophie. Oculta por las gafas, Thea admiró la vista. No había muchos hombres que pudieran llevar los pantalones cortos tan bien. Rhys sí.

Clara también se había acercado para hablar con Rhys. Los tres mantuvieron una animada charla, que se vio acompañada por las risas de las dos niñas.

—¿A qué ha venido todo eso? —le preguntó Thea, cuando Rhys regresó a su lado con una expresión extraña en el rostro.

Él no respondió directamente. Se limitó a señalar a la hamaca de Thea.

—¿Puedo?

—Claro —contestó ella. Algo sorprendida, movió las piernas para que él pudiera sentarse.

Resultaba muy íntimo tenerlo tan cerca. Estaba sentado frente a ella, de modo que el brazo de Thea quedaba muy cerca de las rodillas desnudas de Rhys. Las piernas de ella casi le tocaban los muslos a él.

—Si Clara te ha pedido que la invites a un helado más tarde, tenemos un tarro entero en el congelador —comentó, tratando de mantenerse tranquila.

—No. Se trata de algo un poco más delicado.

—¿Qué?

—Me comentaba que Kate estaba esforzándose, sin conseguirlo, por hacer como que no nos estaba vigilando desde su terraza.

Thea miró con cuidado hacia la casa de los Paine. Efectivamente, allí vio que Kate estaba sentada a la mesa, desde la que dominaba perfectamente

todo lo que ocurría en la piscina.

—No puedes decirle que no mire —comentó—. Es su terraza. Puede sentarse allí si quiere.

—Clara no estaba pensando en eso precisamente —dijo Rhys, con un cierto tono de diversión en la voz.

—¿No? ¿Y en qué estaba pensando precisamente Clara?

—Cree que sería muy buena idea si yo me despidiera de ti con un beso.

—Oh... —susurró Thea. Se había quedado completamente paralizada.

—Parece que se está tomando este asunto muy en serio.

Eso se debía a que Clara estaba decidida a hacerlo realidad, aunque Thea prefirió no decírselo a Rhys.

—Lo sé... Creo que tiene algo que ver con una imaginación muy viva. Algunas veces, me pregunto de dónde saca las ideas...

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó Rhys, tras una pequeña pausa.

—¿Lo del beso de despedida?

—Sí.

—Bueno, yo... Supongo que no haría mal alguno. No estoy segura de que Kate se quedara completamente convencida anoche.

—Eso me pareció a mí. En ese caso, será mejor que nos esforcemos un poco.

—Será mejor...

Thea trató de mostrarse tranquila, relajada, como si aquello no fuera nada del otro mundo. El problema era que no le parecía así. Le resultaba más bien peligroso y amenazador que Rhys se estuviera inclinando sobre ella muy lentamente. Podía cambiar de opinión si quería, pero él le había colocado la mano sobre el muslo... El corazón le latía alocadamente contra el pecho, dificultándole la respiración y hasta el pensamiento.

En su interior, la anticipación se había apoderado de ella y la hacía temblar desde las yemas de los dedos de los pies hasta las puntas del cabello. De repente, él empezó a dudar... ¿Habría cambiado de opinión? Aquello era demasiado para Thea. Sin pensárselo, le colocó las manos sobre los brazos y se las fue deslizando sobre la camisa hasta llegar al cuello. Entonces, tiró de él y cerró la distancia que los separaba. Al fin empezaron a besarse. El hecho de poder soltar por fin tanta anticipación le provocó una sensación tan intensa que la hizo contener el aliento.

Los labios de Rhys resultaban tan magnéticos, la mano que le acariciaba el muslo tan cálida, tan segura... Thea se olvidó de todo y se entregó al placer de besar y de ser besada, de poder tocarlo por fin, de saborear el tacto de su fuerte y firme cuerpo.

Afortunadamente, Rhys supo controlarse. Si no, ¿quién sabía adónde habrían llegado? Se apartó ligeramente para mirarla con una expresión que Thea no pudo identificar.

—Muy bien, Thea —dijo.

—Sólo estaba metiéndome en mi papel —comentó ella, algo temblorosamente. Él sonrió.

—Eres una actriz nata —afirmó él. Extendió la mano y le acarició la mejilla con un gesto tan tierno que provocó que Thea contuviera el aliento una vez más. A continuación, se puso de pie—. Es mejor que me vaya. Hasta luego, chicas —exclamó, antes de dirigirse hacia su casa.

—¡Adiós! —gritaron las niñas desde la piscina, como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo común.

Thea agradeció estar sentada y no tener que ir andando a ninguna parte porque estaba segura de que las piernas no iban a sostenerla. Ya resultaba demasiado difícil tratar de comportarse con normalidad, como si nada hubiera ocurrido.

Al otro lado de la piscina, vio que Clara la saludaba con la mano y que hacía un gesto de alegría con los pulgares hacia arriba. Definitivamente, aquella niña era demasiado precoz. Tendría que hablar con su madre cuando regresara a casa.

Volvió a tomar el libro con manos temblorosas y trató de leer, pero las palabras no hacían más que bailarle delante de los ojos. ¿Cómo iba a poder concentrarse en una prosa impenetrable cuando los labios y el muslo aún le ardían por el contacto que habían mantenido? El cuerpo entero le vibraba. Era ridículo. Sólo había sido un beso. Como siempre, estaba reaccionando exageradamente. ¿Acaso no había decidido la noche anterior que sólo estaba sufriendo los síntomas de un romance vacacional y que no habría problema alguno si no le daba importancia a las cosas?

¡Al diablo con aquel estúpido libro! Llevaba años mirando la misma página. Lo dejó a un lado y metió la mano debajo de la hamaca para sacar una de las revistas. Si no se distraía de algún modo, jamás iba a conseguir

olvidarse del beso de Rhys. Unos cuantos cotilleos y lograría recuperar el equilibrio.

Resultó que lo de la revista había sido una idea excelente. Estaba completamente absorta leyendo las dificultades maritales de dos de las mayores estrellas de Hollywood cuando una sombra cayó sobre ella. Era Kate. Estaba comprobando atentamente el material de lectura de Thea, que, evidentemente, no era de su aprobación.

—¿Te importa si me siento contigo? —le preguntó Kate, dejando caer su bolsa en la hamaca de al lado sin esperar a que Thea respondiera.

—Por supuesto que no —respondió. ¿Qué otra cosa podía decir?

Kate iba ataviada con un elegante pareo. Se lo quitó para dejar al descubierto un cuerpo perfectamente bronceado y tonificado, cubierto con un biquini que Thea sólo podía soñar con ponerse. Con algo así, se habría sentido como una de esas morsas que se ven paseando sus rollos de grasa sobre las playas en los documentales. Resultaba sorprendente creer que, tan sólo minutos antes, se había sentido bastante contenta con su apariencia.

Miró a Kate con resentimiento. Ella ni siquiera tenía que contener el estómago mientras se untaba crema protectora sobre la esbelta y tensa figura. Thea era perfectamente consciente del contraste de aquel cuerpo con su voluptuosa apariencia.

—¿Dónde están hoy Hugo y Damian? Esperaba verlos en la piscina con las niñas.

—Nick se los ha llevado al museo arqueológico de Heraklion.

—Vaya, ¿no se van a aburrir?

—Por supuesto que no —replicó Kate—. A los dos les interesa mucho la historia. Hugo es miembro de la sociedad arqueológica.

Thea se estuvo riendo hasta que se dio cuenta de que Kate no le estaba gastando una broma.

—Es muy importante que los niños aprendan algo sobre la cultura del país al que van —añadió Kate—. Estoy segura de que estás de acuerdo.

—Oh, sí, por supuesto —contestó Thea, sin molestarse en replicar. Se imaginó la reacción que tendría Clara si ella le sugiriera que fueran al museo en vez de quedarse en la piscina.

—¿No está hoy Rhys contigo? —preguntó Kate, como si no hubiera visto cómo Rhys se despedía de Thea.

—Se ha ido a dar un paseo.

—Me parece maravilloso que no te importe que él se vaya solo en el primer día que pasas aquí.

—Yo me siento algo perezosa y ya conoces a Rhys. A él no le gusta estar sentado —dijo, imaginándose más que otra cosa. Por lo que había visto, no le parecía que a Rhys le interesara demasiado tomar el sol.

—Sí, según me ha dicho Lynda, Rhys tiene problemas para relajarse.

—Yo no he dicho eso —afirmó Thea, enojada sin saber por qué—. Simplemente que no le gusta estar sentado.

—A Nick y a mí nos parece que es maravilloso que Rhys haya conocido a alguien por fin. Sé que Lynda estuvo bastante preocupada por él durante un tiempo. Se temía que nunca fuera a superar que ella le hubiera dejado. A menudo me ha dicho que sabe el daño que le hizo y que se sentía muy culpable al respecto. Aparentemente, se quedó completamente destrozado cuando ella se marchó. La adoraba.

—¿De verdad? —dijo Thea, tratando de hacer que resultara evidente que no le interesaba el pasado de Rhys. Tomó la revista y se dispuso a seguir leyendo, pero Kate parecía tener la piel más dura que un rinoceronte.

—Sí. Lynda dice que él jamás pareció aceptar que ella se había marchado para siempre. Ella quería que él siguiera con su vida, pero, por supuesto, lo primero que hizo cuando regresó a Londres fue comprarse una casa a la vuelta de la esquina de la de Lynda.

—Es posible que sólo quisiera estar cerca de su hija, no de Lynda.

—Sí, eso era lo que Lynda se imaginó, pero creo que se temía que Rhys estuviera tratando de volver a formar parte de su vida. No hubiera resultado nada sorprendente. Lynda es una mujer muy hermosa y de mucho talento.

—¿De verdad? —preguntó Thea, con frialdad.

—Sí —respondió Kate, sin querer percatarse del desinterés de Thea—. ¿Sabías que ha creado su propio negocio para vender terapias alternativas? ¡Son absolutamente fantásticas y todos hablamos maravillas de ellas! Estoy segura de que tendrá algo que te ayude a perder peso —añadió, tras mirar a Thea de arriba abajo. Ésta se quedó tan atónita que no supo qué responder—. Sólo hace dos o tres años que empezó, pero, aparentemente, los resultados del año pasado han sido fenomenales. Es una persona fantástica. Astuta, exitosa, maravillosa... No se me ocurre nada que no se le dé bien. En realidad, podría convertir en éxito cualquier cosa que quisiera.

—Bueno, tal vez cuando se entere de que Rhys y yo estamos comprometidos deje de preocuparse por él —le espetó Thea llena de acidez. Sin embargo, Kate tampoco se percató del sarcasmo que había en su voz.

—Oh, sí, claro. Estará encantada. Bueno, aquí estoy yo, sin dejar de charlar y tú sólo quieres volver a concentrarte en tu revista —dijo, con una sonrisa condescendiente—. Debería haberme traído algo para leer.

—Toma. Puedes tomar prestado esto si quieres —replicó Thea, sacando el libro de Nell de debajo de la hamaca.

—¡Oh! ¿Tienes este libro? —preguntó Kate. Su rostro había cambiado al ver el ejemplar. Evidentemente, no había esperado que Thea leyera cosas que no tuvieran fotografías—. Lynda lo ha leído dos veces y me ha dicho que debería leerlo. Me ha dicho que es uno de los mejores libros que ha leído nunca.

—A mí me parece que es basura. Te puedes quedar con él.

Con aire desafiante, Thea se concentró en los escándalos de los famosos. Se sentía demasiado enojada con Kate como para importarle lo que pensara de ella. Le habría gustado que Kate no le hubiera contado nada, en especial lo dolido que Rhys había estado cuando Lynda se marchó. Debía de haberla amado mucho. Efectivamente, a Thea no le parecía la clase de hombre que se casara sin estar profundamente enamorado. «Sé sincera», se dijo. «Lo que no te gusta es la idea de que Rhys esté enamorado de nadie».

No debería importarle. No había nada entre ellos. Su relación era completamente imaginaria. Si Rhys estaba tan obsesionado con su ex esposa como Kate había sugerido, sería mejor que siguiera siendo así. Thea ya había tenido más que suficiente con ser el segundo plato de Harry. Si había aprendido algo de todo aquello era que no se podía competir con la historia emocional de un hombre. Había llegado el momento de dejar de flirtear con la idea de un romance de vacaciones. Sería lo más sensato.

Rhys regresó a primera hora de la tarde. Thea se estaba haciendo las uñas al lado de la piscina cuando lo vio. Metió rápidamente la lima y la laca de uñas en la bolsa. Había decidido no implicarse emocionalmente con él, pero no quería que pensara que ella era superficial, aunque lo fuera.

Rhys levantó la mano en cuanto la vio. El corazón de Thea dio una voltereta. «Basta», se dijo. Se obligó a no dedicarle una sonrisa tan amplia.

Él estaba rodeando la piscina para reunirse con Thea cuando Sophie lo vio y lo llamó.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Mira!

Thea fue testigo de la expresión de asombro que se dibujó en el rostro de Rhys al ver cómo su hija lo llamaba. Se detuvo inmediatamente para ver cómo ella se ponía a hacer el pino en la piscina durante unos segundos antes de sumergirse y volver a salir a la superficie. La niña parecía encantada consigo misma.

—¿Lo has visto?

—Por supuesto. ¡Estoy muy impresionado! ¿Cuándo has aprendido a hacer eso?

—Hoy. Me ha enseñado Clara.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí.

Evidentemente, el repentino estallido de entusiasmo de Sophie se había terminado. Siguió practicando sus acrobacias, por lo que Rhys reanudó su camino hacia Thea tratando, sin conseguirlo, de ocultar la emoción que le había producido aquel breve intercambio con su hija.

Tenía un aspecto acalorado y polvoriento después de haber estado andando todo el día, pero la sonrisa que le dedicó a Thea cuando se sentó en la hamaca de al lado le iluminó todo el rostro.

—¿Cómo ha ido tu paseo? —le preguntó ella, sin poder evitar sonreírle también.

—Hacía mucho calor, pero muy bien.

—¿Has visto muchas piedras interesantes? —le preguntó ella, cuando lo que quería era besarle para darle la bienvenida del mismo modo en el que se había despedido de él.

—Fascinante. He encontrado unos magníficos ejemplos de rocas ígneas. Los he traído para mostrárselos a Sophie y a Clara. Estoy seguro de que les interesará saber cómo era el antiguo paisaje volcánico de Creta, por lo que les he preparado una pequeña charla. Creo que se lo explicaré después de cenar.

—¿Estás seguro de que eso es buena idea?

—¿Por qué no? —preguntó él. Observó atentamente la mirada de asombro de Thea hasta que no pudo aguantarse más la risa—. No te preocupes. Estaba bromeando. No sería capaz de hacerles eso. ¿Han estado en la piscina todo el día? ¡Deben de estar completamente diluidas!

–Más o menos. Conseguí hacerlas salir durante un par de horas a mediodía para comer, pero les encanta el agua.

–No sabía que a Sophie le gustaba tanto nadar. La semana pasada no se pasó tanto tiempo en la piscina.

–No creo que sea tanto nadar como charlar y jugar –afirmó Thea–. Sólo necesitaba una amiga con quien hacerlo y ya tiene a Clara. ¡Si hay algo que mi sobrina sabe hacer muy bien es charlar y jugar! Háblame de tu paseo. ¿Qué viste aparte de esas rocas tan interesantes de las que has hablado?

–Subí a las Montañas Blancas y empecé a caminar por una garganta. Es un paisaje muy salvaje, pero hermoso. Deberías venir conmigo en alguna ocasión. Estoy seguro de que te gustaría.

Los planes de vacaciones de Thea no incluían ir más allá de la piscina. Al escuchar aquellas palabras, algo se despertó dentro de ella.

–Tal vez lo haga. Bueno... –susurró. Lo miró a los ojos antes de apartar la mirada rápidamente–... me alegro de que te hayas divertido tanto.

–Sí, pero, lo más extraño de todo es que no tanto como había esperado.

–¿No?

–Esto puede parecer raro, pero te he echado de menos –dijo, mirándola intensamente.

Thea no pudo hablar. El recuerdo de cómo se habían besado aquella mañana regresó con fuerzas renovadas, tan nítido que Thea no pudo creer que Rhys no lo hubiera sentido también.

Sin embargo, él ya estaba mirando hacia la piscina, con el ceño ligeramente fruncido.

–Y a las niñas. Es muy extraño... La mayor parte de mi trabajo es muy solitario, por lo que estoy acostumbrado a pasar mucho tiempo a solas. Antes jamás me había supuesto un problema, pero hoy, me he encontrado pensando en vosotras, preguntándome qué estaríais haciendo... deseando estar con vosotras. Al final, regresé por el camino más rápido –concluyó, mirando a Thea.

Ella tragó saliva y se recordó fieramente que no iba a implicarse con aquel hombre.

–Yo también te he echado de menos –dijo, tan a la ligera como pudo–. ¡Tuve que ocuparme de Kate yo sola!

–Dios mío... ¿Fue todo bien?

–Yo no tuve que hablar mucho, lo que ya es algo. Tenía muchas ganas de contarme lo contenta que Lynda se pondrá cuando se entere de que estamos prometidos. Aparentemente, ha estado muy preocupada por ti.

–Kate es una autoridad en lo que se refiere a mi relación con Lynda –replicó él, con un gruñido–. Se pasó la mayor parte de mi primera semana aquí diciéndome lo preocupada que estaba Lynda por mis carencias como padre. Resulta que no paso el tiempo suficiente con Sophie y que, cuando la veo, le doy las cosas que no debo para comer, para leer, le compro los regalos equivocados y le dejo ver los programas que no debe en televisión. Básicamente, soy el padre equivocado –añadió, con la voz llena de amargura–. Kate piensa que estoy tratando de compensar el hecho de haber sido un padre ausente esforzándome ahora demasiado. Probablemente tiene razón.

–Tal vez, pero Kate no debe decirte el padre que debes y que no debes ser.

–Bueno, no me estaba diciendo nada que yo no hubiera escuchado en muchas ocasiones antes de boca de la propia Lynda. Me he perdido gran parte de la infancia de Sophie. No la conozco del modo en el que la conoce Lynda.

–No, pero tampoco fuiste tú el que te marchaste y te llevaste a la niña.

–Tienes razón, pero aún me siento culpable por los años perdidos. Lynda tenía razón en una cosa. Debería haber dejado mi trabajo en el norte de África. Efectivamente, puse mi profesión por delante de mi hija.

–¿Podrías haber conseguido un trabajo en el Reino Unido?

–Entonces no, o al menos no haciendo lo mismo. El hecho es que disfruto con mi trabajo y estaba trabajando en lo que parecía un proyecto muy importante. No quise dejarlo, pero eso no justifica nada.

–Habría sido una buena razón para que Lynda tratara de alcanzar un compromiso.

–Lynda no hace ese tipo de cosas. Es una mujer muy testaruda y, cuando decide lo que va a ocurrir, ocurre. No quería vivir en el norte de África y se marchó. Desde su punto de vista, era una decisión evidente.

Parecía más frustrado que dolido. Tal vez no se había sentido tan destrozado por el comportamiento de su esposa como Kate le había querido hacer creer. Por otro lado, todo había ocurrido hacía cinco años. Rhys podría haberlo superado.

—Lynda quería el divorcio para poder empezar desde cero —dijo Rhys—. Aunque yo quería regresar a Londres al año siguiente para poder compartir los cuidados de Sophie, me encontré en la absurda situación de que el único modo en el que podía pagar la pensión que Lynda quería mientras creaba su negocio era poder seguir trabajando en el extranjero. El negocio de Lynda no empezó a ir bien hasta este año y yo encontré un trabajo en Londres en el que el sueldo era comparable al que tenía, por lo que me podía permitir vivir en Londres y pagar la pensión de Sophie. Desgraciadamente, ahora me temo que ya es demasiado tarde. He perdido mucho tiempo con mi hija.

—No creo que eso deba preocuparte demasiado —le aseguró Thea—. No llevas mucho tiempo al lado de tu hija. Ella cambiará. Ya has visto cómo se ha comportado cuando has llegado.

—Sólo se está divirtiendo porque Clara está aquí —comentó él, sin mirarla.

—En parte, pero también te estaba buscando a ti. Ha estado esperando a que regresaras para poder mostrarte lo que ha aprendido a hacer. Son cosas pequeñas como éstas las que importan. No puedes esperar que sea una niña de su papá de la noche a la mañana.

—No, supongo que no.

—Al menos, Kate tenía razón en una cosa. No tienes que ser tan duro con Sophie. Eres su padre y ella te quiere sólo por eso. Simplemente no sabe cómo demostrártelo en estos momentos. Lo único que necesitas es ser tú mismo y dejar que sepa que la amas, por muy mal que se porte y muy malhumorada que esté.

—Pareces saber mucho para ser una mujer que no tiene hijos —dijo él, con una sonrisa. Parecía mucho más relajado.

—Bueno, tengo mucha experiencia con niños y divorciados. Ni siquiera te podrías creer las crisis por las que he tenido que pasar con mi hermana y mis amigas. ¡Ya lo he visto todo!

—Ojalá hubieras estado aquí desde el principio de mis vacaciones —comentó Rhys—. Me habrías ahorrado una semana muy difícil.

—Nunca es demasiado tarde para recibir consejos de la tía Thea —replicó ella, muy pagada de sí misma—. Y si yo hubiera estado aquí la semana pasada, habríamos caído en las garras de Kate y Nick antes de que hubiéramos podido elaborar un plan para evitar verlos. Así que podríamos decir que todo ha sido para bien.

Rhys la miró. Estaba sentada cómodamente en la hamaca, con el rostro radiante por haber pasado un día bajo el sol y el cabello cayéndole sobre los hombros con su habitual desorden. Se había quitado las gafas y sus ojos grises tenían un brillo cálido. Una divertida sonrisa se le había dibujado en los labios.

–Estoy empezando a pensar que es verdad –dijo.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 6

RHYS volvió la mirada hacia las Montañas Blancas por las que había estado caminando y dejó que Thea se preguntara lo que había querido decir con eso.

—Se te dan muy bien los niños —comentó él, volviendo a la anterior parte de la conversación—. ¿Te gustaría tener hijos propios?

—Sí, por supuesto. Me gustaría tener la gran familia de la que les hablé a Kate y a Nick, pero hacen falta dos, ¿verdad? En estos momentos, no tengo muchas posibilidades de conseguirlo y tampoco me voy haciendo más joven. Algunas veces —añadió, tras una pequeña pausa—, no puedo evitar pensar que habría sido mucho más fácil si mis padres me hubieran pactado un matrimonio.

—¿A quién te hubieran elegido? —preguntó él, divertido por el comentario.

—Mi madre habría elegido a un hombre con un buen trabajo fijo —decidió—, y a mi padre no le habría importado mientras jugara al cricket, así que habría terminado con un tozudo contable que se vistiera con camisas de franela blanca. Probablemente habría sido muy feliz —añadió, con cierta tristeza—. O tal vez no. Por supuesto, no sólo quiero tener hijos. Deseo pasar mi vida con alguien a quien ame y que me ame a mí. Alguien que me haga reír y al que le guste mi modo de ser. Alguien que me apoye en los buenos y en los malos tiempos y a quien no le importe que esté despeinada o que haya engordado un poco. ¿Es eso mucho pedir?

—Es demasiado esperar algo así sin mucho trabajo —dijo Rhys, lentamente—, pero no lo es para soñarlo y tratar de conseguirlo.

—Siempre me dicen que soy una romántica incurable. Tal vez sea verdad. Hace mucho tiempo, decidí que no quería comprometerme. Siempre pensé que si se quiere que todo sea perfecto, una debería esperar al hombre adecuado... pero entonces descubres que quien tú crees el hombre perfecto resulta no serlo.

—Estoy seguro de que todo te saldrá bien, Thea. No me imagino cómo ese Harry no se dio cuenta de lo especial que eres. Si yo fuera él, tomaría el primer avión que pudiera encontrar para venir aquí. Tal vez esté de camino ahora mismo.

—No sabe que estoy en Creta —susurró ella, sin poder mirarlo a los ojos. No quería ver la amabilidad, la sinceridad y la total falta de celos que había en su mirada.

—Tu hermana sí lo sabe, ¿no?

—Sí, pero Nell no siente ninguna simpatía por Harry.

—Si Harry la convenciera de que lo único que quiere es hacerte feliz, estoy seguro de que le daría la dirección inmediatamente. Y si ese hombre tuviera un poco de sentido común, estaría aquí ahora mismo, de rodillas, suplicándote que le perdonaras y que le aceptaras de nuevo en tu vida. Sé que eso sería lo que yo haría.

Thea esbozó una triste sonrisa. No se imaginaba a Harry de rodillas ante nadie... a excepción de Isabelle, por supuesto.

—Harry no es como tú, Rhys.

—No. Lo sé. Lo siento —dijo él, con un extraño gesto en el rostro—. No quería que pareciera que estaba criticando a Harry. Él es el hombre que tú amas y a veces no se puede explicar por qué amamos a las personas que nos hacen más daño.

Thea se preguntó si Rhys estaría pensando en Lynda, que tanto daño le había hecho. Rhys tenía un aspecto tan sólido, tan fuerte... No se imaginaba que nadie pudiera abandonarlo.

—No, no la hay.

—Pero eso no evita que se siga amándolos, ¿verdad?

Thea se miró las manos. De repente, sentía la necesidad de recordar lo mucho que amaba a Harry, pero lo único que podía ver era a Rhys.

—No —repuso ella. De repente, se sentía muy insegura, como si el suelo se le estuviera deslizando bajo los pies.

—No tengas ese aspecto, Thea —susurró Rhys. Extendió una mano y tomó la de ella—. No cedas a la desesperanza. Tal vez el hecho de que Harry no sepa dónde estás haga que se dé cuenta de lo mucho que te echa de menos.

—Tal vez —musitó ella, sin mucha esperanza. En realidad, le importaba muy poco.

—Mira, ¿qué te parece si mañana hacemos algo todos juntos? —sugirió Rhys. Le soltó la mano y se echó hacia atrás. Thea trató de que la separación no le importara demasiado.

—Claro —contestó ella, con una sonrisa. Había llegado el momento de alegrar el ambiente—. ¡Podríamos ir al museo arqueológico como Hugo y Damian!

—¿Vas a intentar preguntarles tú a las chicas si les apetece hacer eso o quieres que lo haga yo? —preguntó él, dudoso ante la sugerencia.

—Creo que me ahorraré el esfuerzo. ¿Adónde se te había ocurrido ir?

—A Knossos. Está un poco lejos de aquí, pero no se puede venir a Creta y no ver uno de los yacimientos arqueológicos más antiguos e importantes del mundo.

Su hermana Nell se lo había sugerido también, pero Thea se había negado en redondo. De algún modo, la idea resultaba mucho más atractiva después de que Rhys la hubiera sugerido. Además, Thea justificó el cambio de actitud asegurándose de que sería bueno para las chicas. Las niñas no se podían pasar todo el día en la piscina y, además, Clara podría terminar monopolizando a Sophie, por lo que Rhys casi no vería a su hija. Al menos si iban todos, podría pasar algo de tiempo con ella... Y si eso significaba que Thea podía estar también con él... Bueno, eso sólo era algo circunstancial.

—Me parece una idea estupenda —dijo—. ¡Siempre que podamos sacar a las niñas de la piscina!

Rhys les sugirió la idea durante la cena.

—A Thea le apetece ir —concluyó. Thea lanzó inmediatamente una mirada de advertencia a Clara, que sabía perfectamente la opinión que Thea le había expresado a su madre sobre la posibilidad de ir visitar aquellas ruinas.

Evidentemente, la niña tampoco había olvidado sus planes para evitar que Thea pensara en Harry y así lanzarla a los brazos de Rhys.

—Genial —dijo, cuando él le preguntó si le apetecía ir. Por supuesto, Sophie accedió inmediatamente.

Resultó que Knossos le pareció a Thea mucho más interesante de lo que había esperado. No comprendía muy bien el laberinto de escalones y pasillos de piedra, ni la colección de habitaciones palaciegas y diminutos

almacenes, pero no había duda de que aquel lugar tenía un ambiente especial. Sólo pensar en lo antiguo que era le provocaba mareos.

Esto último también podría tener algo que ver con el hecho de que Rhys estaba a su lado. Él las apartó de las multitudes y las llevó a las partes más tranquilas de las ruinas del palacio. Allí, les contó la historia de Teseo y el Minotauro con tantos detalles que hasta la pícara Clara se quedó atónita.

—¿Quieres decir que todo ocurrió aquí? —preguntó.

—El monstruo ya no está aquí, ¿verdad? —quiso saber Sophie, pegándose un poco más a su padre.

—No —dijo él, abrazando a su hija—. Ya hace mucho que no están aquí.

—Cuéntanos otra historia —le pidió ella.

Hasta en la sombra hacía mucho calor. El aire olía a pino y el canto de las cigarras constituía un coro ensordecedor. Thea dejó que la voz de Rhys la envolviera y, poco a poco, sintió que la inseguridad, la angustia y la confusión que había sentido desde que Harry se marchó la iban abandonando lentamente hasta que se quedó completamente vacía. Entonces, volvió a llenarse de un sentimiento que no fue capaz de reconocer, pero que la reforzó de una extraña manera.

Miró a Rhys. Después de la pasión y la volatilidad de Harry, era tan tranquilo, tan contenido... ¿Qué haría falta para excitar a un hombre como él... aparte de las rocas ígneas, por supuesto?

Cerró los ojos y se dejó imaginar cómo sería todo si no hubiera fingimiento alguno. Si no estuvieran los Paine, ni Lynda, ni siquiera Clara o Sophie. Si estuvieran los dos a solas, sobre una amplia cama blanca como las de la casa...

¿La haría tumbarse sobre las suaves sábanas? ¿Se moverían sus manos lenta y voluptuosamente o serían duras y exigentes? ¿Cómo sería tocarlo adecuadamente, envolverlo entre sus brazos y dejar que los labios viajaran por aquel fibroso cuerpo?

La imagen era tan nítida y el deseo que se apoderó de ella tan intenso que contuvo el aliento y abrió los ojos de par en par para encontrarse que Rhys y las niñas la estaban observando con preocupación.

—Thea, ¿te ocurre algo? —le preguntó Rhys.

Mareada y desorientada, Thea parpadeó y tragó saliva.

—No... No... Sólo estaba...

«Pensando en que tú me besabas. Pensando en que yo te besaba. Pensando que hacíamos el amor...».

No pudo terminar la frase. Había estado tan ocupada imaginando que no pudo encontrar nada en lo que hubiera podido estar pensando legítimamente. Al final, se rindió y se quedó mirando a Rhys, preguntándose qué tenía alguien de aspecto tan ordinario para hacer que ella ardiera de deseo de aquella manera.

Ni siquiera Harry, el amor de su vida, le había hecho nunca sentirse así, con aquel anhelo físico tan fuerte. Jamás había experimentando un deseo tan penetrante. El sentimiento era tan intenso que Thea se sentía aturdida, casi asustada. Volvió a cerrar los ojos con la esperanza de que cuando volviera a abrirlos todo habría vuelto a la normalidad.

—No tienes buen aspecto —dijo Rhys—. Hace mucho calor. Tal vez sea mejor que nos sentemos en la sombra durante un rato.

¡Eso era! ¡El calor! ¡Se sentía verdaderamente indispuesta! Thea se sintió mucho más aliviada y respiró profundamente.

—¿Te sientes mareada? Coloca la cabeza entre las rodillas.

Resultaba más fácil fingir que explicar. Además, efectivamente se sentía mareada. Colocó la cabeza obedientemente entre las piernas y Rhys le colocó una reconfortante mano sobre la espalda. Notó cómo su calor se abría paso a través de la fina tela de su vestido.

—¿Mejor? —quiso saber él, después de un rato.

—Estoy bien —dijo, aunque no muy segura—. No sé qué me ha pasado.

—Resulta fácil subestimar el calor.

—¿Dónde están las niñas?

—Han encontrado unos gatitos —contestó Rhys con resignación, señalando a un rincón de las ruinas—. Los gatos estarán salvajes y probablemente cubiertos de pulgas, pero trata de decírselo a esas dos.

—Oh, bueno. Las pulgas no tendrán posibilidad alguna. Clara y Sophie se pasan tanto tiempo en la piscina que cualquier pulga se ahogará en un santiamén.

—A menos que se las pasen primero a Hugo y a Damian. ¡A su madre no le gustará demasiado!

Thea se echó a reír y se sintió mucho mejor.

—Estoy segura de que ninguna pulga se atrevería a saltar sobre un Paine. Kate no lo toleraría jamás. Le ordenaría a la pulga que hiciera las maletas y

le diría que esa clase de comportamiento era inaceptable.

—¿Sabes una cosa? Resulta muy descansado estar contigo —dijo Rhys, inesperadamente.

—¿Yo? ¿De verdad?

—La mayoría de las mujeres a las que conozco, como Kate o Lynda, estarían ordenando a las niñas que dejaran en paz a esos gatos. Se estarían preocupando por el hecho de que ellas pudieran contraer una desagradable enfermedad e insistirían en que debían hacer un recorrido completo por el yacimiento con la compañía de un guía... No sabes lo fácil que resulta venir aquí con alguien como tú. No te preocupas por ninguna de esas cosas o, si lo haces, te lo guardas para ti. Pareces feliz simplemente con sentarte y absorber el ambiente.

—Creo que eso sólo significa que soy muy perezosa —comentó Thea, con una sonrisa—. Al menos, eso es lo que Harry solía decirme.

—A mí me parece que «descansada» es mucho más agradable que «perezosa», ¿no te parece? Descansada, relajante, tranquila...

¿Tranquila? Aquello era lo último que Thea se sentía cuando estaba cerca de Rhys.

—Plácida, aburrida...

—Thea Martindale —dijo Rhys, meneando la cabeza—. Necesitas trabajar un poco en la seguridad que tienes en ti misma —añadió. Extendió una mano para ayudarla a levantarse—. Creo que es mejor que te quedes conmigo hasta que podamos hacer algo sobre esa imagen negativa que tienes sobre ti misma.

Thea miró la mano de Rhys durante un instante antes de agarrarla. Una vez más, sintió el ya familiar hormigueo corriéndole por el brazo y transformándose en un agradable placer en su interior. Y el dolor, igualmente familiar, cuando él la soltó.

—Creo que sí —replicó ella.

Mirando atrás, Thea se sorprendió lo poco que les costó formarse su pequeña rutina. Los días fueron pasando. Cuando pensaba en ellos, cada uno parecía estar empapado de sol y del olor del tomillo, acompañados por el canto de las cigarras.

Si hubiera dependido de ellas, Clara y Sophie se habrían pasado todo el tiempo en la piscina, pero normalmente consentían que las convencieran para salir a algún sitio con la condición de poder volver a bañarse cuando regresaran. A Rhys le costó varios días conseguir que todos fueran a dar un paseo.

—Sólo para que no sigas insistiendo —le advirtió Thea, aunque, después, tuvo que reconocer que le había encantado.

Caminaron por el fondo de una garganta coronada por árboles que proporcionaban una agradable sombra. El lecho del río estaba seco y las niñas iban saltando por las piedras y mojándose los dedos en los escasos charcos de agua.

Otro día las llevó a las montañas y tomaron un picnic sobre una ladera rocosa, observados por un rebaño de cabras. Sin importarle el polvo, Thea se tumbó en el suelo y miró el perfil de Rhys, cuya silueta se destacaba sobre el azul del cielo.

Bajo los luminosos rayos del sol, pudo ver las líneas de expresión que le rodeaban los ojos y las primeras canas que le teñían las sienes. Contempló la textura de su piel, el nacimiento de la barba sobre la fuerte mandíbula. Cuando se volvió para mirarla, sus ojos eran cálidos y afectuosos.

—¿Estás cómoda ahí abajo? —le preguntó.

—Muy cómoda...

Cada vez le costaba más acordarse de Harry y de lo desesperada y triste que se había sentido cuando él se marchó. Mucho más, el recordar todo lo que había decidido que eran buenas razones para no implicarse con Rhys. De vez en cuando, Thea se recordaba que pasaba el tiempo, aunque no lo pareciera. Las vacaciones terminarían y, entonces, ya no habría razón para seguir fingiendo. Ya no habría largos y luminosos días, hermosas noches iluminadas de estrellas sobre la terraza, sólo los dos, mientras las niñas jugaban y reían.

Ya no estaría Rhys.

Hablaban con facilidad, como buenos amigos. De las niñas, de sus trabajos... De todo, a excepción de lo que ocurriría cuando terminaran aquellas vacaciones. Thea siempre lo evitaba, como en aquel momento. ¿Cómo podía pensar en marcharse cuando el sol brillaba con tanta fuerza y todo era maravilloso? Temía pensar más allá.

En realidad, no era que tuviera nada. Fingían ser amantes cuando veían a Kate o a Nick en la piscina, pero sólo eran amigos. De todos modos, no había posibilidad de que fueran algo más mientras Sophie y Clara estuvieran presentes ni indicación alguna de que Rhys lo estuviera pensando. Thea no hacía más que decirse que la amistad era más que suficiente.

Pero no lo era.

Rhys prefería estar en el campo, pero lo superaban en número Thea y las niñas, quienes preferían la playa. Por eso, él cedía y las llevaba a la costa siempre que lo pedían. Preferían una playa por encima de las demás, en la que la arena era blanca y el agua cristalina. Clara y Sophie adoraban sumergirse en las aguas turquesas y zambullirse en las olas como peces.

Poco a poco, los días fueron pasando hasta que se colocaron en la última semana de las vacaciones. Thea quería negar que tan sólo les quedaban un par de días e incluso se negaba a pensarlo. Rhys y ella estaban al borde del agua, observando cómo las niñas iban detrás de un banco de peces, cuando él le dijo:

—Venga, vamos a bañarnos nosotros también.

Se lanzó al agua y sólo se detuvo cuando se dio cuenta de que Thea seguía sobre la arena.

—¿No vas a venir?

—Sí.

—¿No me irás a decir que te dan miedo unos peces?

—Por supuesto que no, pero no me gusta que me muerdan los dedos de los pies.

Rhys se echó a reír y se sumergió en el agua. Antes de que Thea comprendiera lo que tenía en mente, la tomó en brazos y la llevó hacia las aguas más profundas.

Ella se le agarró al cuello instintivamente con los brazos. A pesar de las risas, no podía dejar de recordar que tenía el cuerpo de Rhys pegado al suyo. El contacto de las pieles desnudas fue casi como una descarga eléctrica.

Thea pensó que iba a dejarla caer en el mar, por lo que se agarró a él con fuerza y se preparó para la inmersión.

—No lo hagas —suplicó ella, medio riendo, medio asustada.

—¿Que no haga qué?

—No me tires al agua, por favor —añadió, aferrándose a él—. ¡Haré lo que tú quieras!

—¿Cualquier cosa?

—¡Sí! ¡Te lo prometo!

—Lo tendré en cuenta.

Las risas de Thea se evaporaron cuando su mirada se prendió de la de Rhys. Muy lentamente, sin apartarle los ojos del rostro, Rhys la dejó en el suelo. Estaban muy cerca... Los brazos de Thea aún le rodeaban el cuello y él tenía sus manos contra la espalda. Mientras tanto, el mar los rodeaba, lamiendo suavemente la cintura de Thea.

Ella se quedó muy inmóvil, temerosa de moverse por si él la soltaba. «Bésame», pensó, al ver que los ojos de él se oscurecían. «Bésame ahora». Thea sabía que él deseaba hacerlo, lo había notado en su rostro, pero, por supuesto, Rhys no podía besarla delante de las niñas.

Más tarde, en la terraza, cuando las niñas estuvieran dormidas... Tal vez la besara entonces.

Rhys cedió a los gritos de las niñas y fue a reunirse con ellas. Thea contempló cómo jugaban. Vio cómo Rhys sujetaba a las dos niñas con sus fuertes brazos. No había nada evidente sobre él, pero era muy corpulento y fuerte, pero contenido. Para Thea resultaba irresistible...

Veía cómo le relucían las gotas de agua sobre la espalda, la maravillosa línea de sus hombros... Sus músculos se flexionaban mientras levantaba a las niñas para arrojarlas contra las olas. Sin poder evitarlo, Thea pensó lo afortunadas que eran las niñas. Ella no quería que la arrojara contra las olas, sino que la sostuviera contra su cuerpo para que Thea pudiera acariciarlo y saborear la sal sobre su piel...

«Basta ya», se dijo Thea. Se estaba dejando llevar. Aquello era sólo deseo, lujuria, algo meramente físico. Tal vez se debía a que lo veía en pantalones cortos con demasiada frecuencia. Resultaba difícil no fijarse en su esbelto y fuerte cuerpo. Si sólo lo viera con traje y corbata, probablemente no estaría en aquel estado.

Sin embargo, las cosas no mejoraron cuando estuvieron vestidos y ella estuvo sentada junto a él en el coche. Con pantalones largos y camisa, aún le apetecía pegarse a él y sentir sus manos sobre la piel.

Aquello era horrible. Thea se agarró las manos desesperadamente sobre el regazo para evitar tocarlo. Si por lo menos Rhys le hubiera indicado que

estaba sintiendo la misma atracción, se sentiría mucho mejor. Al menos entonces no tendría tantas ganas de estar a solas con él. Desgraciadamente, aparte del momento en la playa, Rhys se comportaba con total normalidad.

Metió la llave en el contacto, pero no arrancó el coche. En vez de eso, miró el reloj y se giró en el asiento para poder mirarla a ella y a las niñas al mismo tiempo.

—Son las cuatro y media —dijo—. No necesitamos regresar aún. ¿Por qué no vamos a Agios Nikolaos para echar un vistazo? Es un puerto muy bonito. Tal vez podríamos cenar algo... Vamos a tomar unas copas con los Paine mañana por la noche, así que ésta es nuestra última oportunidad de tener una fiesta de despedida.

—¿Habrá tiendas? —preguntó Clara.

—Muchas, me parece.

—Estupendo. Tengo que comprar un regalo para mi madre.

—A mí también me queda un poco de dinero —comentó Sophie, muy alegre—. Podríamos ir de compras.

—¿Qué te parece, Thea?

Thea aún se estaba recuperando de la forma tan casual en la que él se había referido a una cena de despedida. Forzó una sonrisa.

—Lo de ir de compras me parece muy bien.

—Y yo aquí pensando que estaríais más interesadas en los restaurantes —comentó Rhys mientras arrancaba el coche—. ¡Bueno, os voy a invitar de todas formas!

Efectivamente, aquello era una novedad. Ella, Thea Martindale, no tenía hambre. Debía de haberle dado muy fuerte si había perdido el apetito. Trató de alegrarse, pero no podía librarse de aquel desagradable sentimiento que experimentaba al saber que muy pronto tendrían que despedirse.

Efectivamente, Agios Nikolaos era un puerto muy bullicioso, con cruceros, transbordadores y barcos pesqueros de alegres colores. Frente al mar había una gran variedad de restaurantes y, para delicia de las niñas, muchas tiendas.

Clara debió de visitar todas antes de decidirse por un regalo para su madre mientras que Sophie se había esforzado mucho por elegir un imán para la nevera. Dado que estaban allí, Thea aprovechó la oportunidad de comprar algunos regalos y se dijo que ir de compras la hacía sentirse mejor. Si pudiera encontrar una zapatería decente, volvería a ser ella misma.

Rhys lo soportó todo con increíble paciencia y, por fin, consiguió apartarlas de las tiendas. Encontraron un pequeño restaurante que era más tranquilo que los demás. Las niñas se sentaron a comparar sus regalos mientras se tomaban un refresco, pero muy pronto estuvieron deseando volver a marcharse.

—Supongo que es demasiado esperar que os sentéis quietas y que charléis tranquilamente hasta que llegue la comida, ¿verdad? —dijo Thea, resignada.

—¡Por favor, dejarnos, Thea! —suplicó Clara—. No nos iremos muy lejos.

—Es mejor que las dejes —recomendó Rhys—. Si no, no van a parar quietas.

—Gracias, papá. Vamos, Clara —dijo Sophie. Las dos niñas se marcharon antes de que Thea pudiera oponerse.

Eso dejó a Thea a solas con Rhys. No se le ocurría nada que decir. Se encontraba paralizada por una nueva clase de timidez, por lo que se concentró en cortar un trozo de pan. Era muy consciente de su presencia, del fuerte y moreno brazo que descansaba sobre el mantel, de los dedos que sostenían la copa... El cuerpo entero se le tensaba por la necesidad de tocarlo, de recordarse cómo era, de almacenar el recuerdo antes de que desapareciera para siempre.

El silencio se hizo completamente insoportable para ella, pero Rhys parecía muy cómodo. Se había recostado en la silla de modo que pudiera contemplar el bullicio del puerto. Parecía completamente relajado. No le preocupaba el hecho de que, muy pronto, fueran a seguir caminos separados.

—Se me había olvidado que habíamos quedado para tomar algo con los Paine mañana —dijo, con voz muy formal—. No me había dado cuenta de que ésta sería nuestra última noche.

—Yo tampoco cuando me lo sugirió Kate, pero ella parecía tener tantas gangas que me resultó difícil decir que no. Después de todo, hemos conseguido no verlos durante las dos últimas semanas.

—Supongo que no nos matará ser amables con ellos durante una hora o dos —afirmó Thea—. Sólo espero que Clara se comporte. Kate no siente ningún aprecio por ella. Resulta evidente que piensa que Clara es una influencia subversiva en la piscina.

—Sí. He notado que Hugo y Damian no se portan tan bien desde que tu sobrina se hizo cargo de las actividades —comentó él, divertido.

Thea no pudo evitar echarse a reír, pero fue un error. Se miraron a los ojos e, inmediatamente, la conversación volvió a secarse. Maldita fuera, se le había dado tan bien sonar normal durante un rato... Afortunadamente, Sophie regresó corriendo en aquel instante.

—¡Papa! —exclamó la niña—, ¿tienes dos euros? Necesitamos dos monedas.

—¿Para qué?

—Queremos probar lo de la Boca de la Verdad —dijo Sophie, señalando hacia el lugar en el que Clara estaba esperando con impaciencia y en el que había una máscara de piedra en la pared—. Analiza las manos. Lee las palmas y te dice la buenaaventura. Puedes elegir si la quieres en griego o en inglés.

—Ah, bueno, entonces merece la pena —suspiró Rhys—. ¿Eres consciente de que lo que te diga esa máquina será un ejemplo al azar de tonterías?

—Sí, sí... —susurró la niña. Evidentemente, no había escuchado lo que le había dicho su padre—. ¿Podemos probar a ver qué dice?

Rhys hizo un gesto de desesperación con los ojos y se sacó dos monedas del bolsillo. Thea, por su parte, contuvo una sonrisa y se alegró de haber tenido algo que los distrajera de tanta tensión. Era un placer ver cómo Sophie se había transformado en aquellas dos semanas. Había engordado un poco, tenía un precioso tono dorado en la piel y su relación con su padre se había transformado completamente.

Muy pronto, las niñas regresaron con los papeles que les había impreso la máquina. Sophie le entregó el suyo a su padre.

—¿Me lo puedes leer, papá?

Rhys suspiró y sacó las gafas que llevaba para leer del bolsillo de la camisa. Se las puso y, cuando miró a las niñas por encima de la montura con un gesto de fingida exasperación, Thea lo comprendió todo.

Le pareció que el mundo se había detenido. Todo quedó sumido en una profunda calma y fue desvaneciéndose hasta que lo único que quedó frente a Thea fue Rhys. Sólo Rhys y la absoluta certeza de que estaba completa y desesperadamente enamorada de él.

## Capítulo 7

RHYS... Thea se quedó completamente atónita. Le había resultado bastante raro pensar que deseaba a aquel hombre de aspecto ordinario, con su cabello ligeramente canoso, sus gafas de lectura y su pasión por las piedras. En aquel momento, tuvo que aceptar que era mucho más que una simple atracción física.

Jamás antes había sentido la completa certeza de haber encontrado al hombre al que podía amar durante el resto de su vida. Allí estaba, mirando por encima de la montura de las gafas. Era el único hombre que podía hacerla feliz. No podría conseguirlo con nadie más.

Fue un sentimiento sorprendente. Thea sintió que el corazón se le henchía con el simple alivio que le producía poder mirarlo, estar absolutamente segura de que lo amaba. Sacudió la cabeza con una sensación de incredulidad gozosa y atónita. Lo único que él había hecho para que ocurriera era ponerse las gafas.

Miró a su alrededor y se sorprendió de que todo fuera completamente normal. El mundo no se había detenido. Clara y Sophie estaban escuchando ávidamente lo que les decía Rhys. Nadie se había dado cuenta de que su vida había cambiado en un instante y que jamás volvería a ser la misma.

—«Algunas veces te sientes insatisfecha por todo» —decía Rhys, terminando de leer la predicción de Sophie—, «pero tendrás una vida muy feliz y muy larga». Muy bien. ¿Qué dice la tuya, Clara?

Clara se preparó para leer el papel mientras Rhys se quitaba las gafas y miraba a Thea con una sonrisa que le diluyó por completo los huesos.

—«Te podrías desilusionar mucho con aventuras precipitadas» —leyó la niña en voz alta—. «Estás llena de vitalidad y de placeres físicos. Ten cuidado de no tratar de ser demasiado lista» —concluyó, con expresión escandalizada. Sólo se echó a reír cuando vio que los demás lo hacían también—. ¡Qué tontería!

—¡Estoy empezando a pensar que, después de todo, ese analizador de manos podría tener algo de verdad! —comentó Rhys, riendo.

—¡Prueba tú, papá!

—Sí, venga, Rhys —le animó Clara—. ¡Y tú también, Thea!

Decidieron que resultaba más fácil ceder. Resignado, Rhys buscó un par de monedas más.

—Yo te leeré la tuya si quieres, Thea —se ofreció Clara cuando regresaron a la mesa. Su tía le entregó el papel—. Muy bien. La Boca de la Verdad dice que eres una persona muy amable y cariñosa. Es cierto, ¿verdad? ¡Funciona!

—Claro —replicó Thea, con un gesto de desesperación—. ¿Qué más dice?

—Mmm... Que tienes buena salud pero que, a menudo, buscas el amor en el lugar equivocado. ¡Bueno, eso se refiere a Harry, por supuesto!

—¿Quién es Harry? —preguntó Sophie.

—Es el novio de mi tía. Es horrible —explicó Clara, poniendo mala cara—. Parece majo y dice las cosas adecuadas, pero se sabe que no las dice de corazón.

Clara no había notado la expresión de Thea, pero Rhys sí.

—Léeme el mío, Clara —dijo rápidamente.

—Oh, muy bien. La Boca de la Verdad dice que tú eres un per... perpec... perfeccionista —dijo la niña—, y que algunas veces le dedicas una atención excesiva a los detalles. ¿Qué tal?

—No anda muy descaminado —admitió él de mala gana.

—¡Oh! ¡Escuchad esto! —exclamó Clara, muy emocionada—. «Parece que uno de esos escasos y maravillosos matrimonios que les ocurren sólo a los muy afortunados te está esperando».

—Eso demuestra lo mucho que sabe esa Boca de la Verdad, ¿no? —dijo Rhys—. ¿Cómo es que, si es tan lista, no sabía que yo estaba divorciado?

—Podría significar un segundo matrimonio —sugirió Clara. Sophie asintió.

—Entonces, tal vez significa que te casarás con Thea, papá.

Se produjo una pequeña pausa.

—Thea y yo no nos vamos a casar, Sophie —afirmó Rhys, después de un momento—. Sólo estábamos fingiendo cuando les dijimos a los Paine que estamos comprometidos.

—Ah, sí. Se me había olvidado.

Rhys ni siquiera miró a Thea.

—Resulta fácil hacerlo —replicó él—. ¡Algunas veces hasta a mí se me olvida!

—¿Puede quedarse Sophie a dormir? —suplicó Clara cuando regresaron a la casa.

—No lo sé, Clara —respondió Thea—. Es bastante tarde.

—¡Pero es nuestra última oportunidad! Rhys dice que no podremos hacerlo mañana porque nos vamos muy temprano al día siguiente y tenemos que hacer la maleta.

Thea pensó que también era su última oportunidad para hablar con Rhys. Cuando las niñas estuvieran en la cama, estaría a solas con él y podría decirle lo que había comprendido aquella tarde en el puerto, cuando Rhys se puso las gafas y ella se enamoró.

A pesar de todo, no estaba segura de cómo iba a hacerlo. Después de todo, Thea había visto la expresión que se le reflejaba en los ojos cuando la llevó al mar y también le había dicho a Sophie que algunas veces se le olvidaba que estaban fingiendo, ¿no?

Por supuesto, eso podría haber sido simplemente una broma para conseguir que la niña se sintiera mejor. La seguridad que Thea sentía empezó a desvanecerse. Desde entonces, no había habido nada y, en aquellos momentos, parecía que él estaba planeando ya la partida sin pena ni sentimiento alguno.

Tras haber convencido a su tía, Clara se marchó para darle las buenas noticias a Sophie. Unos minutos más tarde, las dos niñas reaparecieron acompañadas por Rhys, que llevaba la ropa de cama de Sophie.

—Sólo por si dejan de hablar el tiempo suficiente como para quedarse dormidas —comentó.

Thea dio a las niñas un beso de buenas noches y dejó que Rhys las advirtiera sobre lo que podían o no podían hacer.

—Supongo que no me van a hacer mucho caso —dijo, con voz resignada, cuando bajó las escaleras.

—Ya podrás ponerte firme con la disciplina cuando llegues a casa —comentó Thea. Había deseado tanto que llegara el momento en el que pudieran quedarse solos, pero se sentía muy nerviosa cuando por fin había

llegado—. Siguen de vacaciones. Y nosotros también —añadió, tragando saliva—. Creo que deberíamos aprovecharlo al máximo.

¿Podría haberle hecho una invitación mejor que ésta? Era casi como decir, «déjame que lo aproveche al máximo tomándote entre mis brazos y besándote hasta que me digas que me amas y que quieres pasar el resto de tu vida conmigo». Eso precisamente era lo que Rhys tenía que decir.

Por supuesto, no lo hizo.

—Supongo que tienes razón —dijo, con voz cansada y en absoluto romántica.

—Ha sido un día muy largo —comentó ella—. Vamos a tomar una copa para relajarnos.

Rhys la siguió a la terraza y aceptó la copa que ella le entregó.

—Gracias —susurró, mientras tomaba asiento—. Esto es precisamente lo que necesitaba.

Thea había esperado que sería mucho más fácil en la oscuridad, sentados donde siempre lo habían hecho. Sin embargo, había una tensión en el ambiente que jamás había existido antes. Ansiaba poder decirle que lo amaba, pero no sabía cómo hacerlo. No era la clase de confesión que se hacía en medio de una conversación. Por lo tanto, se limitó a sentarse y a retorcerse los dedos.

—Estás muy callada esta noche —comentó Rhys, después de un rato—. ¿En qué estás pensando?

—Bueno... En que mañana será nuestra última noche. No me puedo creer que ya se haya terminado todo.

—No. Estas dos semanas se han pasado muy rápidamente, ¿verdad? Me lo he pasado muy bien —añadió, con una sonrisa.

Todo estaba empezando a sonar muy concluyente. Thea tragó saliva.

—Yo también.

Iba a tener que decir algo. Ojalá no se sintiera tan tímida. Eran amigos. Jamás había tenido ningún problema para hablar con él cuando no había sabido que estaba enamorada.

El silencio empezó a pesar. Decidió que tenía que tranquilizarse. Debía empezar diciendo que había algo que quería decirle y, entonces, lanzarse. Cuadró los hombros. Respiró profundamente. Acababa de abrir la boca para hablar cuando Rhys dejó su copa sobre la mesa y se puso de pie.

—Tengo que marcharme —dijo. Sonaba tan nervioso y tan extraño...

Thea, que ya se había quedado muy sorprendida al verse interrumpida justo cuando acababa de armarse de valor para decirle lo que sentía, se quedó mirándolo boquiabierto.

—¿Qué ocurre?

—Nada... Bueno, algo, supongo, pero no tiene nada que ver contigo —le aseguró—. Es decir, es sobre ti, pero...

Rhys se interrumpió y lanzó una maldición. Entonces, se mesó el cabello lleno de frustración. Thea nunca lo había visto así antes y esta actitud la ayudó a volver a recuperar la compostura.

—Rhys, siéntate.

Él la miró durante un instante y, entonces, volvió a tomar asiento. Thea se giró en su silla para poder mirarlo.

—Dímelo.

—He estado pensando en lo que has dicho...

—¿En lo que he dicho? ¿Sobre qué?

—Sobre lo de aprovechar al máximo lo que nos queda de las vacaciones —dijo él. La miró directamente a los ojos de un modo que provocó que a Thea se le cortara la respiración.

—He pensado también lo mucho que me ha apetecido besarte hoy —añadió—. Sé que sólo es una cosa típica de las vacaciones y que tú sigues confusa y dolida por lo de Harry, pero hoy en el mar, cuando te tenía en brazos, quise olvidarme de todo y besarte.

—¿Y por qué no lo hiciste? —susurró Thea, con un hilo de voz.

—Porque habría sido un error.

—¿Tú crees?

—Regresamos a casa mañana, Thea. Ya sabes cómo son las cosas.

—¿Qué cosas?

—Lo de estar de vacaciones. Dos personas se conocen, como nos ha pasado a nosotros, y todo es mucho más intenso que en la vida normal, pero no es real. En estos momentos, con las estrellas, el olor del jardín y la cálida brisa, todo esto parece la única realidad que hay, pero cuando regresemos a Londres y a nuestras vidas por separado, nos daremos cuenta de cómo es la vida real. Todo esto será como un sueño.

—Lo sé —admitió ella. Rhys levantó la cabeza al escuchar la tristeza que había en su voz.

—Lo siento, Thea. No debería haber dicho nada. No quería estropear las cosas, especialmente ahora. Has sido tan maravillosa... No es que no sepa lo que sientes por Harry. Probablemente estás deseando regresar a Londres para verlo. Yo mismo he pasado por eso. Sé lo que se siente al seguir amando a una persona aun cuando te han hecho daño.

¿Le estaba diciendo que Kate tenía razón y que nunca había podido olvidarse de Lynda? Abrió la boca para rectificarle sobre Harry, pero Rhys siguió hablando.

—Ni siquiera se trata de si yo quiero tener una relación con alguien. Regresé para ser mejor padre para Sophie y es en eso en lo que me tengo que concentrar cuando regrese a casa. En estos momentos, no tengo tiempo de pensar en otra persona. No le he dedicado suficiente atención a Sophie durante los últimos años.

Thea sintió que se le encogía el corazón. Ya no había dudas. Rhys se lo había dicho muy claramente. No tenía sitio en su vida para ella. Tal vez la deseaba en aquellos momentos, pero no más adelante. Afortunadamente, ella no le había dicho que lo amaba. ¿Estaría en verdad enamorada de él o sería, tal y como el propio Rhys había dicho, algo propio de las vacaciones? Después de todo, ella se había preguntado lo mismo.

También había pensado que estaba enamorada de Harry. Los dos hombres eran completamente diferentes. No había razón para enamorarse de él más que porque no era Harry. Tal vez de eso se trataba precisamente. Se había sentido atraída por Rhys porque estaba cerca y era diferente, igual que Harry se había vuelto a ella cuando su relación con Isabelle se desmoronó. No sería difícil aceptarlo...

Sin embargo, no podía. Sabía que amaba a Rhys, estaba completamente segura de ello. Era algo real. Sólo tenía que aceptar un detalle: que Rhys no la correspondía.

No tenía que confesarle lo que sentía ni pensar en el futuro, en cómo sería la vida sin él. Por el momento, lo único que necesitaba era besarlo y abrazarlo, sentir sus brazos alrededor del cuerpo. Como Escarlata O'Hara, ya se ocuparía del resto al día siguiente.

—No hay nada de lo que arrepentirse —dijo—. Comprendo lo que quieres decir. Tienes razón. Esto no es real, ni para siempre, pero la verdad es que yo también quería que me besaras hoy.

Rhys levantó la cabeza y la miró fijamente al rostro.

—¿Qué estás diciendo?

—Ésta es nuestra última noche. No la desperdiciemos. Tú quieres besarme y yo quiero besarte a ti. Los dos comprendemos que no significa nada, que no es para siempre.

—Entonces, ¿qué es?

—¿Una celebración de las últimas dos semanas? —sugirió ella. Entonces, se levantó y se acercó a la silla de él—. ¿Limpiar el aire? Un momento que es sólo presente, sólo entre nosotros dos.

Rhys le agarró la mano y la hizo sentarse suavemente en su regazo. Le tomó un rizo de cabello entre los dedos y lo frotó con las yemas.

—¿Estás segura, Thea?

En vez de responder, ella se inclinó y comenzó a besarle debajo de la oreja, justo del modo en el que había estado fantaseando todo el día, toda la semana.

—Estoy segura —susurró, sin dejar de besarlo—. Sólo por nosotros, sólo por el presente...

En aquel momento, Rhys giró la cabeza e hizo que sus labios se unieran por fin. El amor y el deseo estallaron dentro de Thea. Se fundió con él en un pequeño suspiro de alivio. Por fin, por fin se estaban besando, no porque Kate los estuviera observando, sino porque los dos deseaban hacerlo.

Le recorrió el rostro con dedos y labios, seguido del cabello, de los maravillosos músculos de los hombros... Mientras tanto, las manos de Rhys la recorrían ávidamente, explorándola, deslizándosele por debajo de la falda, acariciándole el muslo de una manera que Thea creyó que iba a disolverse de puro placer.

Se aferró a él, amándolo, gozando con su tacto. Los besos se fueron haciendo más profundos, más desesperados. Fue la primera vez que se habían besado así, pero desgraciadamente sería la última. Por mucho que Thea tratara de no pensar en aquel detalle, no podía conseguirlo. Aquélla era la última vez que iba a besar a Rhys. No podía soportar que terminara, pero así sería. Rhys estaba tirándole de la cremallera del vestido cuando, de repente, se detuvo.

—Las niñas... Necesitamos parar mientras aún me sea posible.

No. No podían parar. Tenían que ir a la cama grande que había en la planta de arriba, besarse por todo el cuerpo... De repente, comprendió a lo que Rhys se refería. Sophie y Clara estaban en la planta de arriba,

probablemente hablando. Por supuesto que tenían que detenerse. No harían el amor. Debían empezar a separarse desde aquel mismo instante. Lentamente, se incorporó.

—Por supuesto. Tienes razón —dijo—. Ha sido muy agradable mientras ha durado...

Algo pareció cambiar en el rostro de Rhys.

—Sí, ha sido muy agradable...

Thea se dijo que no debía mirarlo. Si lo miraba a los ojos, le sería imposible contener la verdad. Cerró los ojos para reunir la fuerza necesaria para separarse de él y se levantó.

—Ya hemos aclarado el aire —añadió ella, forzando una alegría que no sentía a su voz—. Eso está bien.

—Eso espero.

Thea escuchó que Rhys se levantaba y que se acercaba a ella. Le colocó las manos sobre los hombros, lo que obligó a Thea a cerrar los ojos para reprimir la tentación de recostarse sobre él.

—Eres una mujer muy especial, Thea —dijo—. Espero que Harry te esté esperando en el aeropuerto.

Thea ya no quería a Harry. Quería a Rhys, pero, ¿cómo podía decírselo? Le había prometido que aquel beso no significaría nada. Ya no podía cambiar las reglas.

—Mañana es nuestro último día —concluyó él, dejando caer las manos y dando un paso atrás—. Disfrutemos al máximo también de él.

Trataron de hacer que el día fuera agradable, pero no lo consiguieron. Tras haberse pasado charlando la mayor parte de la noche, Clara y Sophie estaban cansadas y enojadas por el hecho de tenerse que ir a casa.

—Yo no quiero irme —gruñó Sophie.

—Tu mamá te estará esperando para verte —sugirió Thea, para tratar de alegrarla cuando su propio corazón le pesaba como el plomo—. Será maravilloso volver a verla, ¿no te parece?

—Sí, pero después tengo que regresar al colegio el martes.

Como no podía hacer nada al respecto, Thea dejó de mostrarse alegre. Francamente, ya le estaba costando bastante contener las lágrimas. En vez de aclarar el aire, el beso que habían compartido Rhys y ella parecía haber

tenido el efecto opuesto. Ya casi no se podían hablar sin que el aire vibrara con los recuerdos de lo que habían compartido y con los recuerdos venía la amargura de saber que no iba a volver a ocurrir.

A ninguno de los cuatro le apetecía salir. Las niñas jugaban en la piscina, protestando por tener que regresar al colegio. Rhys estaba como ausente y se pasó mucho tiempo comprobando el coche. Thea recorría como un fantasma la casa, recogiendo las cosas que Clara había desperdigado por toda la casa. Sabía que habría podido ordenar a la niña que lo recogiera, pero así al menos tenía algo que hacer para no pensar en Rhys. Todo había sido culpa suya. No debía haber provocado aquel beso. Lejos de mejorar la situación, la había empeorado.

Fue casi un alivio cuando llegó el momento de ir a casa de los Paine. Tras ordenarlas que se comportaran lo mejor que pudieran, Sophie y Clara los siguieron. Según resultó, Kate no tenía intención alguna de que los niños tomaran parte en la conversación. Las envió al interior de la casa a jugar a las cartas con Hugo y Damian.

A continuación, Kate ordenó a Nick que fuera a buscar unas copas.

—Ahora, podemos sentarnos y disfrutar de la última noche en paz —dijo, mientras se sentaba—. ¿No os parece que han sido unas vacaciones maravillosas?

—Perfectas —contestó Thea. Entonces, miró a Rhys, que estaba sentado a su lado con el rostro muy tenso. No parecía que él hubiera disfrutado de las vacaciones perfectas—. Ninguno de nosotros desea marcharse a casa —añadió, para distraer a Kate del hecho de que, evidentemente, Rhys no estaba de humor para entablar conversación.

—Yo siempre tengo ganas de volver —comentó Kate, justo cuando Nick aparecía con las bebidas—. Me gusta tener tres semanas para recargar las pilas, pero me muero de ganas por volver a trabajar. Siempre hay tanto que hacer en mi despacho... A veces, me pregunto si merece la pena tomarme vacaciones. Veo que aún no tienes anillo de compromiso —añadió, cambiando repentinamente de tema—. Yo creía que ibas a aprovechar la oportunidad para comprarte uno aquí. Es decir, no falta mucho para la boda.

—No, pero no hay prisa. Decidimos esperar hasta que regresemos a casa.

—¿Qué tienes en mente? Supongo que diamantes —comentó Kate, mirando complacientemente el anillo de diamantes que lucía en la mano.

—Los diamantes serían demasiado fríos para Thea —intervino Rhys, con voz seca. Tomó la mano de Thea, como si se estuviera imaginando un anillo en el dedo—. Ella necesita una piedra muy diferente. Tal vez un zafiro.

—Me encantan los zafiros —tartamudeó Thea, consciente de que tenía la mano entre las de él.

—Oh, bueno —dijo Kate, con desaprobación—. Si eso es lo que te gusta... Nick, ve a ver qué están haciendo esos niños —le espetó de repente—. Están haciendo mucho ruido. No quiero que Hugo y Damian se pongan a correr por toda la casa.

El pobre Nick se levantó obedientemente mientras ella volvía a centrar su atención en Rhys y en Thea.

—Debo confesar que siempre me pareció que los zafiros eran algo... corrientes —añadió, tras pensarlo durante unos minutos—. Los diamantes son tan sencillos y elegantes...

—Bueno, yo soy una persona corriente —replicó Thea. Trató de hacer una broma, pero vio que Rhys fruncía el ceño y que parecía más contrariado que nunca.

—Tú no eres corriente —rugió—. Como tampoco lo son los zafiros. Son unas piedras hermosas y cálidas. Como Thea —concluyó, desafiando a Kate con la mirada.

Minutos después, cuando por fin consiguieron marcharse, Rhys dijo:

—La única ventaja de regresar a casa es que no tendremos que volver a soportar a esa mujer. Al principio, uno cree que no es tan pesada como recordaba, pero, después de cinco minutos, no haces más que querer gritar lo insoportable que es. No sé cómo Nick la soporta.

—Yo creo que él es peor —comentó Thea—. ¡Se ha pasado media hora mostrándome cómo funciona su teléfono móvil!

En aquellos momentos, estaban sentados al lado de la piscina en la oscuridad de la noche, mientras las niñas se tomaban su último baño, para envidia de Hugo y Damian.

—Te aseguro que te costará mucho deshacerte de ella —añadió, desesperada por mantener la conversación—. ¿Es que no has oído que sugería que fuéramos a su casa una noche para poder comparar fotografías?

—Sí. Y también escuché que tú le decías que era una buena idea.

—Tenía que contestar algo. No podía decirle que tú y yo no nos íbamos a volver a ver, y mucho menos a verlos a ellos.

—No —respondió él, con voz seca.

—Me parece que Kate es la clase de persona que no deja caer en el olvido invitaciones como ésta. Te localizará a través de Lynda y no hará más que insistir hasta que tú aceptes ir. Por lo tanto, es mejor que vayas buscando el modo de explicarle mi ausencia.

—Simplemente diré que hemos terminado.

—Te preguntará por qué. Eso es lo que hacen siempre las Kate de este mundo.

—Le diré que roncas —bromeó él, por primera vez en toda la noche. Thea se sintió tan aliviada que hasta consiguió reírse.

—¡No te atrevas!

—No. Le diré la verdad —anunció Rhys, después de un momento.

—¿Cómo?

—No que hemos estado fingiendo. Simplemente le explicaré que, cuando te conocí, tú acababas de terminar una relación con otro hombre y que, cuando regresaste a casa después de estas vacaciones, tu anterior novio te estaba esperando. Entonces, te diste cuenta de que habías cometido un error. Espero que lo de Harry sea cierto. Te mereces lo mejor.

¿Por qué tenía tantas ganas de que volviera con Harry? Thea estaba harta de escuchar lo mucho que Rhys esperaba que Harry la estuviera esperando. Parecía que quería obviar el hecho de que ella se había enamorado de él empujándola de nuevo hacia Harry. De repente, sintió un profundo resentimiento. Le resultaba más fácil sentirse enojada con él que soportar el vacío de imaginarse la vida sin él.

—Será un alivio no tener que seguir fingiendo —dijo Rhys, después de un rato.

—Sí —contestó ella, fingiendo de todos modos. No quería que él notara que tenía el corazón roto—. A pesar de todo, han sido dos semanas inolvidables. ¡Una no se compromete todas las vacaciones!

Ni se enamora.

—Siento mucho que no vayas a conseguir ese anillo de zafiros.

—Ah, bueno. Ya tendré mejor suerte la próxima vez —exclamó ella, con una deslumbrante sonrisa—. Nunca se sabe. Puede que Harry cambie de opinión.

Otro silencio.

—Las niñas van a echarse mucho de menos —añadió ella, por fin.

—Pueden quedar en Londres. No viven muy lejos la una de la otra. Estoy segura de que podremos organizar algo.

Eso de «podremos» presumiblemente se refería a Lynda y a él, o posiblemente a Nell y a él. Thea no pudo reprimir un ataque de celos. Su hermana probablemente conocería a Rhys. Nell siempre había sido mucho más guapa y más sensata. Era exactamente la clase de mujer de la que Rhys se enamoraría si se lo permitiera en alguna ocasión.

Probablemente ella también podría acudir, pero, ¿de qué serviría? Rhys le había dejado muy claro que no quería tener una relación con ella. Thea estaba harta de enamorarse de hombres que no la correspondían.

Se juró que aquello era algo con lo que iba a terminar. Iba a tener que vendarse el corazón y seguir con su vida. Tal vez algún día encontraría al hombre que estuviera preparado para amarla sin reservas, del modo en el que ella necesitaba que la amaran.

Esperaba no tener que pasarse el resto de su vida deseando que ese hombre pudiera ser Rhys.

## Capítulo 8

THEA estaba en la sala de recogida de equipajes, observando cómo las maletas se tambaleaban sobre la cinta transportadora. Había sido un viaje muy largo y agotador, que había empezado de madrugada. Le escocían los ojos del agotamiento y del esfuerzo por contener las lágrimas durante tanto tiempo.

Aún no habían aparecido sus maletas y parecía que llevaban horas allí. Tal vez se las habían perdido. Thea no pudo decidir si aquello sería bueno o malo. Retrasaría el momento de la despedida durante algunos minutos más, pero temía tanto perder el control que decidió que era mejor terminar cuanto antes.

Rhys estaba sacando una maleta de la cinta. Segundos después, Clara empezó a señalar su equipaje.

—¡Ahí está mi maleta! ¡Y ésa es la de Sophie!

Thea rezó porque le hubieran perdido la suya. De repente, había comprendido que, en cuanto apareciera su equipaje, ya no habría razón alguna para estar allí, de pie al lado de Rhys. Tendrían que separarse y regresar a sus antiguas vidas. Él se marcharía para siempre.

La maleta apareció, entre una bolsa de palos de golf y una desaliñada mochila. Durante un momento, Thea sintió la tentación de fingir que no la había visto, pero Clara se la señaló inmediatamente a Rhys. Él la sacó fácilmente de la cinta y se la puso en su carrito.

—¡Bueno, ya está! —exclamó Kate, acercándose a ellos—. Ya estamos todos listos para marcharnos, así que es mejor que nos despidamos. Ha sido fantástico conocerte.

Extendió la cara para besar el aire. Thea hizo lo mismo.

—Supongo que te puedo localizar en el número de Rhys, ¿no? Te llamaré —añadió, sin esperar a que Thea respondiera—. Podemos quedar para cenar. Ahora, tenemos que irnos. ¡Hugo! ¡Damian! ¡Vamos!

Los Paine se marcharon por fin encabezados por Kate. Rhys y Thea se quedaron solos, aislados en medio de la concurrida sala.

—¿Cómo te vas a ir a casa? —le preguntó Rhys, muy formalmente—. Yo dejé mi coche aquí, por lo que os podría llevar a Clara y a ti, si quieres.

—Nell va a venir a recogernos. Ella no puede conducir, pero estoy segura de que mi padre la habrá traído en su coche.

—Entiendo. Bien. Bueno, me alegro de que no tengas que pelearte con esas maletas en el metro.

—No. Estamos bien.

¿Cómo habían llegado a aquel extremo? No hacía mucho tiempo desde que ella estuvo perdida en sus brazos y, en aquellos momentos, se veían reducidos a una charla formal.

—Bueno —dijo él, después de un instante—. Parece que ha llegado el momento de despedirnos.

—Sí —susurró Thea.

Deseó con cada fibra de su ser que él sugiriera que se reunieran alguna vez, que le pidiera el número de teléfono o algo que le diera esperanza de que él quería volver a verla. Nada. Se estaba despidiendo de Clara.

Thea besó a Sophie.

—Te echaré de menos —le dijo.

—¿Cuándo volveré a verte? —le preguntó la niña, abrazándose a ella.

—Yo... No estoy segura, Sophie. Espero que alguna vez.

—¿Pronto?

—Eso espero —contestó. ¿Qué otra cosa podía decir?

Sophie la soltó de mala gana y se volvió para abrazar a Clara. El momento que Thea había estado temiendo acababa de llegar.

Se obligó a sonreír. La sonrisa le salió algo temblorosa, pero lo hizo lo mejor que pudo. Al menos no le estaba gritando ni suplicando. Esperaba que él se lo agradeciera.

—Bueno —susurró, sin dejar de sonreír a pesar de que le estaba costando un gran esfuerzo.

—Thea...

—¿Sí? —preguntó ella, al ver que Rhys no seguía hablando. Sin embargo, él parecía haber cambiado de opinión sobre lo que iba a decir.

—Simplemente... Gracias por todo.

—Yo debería estar dándote las gracias a ti.

—¿Por qué?

—Por cuidar de nosotras y llevarnos a todas partes en tu coche. Si no hubiera sido por ti, jamás habríamos abandonado la piscina.

Se acercó a él y lo besó, sólo en la mejilla aunque le tocó la comisura de la boca con los labios. Sintió que él la sujetaba con fuerza durante un instante. Entonces, la soltó y dejó que ella diera un paso atrás.

—Adiós —dijo Thea, con la voz desgajada. Respiró profundamente y se agarró al carro del equipaje. No podía desmoronarse—. Vamos —añadió, refiriéndose a Clara—. Vamos a ver si podemos encontrar a tu madre.

Se obligó a alejarse de Rhys sin mirar atrás. Aquélla fue una de las situaciones más difíciles a la que había tenido que enfrentarse en su vida. Casi no sabía por dónde iba. Por fin, salieron al lugar donde los familiares de los pasajeros estaban esperando. Durante un momento, se quedaron completamente desorientadas por la multitud de personas que estaban esperando.

—¡Allí está! —exclamó Clara al ver a su madre. Se dirigió a ella rápidamente y estuvo a punto de tirarla al suelo—. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Lo hemos pasado tan bien!

Thea siguió a su sobrina más lentamente y recibió un cariñoso abrazo de su padre, quien, como ella había esperado, había llevado a la incapacitada Nell al aeropuerto.

—Hola, hija. No pareces demasiado contenta para ser alguien que acaba de pasar dos semanas en Creta.

—Estoy bien —afirmó ella, abrazando a su padre—. Simplemente estoy un poco cansada. Hemos madrugado mucho.

—Bueno, tengo unas noticias que podrían hacer que te sintieras mejor —anunció Nell, después de besar a su hermana.

En ese momento, lo único que podría haber conseguido que Thea se sintiera mejor habría sido ver cómo Rhys se dirigía hacia ella. A pesar de todo, sonrió a su hermana.

—¿De qué se trata?

—Ha llamado Harry.

Harry. Qué extraño. Llevaba un año haciéndole latir el corazón. Antes de marcharse a Creta, habría dado lo que fuera por saber que él se pondría en contacto con su hermana. En aquel momento... en aquel momento le era imposible recordar por qué le había importado tanto.

—¿De verdad? ¿Y qué dijo?

—Que te había estado llamando, pero que no había conseguido respuesta —dijo Nell, desconcertada por lo poco animada que Thea se mostraba—. Estaba preocupado por ti. Yo le dije que había tenido dos meses para llamar y que no lo había hecho, por lo que era demasiado empezar a preocuparse por ti ahora. Al final, le dije que estabas bien y que te habías marchado de vacaciones, por lo que si quería hablar contigo iba a tener que esperar. No creí que le hiciera ningún daño después de todo lo que has tenido que esperar tú.

—Tienes razón.

—Sabes que jamás he apreciado mucho a Harry, pero parecía bastante preocupado y tan desesperado por no poder hablar contigo, por lo que supongo que tendrá algo que decir que a ti te gustará escuchar. Le dije que regresarías hoy. Puede que te llame más tarde. Espero que te parezca bien —añadió, al ver la falta de entusiasmo de su hermana.

—Por supuesto —replicó Thea, con una amplia sonrisa sólo para demostrarle a su hermana lo contenta que estaba—. Gracias, Nell. Sólo espero que no me llame hasta que yo haya tenido oportunidad de dormir un poco.

Aquella noche, Thea se fue a la cama con la esperanza de despertarse y darse cuenta de que todo había sido una confusión y que, lejos del brillante sol de Creta, Rhys sería tan sólo una imagen tan distante e irreal como lo había sido la de Harry cuando estaba de vacaciones. No fue así. A la mañana siguiente, se despertó presa de una profunda desesperación. Se dijo que era la depresión posvacacional. Era lunes y tenía que ir a trabajar. No era de extrañar que estuviera deprimida.

Sin embargo, aquello no explicaba el dolor de corazón ni la sensación de que le faltaba una parte vital de sí misma. Sonrió y charló con todos sus compañeros de trabajo, explicando lo maravillosas que habían sido las vacaciones, pero, en su interior, se sentía completamente vacía.

Trató de decirse que superaría a Rhys del mismo modo que había superado a Harry, pero aquella vez era diferente. Cuando Harry decidió marcharse, se sentía triste, herida y desilusionada, pero siempre había existido la esperanza. Además, no se había sentido tan abandonada sin Harry como lo estaba sin Rhys. Le parecía que la vida sin él era vacía y sin sentido. A finales de aquella semana, se sentía agotada por el simple hecho

de pasar un día tras otro. Estaba empezando a sentirse desesperada. No podía seguir así. Se empezaría a encontrar mejor muy pronto.

Llevó las fotografías para que se las revelaran, pero cuando fue a recogerlas, se dio cuenta de que no podía soportar mirarlas. Se las envió a Clara directamente.

—Son maravillosas —dijo Nell, cuando llamó a Thea para darle las gracias—. Todo parece tan hermoso. Fue muy agradable poder conocer a Sophie y a Rhys, aunque sólo en foto, después de oír hablar tanto de ellos.

Rhys. Sólo el sonido de su nombre era suficiente para despertar el anhelo en Thea.

—¿Por qué no te vienes a cenar? —le sugirió Nell—. ¡Tenemos tanto de que hablar!

Las dos hermanas siempre habían estado muy unidas, por lo que Nell, en cuanto la vio, no tardó mucho en darse cuenta de que a Thea le ocurría algo.

—¿Es ese maldito Harry otra vez? —le preguntó—. ¿Es que no te ha llamado?

—Sí —respondió ella, recordando lo extraño que había sido volver a escuchar su voz.

—¿Qué quería decirte?

—Quería volver a intentarlo. Me dijo que me amaba —susurró—. Que había tenido mucho tiempo para pensar durante todo el verano y que había comprendido que le había costado mucho cortar los vínculos con Isabelle cuando su relación terminó.

—Bueno, ése es un modo de explicar que esa mujer hacía con él lo que quería.

—Según Harry, Isabelle ha encontrado a otra persona, por lo que ahora todo sería diferente para nosotros.

—Supongo que te darás cuenta de que, en cuanto ese nuevo novio se harte, Isabelle volverá a chascar los dedos para que Harry vuelva a su lado, ¿verdad? —replicó Nell, muy poco impresionada con lo que Thea le había contado.

—Sí, lo sé.

—¿Qué le dijiste?

—Que me parecía que era demasiado tarde y que yo ya no me iba a conformar con volver a ser segundo plato de nadie.

—¡Muy bien! —exclamó Nell, mirándola con mucha satisfacción.

—¿No me vas a decir que ya me lo habías advertido?

—Eso es lo último que se quiere escuchar cuando las cosas van mal. Yo lo sé muy bien —admitió Nell—. Todo el mundo me lo dijo a mí con mucha frecuencia cuando Simon me dejó. Sin embargo, no puedo fingir que no me parece que has tomado la decisión adecuada. Jamás me pareció que fuera a hacerte feliz.

—Ahora lo sé.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó Nell. Parecía muy preocupada por la falta de entusiasmo de su hermana—. ¿No te arrepientes?

—No. Estoy bien. Simplemente... estoy cansada.

—¡Es imposible que sigas cansada! Hace una semana que regresaste... Un momento, es por Rhys, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres —mintió Thea.

—Venga ya, hermanita. Debería haberme dado cuenta antes, pero creía que seguías colada por Harry. Clara no ha hecho otra cosa que hablar de Sophie y de Rhys durante toda la semana. Me ha contado lo de vuestro compromiso.

—No hubo compromiso. Simplemente estábamos fingiendo, tal y como Clara sabe muy bien.

—Fingir estar enamorada es un juego muy peligroso. Tiene la mala costumbre de convertirse en realidad sin previo aviso.

—¿Por qué no me advertiste al respecto antes de que me fuera a Creta?

—Bueno, ¡me pareció que estarías ocupada cuidando de mi hija y no perdiendo el tiempo con falsos compromisos con desconocidos! —bromeó Nell. Thea ni siquiera esbozó una sonrisa—. ¿Qué problema hay? Parece muy agradable en las fotos y a Clara le cae muy bien. Cree que es perfecto para ti.

—Yo también lo creo, pero a él no le parece lo mismo. Yo no soy perfecta para Rhys...

Horrorizada, escuchó cómo la voz se le quebraba al pronunciar su nombre. Rápidamente, se cubrió la boca con la mano, pero no pudo contener las lágrimas. Nell se levantó rápidamente para darle un abrazo.

—¡Eh! ¡Venga! ¡No puede ser tan grave!

—Lo es —susurró Thea, sin dejar de llorar—. ¿Qué demonios me pasa, Nell?

—No te pasa nada.

—Entonces, ¿por qué no hago más que enamorarme de hombres que no me corresponden?

—¿Cómo sabes que Rhys no te corresponde? —le preguntó Nell, entregándole una caja de pañuelos de papel.

Thea sacó uno y se sonó la nariz muy ruidosamente.

—No quiere tener una relación. Me dijo que no tenía ni tiempo ni energías para hacerlo.

—Mmm... Pasarse dos semanas contigo haciendo todo juntos no me parece el mejor modo de no implicarse en una relación.

—Sólo fue un romance de vacaciones. Además, en realidad no ocurrió nada. Sólo éramos amigos y ahora... Oh, Dios... Lo echo tanto de menos... —murmuró Thea, echándose de nuevo a llorar.

—Si lo echas de menos, llámalo.

—¡No puedo!

—¿Por qué no? Acabas de decir que erais amigos. Los amigos se llaman por teléfono.

—No es exactamente así. Rhys me dejó muy claro que su prioridad es pasar tiempo con Sophie. Se sentiría culpable si se implicara emocionalmente con otra persona cuando ha regresado a Inglaterra para estar con su hija y tratar de recuperar el tiempo perdido. Cree que, por el momento, necesita concentrarse en ella. Yo no puedo decirle nada al respecto.

—En teoría todo está muy bien, pero no veo que, en la práctica, sea muy saludable dedicarle su vida entera a su hija. Además, por lo que Clara me ha dicho, no me sorprendería que se pusiera en contacto contigo...

—No tiene mi número. Ni siquiera me lo pidió —susurró Thea, secándose el rostro con un pañuelo.

—A mí me ha parecido un hombre bastante competente. No creo que le resulte muy difícil encontrar tu número.

—Si me hubiera echado de menos, me habría llamado ya. No va a hacerlo —concluyó Thea, con un suspiro.

La conversación con Nell tuvo lugar el viernes por la tarde. El sábado, Thea entró en su apartamento y dejó un montón de bolsas sobre el suelo. Se había pasado gran parte de la mañana en el supermercado y, de repente, había comprendido por qué todo el mundo lo odiaba tanto. Thea siempre había disfrutado haciendo la compra, empujar el carrito por los pasillos y

meter en él todo lo que le llamara la atención. Llevaba años esperando que su apetito la abandonara y, en aquellos momentos, se encontraba demasiado triste como para disfrutar el hecho de que ya no comiera por comer.

Su frigorífico jamás había tenido un aspecto tan espartano. Thea decidió animarse con un vaso de agua mineral. Tal vez aquél era el comienzo de una nueva Thea, mucho más sana. Podría ser que, en años venideros, considerara aquel fin de semana como un punto de inflexión en su vida. Ni siquiera se acordaría por qué se había sentido tan triste ni por qué Rhys le había importado tanto.

Se congratuló por empezar a pensar más positivamente. Seguramente había dado un paso en la dirección adecuada. Había empezado el camino de la recuperación.

La luz del contestador estaba parpadeando. Apretó el botón mientras tomaba un vaso y abría la botella de agua.

—Thea, soy Rhys. He conseguido tu número a través de Sophie y...

Thea se sobresaltó tanto que derramó el agua por todas partes. Se abalanzó sobre el contestador para guardar el mensaje y volverlo a escuchar.

—...He conseguido tu número a través de Sophie, de Clara y, por fin, de tu hermana, quien parece muy agradable. Quería pedirte un favor y me preguntaba si te importaría llamarme cuando llegues a casa. Espero hablar contigo muy pronto —añadió, después de dejarle su número.

Thea escuchó el mensaje tres veces. La mano le temblaba tanto que no pudo anotar el número adecuadamente. Las cifras estaban garrapeadas sobre la página como si hubiera estado escribiendo una araña borracha. A pesar de todo, el corazón amenazaba con salirse del pecho por la alegría. Era él. ¡Él! ¡Rhys la había llamado!

Cuando terminó las rodillas le temblaban, por lo que tuvo que sentarse. No podía dejar de mirar el papel en el que había anotado el número. Incapaz de contenerse, volvió a escuchar el mensaje. No era del tipo que le hubiera dejado un enamorado ni había dicho nada sobre que la echara de menos. Sin embargo, por lo menos había pensado en ella.

¿Cuál era el favor que le habría querido pedir? Suponía que si quería saber de qué se trataba, lo mejor era llamarlo. En vez de hacerlo, telefoneó a Nell.

—¿No te dije yo que llamaría? —le dijo su hermana—. Debo decirte que parece un hombre completamente encantador. Hemos charlado un buen rato.

—Nell, si le dijiste algo sobre mí...

—Por supuesto que no. Sólo le dije que Clara me había hablado mucho de él, aunque sí que le dije que tú te pondrías muy contenta de tener noticias tuyas. ¿Por qué me has llamado a mí en vez de llamarlo a él?

—Estaba tan nerviosa... Me aterroriza poder decir una estupidez y estropearlo todo...

—¿Y qué es lo que vas a estropear? Te ha pedido que lo llames. Sólo tienes que hacerlo, escuchar lo que quiere y si ese misterioso favor es algo razonable, lo que probablemente será dado que él es un hombre razonable, lo único que tienes que hacer es decirle que sí. Así, podrás volver a verlo. Si lo que te pide es algo poco razonable, sólo tienes que decirle que no. En ese caso, tal vez no lo veas, pero si se muestra poco razonable no querrás hacerlo de todos modos, ¿no?

Nell tenía razón, aunque resultaba extraño lo fácil que parecía todo cuando el corazón que latía a toda velocidad era el de otro. Cuando colgó, Thea se quedó mirando al teléfono y trató de tranquilizarse. Hizo ademán de tomar el auricular en varias ocasiones, pero los nervios le fallaron. Por fin, consiguió marcar el número de teléfono.

Escuchó que el teléfono de Rhys empezaba a sonar. Una, dos, tres veces... No estaba en casa. ¿Iba a tener que pasar por todo aquello otra vez o encontraría el valor para dejar un mensaje? Oh, Dios...

—Rhys Kingsford.

Al escuchar su voz, Thea estuvo a punto de dejar caer el teléfono.

—Soy yo —dijo, con voz temblorosa—. Thea.

—¡Thea! Me alegro mucho de hablar contigo —respondió él, con voz alegre—. Muchas gracias por devolverme la llamada. ¿Cómo estás?

—Oh... Bien. Estoy bien. ¿Y tú?

Estuvieron charlando sobre cosas sin importancia durante un rato. Thea le preguntó sobre Sophie y sobre su trabajo a pesar de que lo que en realidad quería era preguntarle si la había echado de menos, si recordaba los besos que habían compartido y si pensaba que podría amarla.

—Me mencionaste un favor —dijo ella, por fin.

—Sí. En realidad, me siento algo incómodo al respecto, para serte sincero. Preferiría explicártelo cara a cara, si es posible. ¿Tienes un rato libre este fin de semana?

—¿Cuándo estabas pensando?

—¿Qué te parece esta tarde?

—Sí, me parece bien.

Acordaron encontrarse en un bar que Thea conocía y que estaba a mitad de camino entre los domicilios de ambos.

—Hasta las siete —dijo Rhys, antes de colgar.

Aquello sólo le dejaba a Thea seis horas para ponerse nerviosa y verse abrumada por las dudas. No servía de nada fingir que había parecido enamorado. No había dicho nada sobre echarla de menos, por lo que lo que tenía en mente no era una proposición de matrimonio o algo así. A pesar de todo, tenía que verlo.

También tenía que decidir qué ponerse. Eso le llevaría mucho tiempo. Naturalmente, no quería parecer como si estuviera esforzándose demasiado, pero, por otro lado, ¿y si se había equivocado sobre sus intenciones? ¿Y si quería volver con ella y pedirle en matrimonio? Necesitaba esforzarse un poco.

Se decidió por unos pantalones negros, que, después del peso que había perdido durante aquella triste semana, le sentaban muy bien. Se los pondría con una chaqueta de punto de color rosa claro. Le pareció que así conseguía el equilibrio exacto entre elegancia y sensualidad.

En cuanto entró por la puerta del bar aquella tarde, vio inmediatamente a Rhys. Estaba sentado en una mesa, muy serio y elegante. Los nervios de Thea se pusieron en estado de alerta y se volvió a llenar de aquel maravilloso sentimiento de plenitud que había experimentado en Agios Nikolaos. Rhys era el hombre que amaba y la estaba esperando. Por el momento, aquello era lo único que deseaba.

Al verla, Rhys se puso de pie. La expresión de su rostro la hizo sentirse la mujer más maravillosa de la tierra.

—Hola.

—Thea... ¡Estás maravillosa!

Se miraron el uno al otro durante unos segundos. De repente, parecían no saber el modo más adecuado de saludarse. Después de un momento, Thea se inclinó sobre él y lo besó en la mejilla.

—Me alegro de volver a verte, Rhys.

Thea lo devoraba con los ojos. Casi no podía creer que lo tuviera delante de sus ojos. Ansiaba poder abrazarlo, besarlo del modo en el que lo había besado en Creta. Sin embargo, Rhys se dirigió directamente al bar para pedirle algo de beber, por lo que tuvo que sentarse y tratar de controlarse.

Se alegró mucho de que él regresara con una copa de vino. Así, tenía algo a lo que agarrarse y podía evitar que las manos volaran hacia él.

—He estado pensando mucho en ti —dijo él mientras se sentaba a su lado.

Thea sintió que el corazón le daba un vuelco. Tal vez se había equivocado y...

—¿De verdad?

—Me he estado preguntando si habrías tenido noticias de Harry desde que regresaste.

—Sí, sí... pero no salió bien.

—Lo siento.

—En realidad, no me importa —repuso Thea, sonriendo para demostrar lo bien que se encontraba—. Nell no hace más que decirme que ha sido para bien y creo que tiene razón. Bueno, ¿cuál es ese favor que me mencionaste en tu mensaje? No me irás a decir que no has sido capaz de deshacerte de Kate y de su cena...

—Kate no es en realidad el problema en esta ocasión. Se trata de Sophie.

—¿De Sophie? ¿Qué le ocurre?

—No le pasa nada. Se encuentra bien, pero... Supongo que podríamos decir que está prolongando nuestro compromiso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—En realidad, es todo culpa mía —admitió, mientras miraba el vaso de cerveza—. Como se esperaba, Kate se lo contó todo a Lynda, pero, en vez de preguntarme a mí al respecto, Lynda interrogó a Sophie. Debería haberme imaginado que lo haría.

—¿Y qué le dijo Sophie?

—Le dijo que era cierto y que tú le caías muy bien. Se aseguró de que Lynda se creyera que íbamos muy en serio. Le dijo que yo te iba a comprar un anillo y que estábamos planeando casarnos en Navidad. Deben de haberse quedado con más detalles de nuestras conversaciones de lo que habíamos imaginado en un principio.

—¿Y cómo reaccionó Lynda? —quiso saber Thea. Se sentía completamente atónita.

—Me llamó inmediatamente y me preguntó qué era lo que estaba pasando. Yo había pensado decirle que no había nada serio entre nosotros y que habíamos decidido dejarlo, pero... Bueno, la verdad es que no quise darle la posibilidad de acusar a Sophie de no haberle dicho la verdad. Jamás debí colocarla en esa situación para empezar.

—¿Significa eso que seguiste con el juego?

—Sí. Al principio, pensé que sólo sería durante un par de semanas más y que luego podría volver a lo que había planeado desde un principio...

—Me parece que hay un pero, ¿verdad?

—Sí —admitió Rhys—. Ahora Lynda quiere conocerte.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 9

HA INSISTIDO bastante al respecto –añadió Rhys, bastante apenado–. A mí se me están acabando las excusas. Por eso, me pregunté si tú considerarías venir a tomarte una copa con Lynda y fingir que sigues comprometida conmigo sólo durante una noche más.

–¿Ése es el favor?

–Sí. No me gusta tener que pedirte, especialmente cuando aún debes de seguir muy disgustada por lo de Harry, pero sólo sería una tarde. De hecho, ni siquiera tiene que ser toda la tarde. Valdría con una hora o así.

Una hora o así. ¿Aquello era lo único que iba a tener con él? Thea sintió que se le contraía el corazón. Rhys parecía muy insistente en que fuera algo breve.

–Tal vez, después podríamos cenar –añadió él, lo que hizo que el estado de ánimo de Thea cambiara radicalmente.

No era una apasionada declaración de amor, pero, al menos, estarían solos. Eso tenía que ser un paso en la dirección correcta.

–Eso estaría muy bien –dijo ella.

–¿Quieres decir que estás dispuesta a hacerlo? –preguntó él, con el rostro iluminado por la alegría.

–Por supuesto –respondió ella–. Es un poco tarde para negarme a hacerlo, ¿no te parece? Además, me gustaría volver a ver a Sophie. Sería como los viejos tiempos. Los he echado de menos –añadió, queriendo en realidad decir que lo había echado de menos a él.

Rhys la miró, como si estuviera recordando lo que habían compartido en Creta.

–Yo también...

Quedaron para el miércoles siguiente. Rhys y Thea acordaron reunirse en la estación de South Kensington para poder tomar el metro hacia Wimbledon los dos juntos. Thea tendría el lunes y el martes para responderse a la agónica y eterna pregunta de qué ponerse. Kate le habría

dicho a Lynda lo desaliñada que iba siempre en Creta, por lo que, por una vez, decidió hacer el esfuerzo de vestirse elegantemente. Para conocer a la hermosa, exitosa e inteligente Lynda necesitaría sentirse segura y bien con ella misma para no verse intimidada por la situación.

Mientras contemplaba su armario, se mordía el pulgar. Se sentía completamente deprimida por la falta de algo meramente elegante que pudiera ponerse para ir a trabajar, tomar una copa con Lynda y luego irse a cenar con Rhys. Era una pena que él ya hubiera visto aquella chaqueta rosa.

Al final, decidió resolver el problema comprándose un traje de color gris. Jamás había tenido algo tan clásico y se sentía bastante favorecida con él. Además, se compró una camisa de seda color marfil que iba perfectamente y unos zapatos, aunque cuando comprobó el total de lo que había gastado estuvo a punto de tener un ataque al corazón.

Las penas se le olvidaron el miércoles por la mañana, cuando se puso el traje y se miró en el espejo. Era una pena que no tuviera una preciosa melena rubia y brillante que pudiera recogerse a la altura de la nuca. Unos rebeldes rizos castaños no proporcionaban el mismo efecto.

Desgraciadamente, tuvo que soportar que todo el mundo de la oficina la mirara completamente atónito, como si nunca antes se hubiera puesto una falda. Hasta se hartó un poco de que la gente le preguntara por qué se había puesto tan elegante.

Comprendió muy bien la sorpresa que sus compañeros de trabajo se llevaron al ver a Rhys aquella tarde. Casi no reconoció a Rhys. Estaba lloviendo y ella se había refugiado en la entrada de la estación. Entonces, lo vio corriendo por la calle. Llevaba puesto un traje gris oscuro y corbata, lo que encajaba muy bien con sus austeros rasgos, pero le hacía parecer muy diferente del hombre que había conocido en Creta.

—¡Estoy aquí! —dijo ella—. ¡Has pasado de largo!

—No te había reconocido —replicó él. La miró de arriba abajo. Evidentemente, la estaba comparando con la mujer que había conocido en Creta—. No te había visto nunca con un traje. Estás... diferente.

—Yo te iba a decir exactamente lo mismo —comentó ella. Los dos esbozaron una sonrisa.

—Odio tener que llevar corbata. En el desierto jamás necesité una. Se me había olvidado que regresar a Londres significaría tener que ponerme un traje todos los días.

—Sin embargo, seguro que ha merecido la pena dejarlo todo por Sophie, ¿verdad?

—Sí, así es...

El modo de vestir de Rhys era diferente, pero los ojos seguían siendo los mismos. Thea sintió que se derretía bajo su mirada. Durante un momento, le pareció que los dos volvían a estar en Creta, aislados en su pequeño mundo.

Fue Rhys quien los devolvió la realidad.

—Oh, se me había olvidado —dijo, mientras se metía la mano en el bolsillo y se sacaba una caja—. Te he comprado un anillo para que te lo pongas.

—Estoy segura de que no es necesario —comentó ella, sin saber qué decir.

—Pensé que debía hacerlo. Lynda se fija mucho en esta clase de detalles. Toma, a ver qué te parece.

A Thea no le quedó más opción que tomar la caja y abrirla. Entonces, vio el sencillo anillo que había en su interior y sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Zafiros —susurró, con una temblorosa sonrisa en los labios.

—¿Creías que se me había olvidado?

—Parece que ya hace mucho tiempo de todo eso, ¿verdad? —afirmó ella, con una cierta tristeza.

Se produjo una pequeña pausa.

—¿Qué te parece? —le preguntó Rhys, señalando el anillo.

¿Y qué importaba lo que le pareciera? Sólo era para aquella tarde. Miró la caja y vio que unos zafiros brillaban sobre un sencillo aro de oro.

—Es muy bonito.

—Pruébatelo —dijo él, sacando el anillo de la caja y colocándoselo en el dedo—. Espero que te esté bien. Tuve que adivinar el tamaño.

Le estaba un poco grande, pero no demasiado. Thea se mordió los labios. Le resultaba imposible no pensar en cómo se sentiría si aquello fuera de verdad, si él le hubiera comprado el anillo porque la amaba, la necesitaba y quería pasar el resto de su vida con ella, no sólo porque necesitaba detalles para convencer a su ex esposa.

—Rhys, yo...

Se detuvo al darse cuenta de repente que los estaban observando.

—¡Ah! —exclamó una mujer regordeta, dándole un codazo a su acompañante al ver el anillo de Thea. Las dos se habían parado para mirarlos con todo el descaro.

En cuestión de segundos, parecía que los dos habían atraído una pequeña multitud.

—Dí que sí, guapa —le gritó un tipo que había entre la multitud. Todos los demás se echaron a reír.

Thea no pudo evitar reírse también. La situación era tan absurda...

—Creo que es mejor que me digas que sí —murmuró Rhys—. Si no, puede que jamás salgamos de aquí.

—Muy bien. Sí —dijo Thea, lo suficientemente alto para que todo el mundo pudiera escucharlo. Todos los presentes empezaron a aplaudir y a lanzar vítores.

—¡Venga! ¡Dale un beso! —sugirió alguien.

—¡Sí, sí! ¡Dale un beso! —añadieron todos los demás.

Thea miró a Rhys a los ojos.

—Tú has empezado todo esto...

—Y sería una pena desilusionarlos —susurró él, con una sonrisa en los labios.

Rhys la tomó entre sus brazos. Todos los presentes empezaron a silbar y a aplaudir, pero Thea casi no los oyó. Se fundió en un maravilloso beso con Rhys. Era tan fantástico volver a estar tan cerca de él, poder sentir su cuerpo y sus labios. Deslizó las manos por debajo de la chaqueta y lo abrazó con toda la fuerza que pudo. No quería volver a soltarlo jamás...

Sin embargo, tuvo que hacerlo.

—Venga. Váyanse de aquí.

Un oficial muy malhumorado se abrió paso a través de la multitud y golpeó a Rhys en el hombro.

—Encuétrate otro sitio en el que pedir a esta señorita que se case contigo, amigo. Aquí estáis bloqueando la entrada de la estación.

—Lo siento —dijo Rhys. Soltó a Thea y vio que la gente había empezado a dispersarse—. Creo que es mejor que nos vayamos, Thea.

De algún modo, Thea consiguió sacar su abono de viaje, pasar las barreras y bajar al andén. Se sentía incapaz de permanecer de pie y hasta de caminar. Se alegraba mucho de que Rhys estuviera a su lado.

—Bueno, al menos les proporcionamos un poco de entretenimiento a todas esas personas —dijo él, mientras encontraban un espacio en el que esperar la llegada del tren.

—Sí. Ha sido muy divertido —consiguió decir ella.

–Sí, muy divertido –repitió Rhys, aunque, en realidad, no parecía que le hubiera resultado así.

Tuvieron que esperar el metro durante mucho tiempo. Cuando llegó, venía a rebosar. A Thea no le importó. Así podía estar bien pegada al cuerpo de Rhys.

–¿No quieres agarrarte a mí? –le preguntó él, cuando las puertas se cerraban.

Menuda pregunta... Quería agarrarse a él para siempre, pero ya sabía lo que él le respondería al respecto: que la única persona a la que se debía era a su hija. Por lo tanto, Thea se limitó a asentir y aprovechó la oportunidad de abrazarse a él mientras pudiera. Él se había agarrado a la barra del techo, lo que significó que ella pudo rodearle la cintura con un brazo y apoyarse en él.

Fue una pena que se bajaran muchos pasajeros en Earl's Court. Encontraron dos asientos y, entonces, Thea trató de distraerse con los anuncios para tratar de no pensar en el beso que habían compartido... No hacía más que jugar con el anillo que llevaba en el dedo. Aún quedaban muchas paradas hasta Wimbledon. No podían realizar todo el trayecto en silencio.

–Supongo que vamos a contarle la misma historia que a Kate, ¿no? –dijo, tras aclararse la garganta–. Me refiero a lo de cómo nos conocimos y el que yo te siguiera hasta Creta.

–Creo que sería lo mejor, ¿no te parece? –replicó él. Parecía muy relajado

–¿Hay algo que yo debería saber antes de conocer a Lynda?

–A veces puede resultar bastante intimidante, pero es su modo de ser. No dejes que te intimide.

–Kate me dijo que era una mujer de negocios con mucho éxito.

–Lo es. Es muy lista y tiene mucho empuje. También es muy ambiciosa. Recuerdo que cuando le pedí que se casara conmigo, me sorprendió que accediera. Jamás pensé que se conformara con alguien que no fuera millonario.

–Evidentemente, no cometiste el error de pedirle que se casara contigo a la entrada de una estación de metro –comentó ella. Rhys se echó a reír.

–No. No lo hice.

–¿Cómo se lo pediste?

–Lo de siempre. Un restaurante, luz de velas, rosas... Yo era muy joven –añadió, como excusándose.

–Yo no estoy segura de no preferir una estación de metro –mintió.

Rhys la miró y sonrió.

–Lo recordaré.

Cuando salieron del metro seguía lloviendo, por lo que compartieron el paraguas de Thea. Caminaban muy juntos para mojarse lo menos posible. Poco después, él indicó una casa.

–Ya hemos llegado –dijo. Se refugiaron bajo el porche. Thea sacudió el paraguas para retirar toda el agua–. ¿Nerviosa? –preguntó él mientras llamaba al timbre.

–¿Debería estarlo?

–Estarás bien.

La puerta se abrió y Thea se dio cuenta de que, en primer lugar, él no había respondido directamente a su pregunta y, en segundo lugar, comprendió por qué le había respondido lo que le había respondido.

Se había imaginado una mujer seca y convencional como Kate, pero Lynda no se parecía en nada a su amiga. Era morena y dramática, casi con un aspecto exótico. Tenía enormes ojos castaños y una cascada de hermoso cabello negro. Era muy esbelta e iba vestida con unos vaqueros negros que se le ceñían como un guante a su perfecto cuerpo y un chaleco muy sexy que Thea no habría podido lucir ni en un millón de años.

Sólo para hacer que Thea se sintiera aún más burguesa y gorda, iba descalza. Evidentemente, Lynda era demasiado intensa y espiritual como para perder el tiempo con cosas tan superficiales como los zapatos.

Thea no sabía si sentirse molesta o desear que el suelo se la tragara. Había notado cómo Lynda le miraba despectivamente el traje del que ella se había sentido tan orgullosa. Aquella mañana se había sentido tan elegante y sexy... En aquellos momentos, le parecía aburrido y conservador. Se habría sentido mucho más cómoda en su arrugado vestido de verano. ¿Por qué no la habría advertido Rhys? De todos modos, ya era demasiado tarde.

Él estaba besando a Lynda en la mejilla. Todo resultaba muy amigable y civilizado.

–Como te prometí, te he traído a Thea para que la conozcas.

–Hola.

Thea sonrió muy secamente cuando extendió la mano. Sin duda, estrechar la mano también era algo tan burgués y pasado de moda como llevar un traje para ir a trabajar. Probablemente, Lynda esperaba alguna clase de saludo muy espiritual. De hecho, le agarró la mano con las suyas, como si quisiera indicar que un simple apretón de manos era demasiado reprimido y encorsetado para ella.

—Resulta maravilloso conocerte por fin, Thea —dijo—. Entra.

Los condujo a un salón muy moderno y minimalista, en el que se respiraba Feng Shui por todas partes. Thea lo comparó con su caótico salón y reprimió un suspiro.

De repente, se escuchó que alguien bajaba a toda velocidad por la escalera y, segundos después, Sophie irrumpió en el salón.

—¡Thea!

—¡Sophie! ¡Te he echado tanto de menos! Y Clara también —dijo, casi con lágrimas en los ojos.

—Oh, sí. He oído hablar mucho de Clara —comentó Lynda, con una cierta tensión, por lo que Thea supuso que Lynda había estado hablando con Kate—. ¡Parece todo un personaje!

—Lo es —afirmó Thea.

—Ven a ver mi habitación —dijo Sophie, tirándola de la mano.

—Sophie —la interrumpió Lynda—. ¿No vas a saludar a tu padre?

—Lo siento, papá —dijo la niña. Rápidamente, se acercó a Rhys y le dio un abrazo—. Simplemente me he puesto muy contenta por volver a ver a Thea.

—Lo sé, Sophie. No te preocupes —replicó él, con una sonrisa.

—Vamos, Thea.

Sophie se dirigió hacia la puerta, pero Thea dudó. Notó que Lynda no decía nada al respecto, pero cuando miró a Rhys, él asintió con la cabeza.

Admiró la habitación de la pequeña y vio que, en un sitio de honor, estaba una fotografía de los cuatro que Nick se ofreció a hacerles al lado de la piscina de Creta. Al recordar aquel feliz momento, Thea sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Nos divertimos mucho en Creta, ¿verdad?

—Le he pedido a mi papá que si podríamos volver a ir con vosotras el año que viene.

—¿Y qué te dijo él?

—Que ya lo veríamos —comentó la niña, con expresión de disgusto.

—Me temo que ésa es la clase de respuesta que suelen dar los padres. Bueno, creo que es mejor que baje para charlar un rato con tu padre. En realidad, he venido para eso.

—Muy bien.

Las dos descendieron juntas la escalera. Antes de entrar en el salón, Thea los vio. Estaban sentados juntos en el salón, charlando. Lynda escuchaba atentamente a Rhys, observándolo con sus hermosos ojos. Thea entornó los suyos. El lenguaje corporal del Lynda le decía que ella sentía algo más que un simple interés por el que era el padre de su hija.

Esbozó una luminosa sonrisa y dejó que Sophie entrara primero en el salón.

—¡Ya estáis aquí! —exclamó Lynda, levantándose del sofá al verlas—. Ven a tomarte esa copa, Thea. Rhys, ya sabes dónde está todo, ¿verdad?

—Por supuesto —replicó él, poniéndose también de pie—. ¿Qué te apetece, cariño?

Durante un terrible momento, Thea creyó que estaba dirigiéndose a Lynda. Entonces, recordó el anillo que llevaba en el dedo y el papel que se suponía que ella estaba representando.

—Lo de siempre, por favor —dijo ella, inocentemente. Que Rhys decidiera de qué se trataba.

—¿Puedo yo tomar una limonada?

—Ya sabes que yo no tengo limonada en la casa —replicó Lynda—. Rhys, no le darás tú limonada, ¿verdad?

—De vez en cuando —dijo él, desde la cocina.

—Preferiría que no lo hicieras. Esas bebidas están llenas de aditivos.

—Oh, mamá...

—Ya basta, Sophie. No vas a tomar nada. Además, aún no has practicado con el violín. Papá te acompañará a tu habitación mientras Thea y yo charlamos un rato.

—Yo quiero quedarme con Thea —gruñó Sophie.

—Replicar parece ser una costumbre que has aprendido durante las vacaciones, Sophie —dijo Lynda. Thea estaba segura de que era una alusión a Clara. Era exactamente lo que Kate hubiera dicho—. No me gusta. Ahora, márchate.

Sophie se marchó de mala gana. Rhys regresó inmediatamente con una copa de vino blanco para Thea, y un zumo de aspecto turbio para Lynda,

que se había sentado sobre el suelo haciendo la postura del loto.

—Es zumo orgánico de arándanos y de jengibre —explicó. Seguramente se había dado cuenta de la extrañada mirada de Thea—. Está delicioso.

—Estoy segura de ello.

—Cariño, le he dicho a Sophie que ibas a ir a escuchar cómo toca el violón —anunció Lynda, cuando Rhys hizo ademán de sentarse al lado de Thea.

Al oír lo de «cariño», Thea entornó la mirada. ¿Sería Lynda la clase de persona que llamaba «cariño» a todo el mundo o lo habría hecho deliberadamente, dado que Rhys había utilizado ese apelativo para referirse a Thea?

—Siempre dices que quieres estar más implicado en lo que hace Sophie —añadió, al ver que Rhys se disponía a negarse—. ¿O lo haces sólo para aparentar?

Al final, a Rhys no le quedó otra elección que marcharse.

—Ahora —dijo Lynda, volviéndose para mirar a Thea—, podremos tener una buena charla sin que él nos interrumpa. Espero que no te parezca que soy una entrometida, pero, como es natural, quiero saber todo lo que pueda sobre la persona que, inevitablemente, va a pasar mucho tiempo con mi hija.

—Lo comprendo.

—Además, sigo apreciando mucho a Rhys. Si de verdad ha encontrado a una mujer con la que puede ser feliz, estaré encantada. Te lo prometo. Me siento responsable de que a él le haya costado tanto entablar relaciones desde nuestro divorcio. Sé que le hice mucho daño y quiero que se recupere, pero... Mira, no sé cómo decírtelo, pero quiero estar segura de que Rhys ha encontrado a la mujer adecuada. Es una persona muy especial para mí...

—Lo sé. Por eso estoy enamorada de él.

—Ah, entonces, eso sí lo comprendes.

¿Qué había querido decir con eso? Thea decidió que había llegado el momento de atacar.

—¿Estás tratando de decir que no crees que yo sea la mujer adecuada para él?

—Por favor, Thea —respondió ella, levantando las manos—. No te pongas a la defensiva conmigo. Sólo estoy tratando de asegurarme de que Rhys y tú

no cometáis un error terrible. Tal vez estéis hechos el uno para el otro, pero, si no es así, es mejor descubrirlo ahora. Nadie sabe mejor que yo los problemas que da un divorcio.

—¿Qué es exactamente lo que te hace pensar que podríamos estar cometiendo un error?

—Sólo un par de cosas que Kate me ha comentado.

—¿Qué cosas?

—Bueno, para empezar, me dijo que eras secretaria.

—Sí. Trabajo para una empresa de relaciones públicas. ¿Te parece eso un problema?

—No, no es un problema en sí. Simplemente que Rhys ha sido siempre un intelectual. A veces, yo solía sentirme bastante intimidada por él —comentó, con una carcajada, como si aquello pudiera parecer completamente increíble—. Tiene una mente prodigiosa. Por eso, es alguien que necesita una persona igual de intelectual a su lado.

Evidentemente, aquel detalle descartaba por completo a Thea. Lynda podía hablar todo lo que quisiera sobre el hecho de que quería que Rhys fuera feliz, pero para Thea, resultó bastante evidente que lo que no quería era permitir que su ex esposo abandonara su esfera de influencia. No quería estar casada con él, pero tampoco quería que contrajera matrimonio con otra mujer. En el mundo de Lynda, Rhys debía depender por completo de ella. Como Harry e Isabelle.

Resultó que tampoco era lo suficientemente cosmopolita para él. Unas cuantas vacaciones en Europa y un viaje a Nueva York no la convertían en la compañera adecuada para un hombre que había viajado tanto como Rhys.

—Me parece que en realidad necesita a alguien que haya pasado algún tiempo en países en vías de desarrollo y que esté acostumbrada a vivir en otros ambientes.

—Él ahora no está viviendo en el extranjero. ¡Vive en Wimbledon!

—No creo que se trate de eso precisamente, Thea —replicó Lynda, frunciendo el ceño como si pensara que ella era una imbécil.

—¿De qué se trata exactamente, Lynda?

—De que, para ser realmente feliz, Rhys necesita a alguien con formación y experiencias similares a las tuyas. No se puede empezar desde cero.

Siempre he creído que la historia que cada persona aporta a una relación es casi tan importante como el presente. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—De hecho, sí —respondió Thea, recordando a Harry.

—Lo que quiero decir es que los amores de vacaciones están muy bien, pero cuando se trata de convivir juntos, lo importante para tener una unión fuerte es poder compartir experiencias. Y con lo de una unión fuerte me refiero al matrimonio y a tener hijos. No se comprende cómo puede ser hasta que uno lo vive. Tú nunca has estado casada, ¿verdad, Thea?

—No.

—Y tampoco tienes hijos.

—No, pero me gustan mucho. De hecho, paso mucho tiempo con mi sobrina —comentó Thea. Se estaba empezando a sentir como si estuviera fracasando en una entrevista terriblemente importante.

—Sí, bueno... —dijo Lynda, sin mucho entusiasmo—. He oído hablar mucho de Clara. Evidentemente, se le da mucha más libertad de la que Sophie tiene.

Lo que se leía entre líneas era que Thea era una irresponsable a la hora de cuidar niños. Tuvo que hacer un esfuerzo para tragarse las palabras.

—Lo único que estoy tratando de decir es que no siempre es necesario haber tenido un hijo para conocer a los niños.

—No, pero no es lo mismo, ¿verdad? Tú no sabes lo que es tener a un recién nacido entre los brazos o ver cómo dan sus primeros pasos. Rhys sí lo sabe. Eso también es algo que no puedes compartir con él. Por supuesto, no es culpa tuya —añadió Lynda—. El hecho es que, en lo que se refiere a las cosas importantes de la vida, tú y él no tenéis muchas cosas en común y no estoy segura de que eso pueda ser bueno para una relación a largo plazo y mucho menos para el matrimonio. Compartir las mismas experiencias, la misma clase de vida, el mismo modo de pensar... Estas cosas son fundamentales para una relación fuerte.

Thea dio un sorbo desafiante a su copa de vino, pero el corazón se le había puesto en un puño. Lo peor de todo es que Lynda estaba mucho mejor.

—Creo que deberías preguntarte lo que Rhys y tú tenéis en común —comentó Lynda, con una voz tan suave y tan condescendiente que le daba a Thea ganas de gritar.

Sin embargo, era la madre de Sophie. No podía hacerlo. Se miró los zafiros que le relucían en la mano y pensó en Rhys. Recordó los maravillosos días compartidos en Creta y el vacío terrible que había sentido cuando él se marchó.

—Nos amamos —dijo, mirando a los ojos de Lynda.

—Algunas veces, el amor no es suficiente. Seré sincera contigo, Thea. Me temía que Rhys hiciera algo así.

—¿Algo cómo?

—Empezar una relación con alguien sólo por nuestro divorcio.

—¡Lleváis cinco años divorciados! —exclamó Thea, completamente incrédula—. Es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

—No si te paras a pensar que, desde entonces, Rhys ha estado prácticamente en el limbo. Sólo lleva unas pocas semanas en este país. Debes de ser la primera mujer que ha tenido oportunidad de conocer.

—¡Vaya! No sabía que no hubiera mujeres en Marruecos.

—El sarcasmo es una reacción muy negativa, Thea —le reprochó Lynda—. Recuerda que sólo estoy tratando de ayudarte. Me preocupo demasiado por Rhys como para querer que comience algo que sólo podría haceros daño a los dos. Rhys regresó para estar cerca de Sophie antes de que fuera demasiado tarde. Tiene muchos años que recuperar y creo que es mejor que lo haga antes de implicarse con otra persona.

Todo sonaba demasiado familiar. ¿Habría provenido la idea de concentrarse en Sophie exclusivamente de Lynda? Era el modo perfecto de mantener su influencia sobre Rhys sin tener que volverse a casar con él. Cuando veía que había posibilidad de que otra mujer pudiera formar parte de su vida, lo único que Lynda tenía que hacer era apretar el botón del sentimiento de culpabilidad.

Sin embargo, no iba a darle a Lynda la satisfacción de saber que la había derrotado. Sonrió muy dulcemente.

—Creo que lo mejor es que Rhys decida por sí mismo. Entiendo perfectamente que estés muy preocupada por Sophie, pero lo único que te puedo decir es que la quiero mucho y que quiero a Rhys. Estoy muy enamorada de él y quiero pasar el resto de mi vida a su lado. Podría no ser...

Thea se interrumpió cuando vio que Lynda abría los ojos desmesuradamente. Al mirar por encima del hombro, vio que Rhys estaba

en la puerta.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí? –le preguntó Lynda secamente.

–El suficiente –respondió él, con una sonrisa. Entró en el salón y se colocó detrás de Thea. Entonces, le colocó la mano sobre la nuca. Ante aquel gesto de ternura, Thea tuvo que cerrar los ojos por el placer que le producía aquel contacto—. Yo también te amo –añadió.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 10

**M**IENTRAS regresaban a la estación, Thea permaneció muy callada. Había dejado de llover, pero el cielo seguía gris y plomizo, como su estado de ánimo.

A pesar de su frágil apariencia, Lynda era una mujer muy fuerte. Resultaba evidente que quería tener a Rhys cerca y que no iba a permitir que Thea interfiriera en su relación. No era precisamente que estuviera celosa, sino que le convenía tenerlo cerca. Seguramente, para ella resultaba muy agradable pensar que él seguía inconsolable por su divorcio, que jamás había conseguido olvidarla. La pregunta era si Thea amaba a Rhys lo suficiente como para poder soportar a Lynda. Además, el sentimiento de culpabilidad que Rhys tenía por los años perdidos con Sophie jugaba a favor de su ex esposa. Además, él no había dicho nada que sugiriera que efectivamente estaba enamorado de ella.

Aquello le dejaba a Thea una dura elección. Podía enfrentarse a Lynda y luchar por Rhys o marcharse y dejar que él decidiera por sí mismo lo que quería hacer.

Lo amaba. Sabía que era el único hombre al que amaría, el único al que necesitaría. Pensar que podría pasar la vida sin él le resultaba insoportable. Sin embargo, tenía miedo. En el caso de que Rhys sintiera lo mismo por ella, temía que las exigencias de Lynda con respecto a su hija terminaran por amargar la relación que consiguieran construir. Además, él acabaría agotado por las exigencias de Lynda con respecto a su hija y de la propia Thea. Igual que Harry.

No. Thea estaba harta de relaciones triangulares. No funcionaban y eran muy costosas. Rhys tendría que decidir lo que quería hacer con su vida y si quería que Thea formara parte de ella. Ella tenía que dejar que él tomara solo esa decisión. Tenía que apartarse.

–Estás muy callada –dijo él, después de un rato.

–Lo siento. Sólo estaba pensando.

–Pareces triste. ¿Estabas pensando en Harry?

–En cierto modo sí.

–Pensé que habías dicho que estabas contenta con el modo en el que había salido todo.

–Lo sé y así es. Simplemente es que hay ocasiones en las que resulta más difícil dejarlo todo atrás.

–¿Quieres hablar de ello?

–Creo que ahora no, pero gracias –respondió ella. Sabía que si lo hacía, terminaría por salir la verdad.

–Muy bien. En vez de eso, dime cómo te fue con Lynda.

–Ah, Lynda... Digamos que ella no está segura de que nuestra relación sea una buena idea.

–¿Cómo? –preguntó él, muy sorprendido—. ¡Pero si me dijo que estaba encantada por mí!

–Eso fue antes de conocerme. Supongo que ahora no piensa lo mismo.

–¿Y por qué diablos no? –preguntó. Cualquiera habría pensado que se había olvidado de que todo era una mentira.

–Bueno, si te paras a pensarlo, no tenemos mucho en común, al contrario de lo que ocurre con Lynda. Pensé que habías escuchado esa parte de la conversación.

–No. Sólo escuché la parte en la que decías que estabas enamorada de mí.

–Ah, eso... ¿Soné convincente?

–Mucho.

–Tú tampoco lo hiciste nada mal –dijo, decidida a mantener la farsa—. El hecho de que me pusieras la mano en el cuello fue un golpe maestro.

Rhys la miró. Las miradas de ambos se cruzaron durante un instante antes de separarse. Durante un rato, hubo un profundo silencio, roto sólo por el sonido de sus pasos sobre la acera.

–Además, ¿qué tiene todo eso que ver con Lynda?

–En realidad no importa, ¿verdad? De hecho, yo estaba pensando que sería una buena razón para terminar nuestro compromiso.

–¿El qué? –le espetó él. Jamás había sonado tan seco. Evidentemente, estaba de muy mal humor.

–El hecho de que no tenemos nada en común.

–Ah, eso –dijo él, con cierta ironía.

–Puedes decir que nos dimos cuenta de que ella tenía razón y que habría sido un error que nos hubiéramos casado.

«A Lynda le gustaría eso», pensó Thea.

Tras unos minutos más en silencio, llegaron a la estación.

–Hay un restaurante muy agradable por aquí cerca –dijo Rhys–. Estaba pensando que podríamos ir allí.

–En realidad, creo que dejaremos lo de la cena si no te importa.

–¿No te apetece nada de comer?

–En realidad, no tengo mucha hambre –dijo. Era cierto, aunque a Rhys le costaría creerlo después de cómo la había visto comer en Creta.

–¿Quieres que quedemos otra noche? ¿Te viene bien el viernes?

–Yo... Creo que no. En estos momentos, las cosas están algo complicadas –contestó ella con dificultad.

–Entiendo.

–Casi se me había olvidado –susurró ella, quitándose el anillo del dedo–. Toma. Es mejor que te lo devuelva.

–¿Por qué no te lo quedas? –preguntó él–. Tómatelo como un regalo de agradecimiento.

–¿Por qué?

–Por esta noche. Por Sophie. Por Creta –añadió, tras una pausa.

–Rhys, no puedo... Es demasiado caro –musitó, tratando de sonreír–. De todos modos, no podría llevarlo. Es un anillo de compromiso.

–Claro. Tienes razón –afirmó él. Tomó el anillo y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

–Yo... Bueno, puedo tomar el metro desde aquí.

–Te acompañaré a casa.

–No seas tonto. Aún es temprano. Estaré bien.

–Como quieras. Muchas gracias por lo de hoy.

Thea consiguió volver a sonreír, aunque no demasiado alegremente.

–Ha sido muy agradable volver a ver a Sophie. Bueno, es mejor que me marche.

–Adiós, Thea...

Rhys la contempló con el rostro muy serio mientras ella metía su billete en el torno de entrada. Ya al otro lado, Thea dudó. Se volvió para mirarlo. Deseaba volver a salir y decirle que había cambiado de opinión, que le gustaría ir a cenar con él y que luego la acompañara hasta su casa. Sin

embargo, cada vez que lo veía le costaba más despedirse de él. Era mejor romper limpiamente.

—Adiós —susurró ella.

Levantó la mano a modo de despedida antes de darse la vuelta y bajar al andén justo cuando un tren estaba entrando en la estación.

—¿Por qué? —le preguntó Nell, asombrada—. ¡Ni siquiera le diste la oportunidad de poder elegir entre Lynda y tú!

—No se trata de elegir entre Lynda y yo, sino entre Sophie y yo y él tiene que elegir a Sophie.

Thea se estaba tomando con mucha tristeza el té que Nell le había preparado cuando se presentó ante su puerta hecha un mar de lágrimas bastantes días después.

—Estoy cansada de enamorarme de hombres que llevan un bagaje emocional tan complicado —se quejó—. La próxima vez que me enamore, va a ser con alguien que no tenga un pasado que lo estropee todo.

—Entonces, ve conformándote con los jovencitos —replicó Nell—. Si te ciñes a los que tengan menos de veinte años, no tendrás problemas en ese sentido.

—Yo no quiero ningún jovencito. Quiero un hombre de verdad.

—Si quieres un hombre de tu edad, vas a tener que aceptar que va a tener una historia emocional. La mayoría de los hombres normales van a haber tenido al menos una relación seria a los treinta y tantos, y si están disponibles, lo más probable sea que esas relaciones hayan terminado mal. Como la tuya. Tienes que aceptar que todos tenemos un bagaje emocional. Yo lo tengo y tú también lo tienes. Si no hubieras sufrido tanto con Harry, no habrías tenido tanto miedo de intentarlo con Rhys.

—No tengo miedo, simplemente estoy tratando de ser realista sobre los problemas. No podría soportar que todo se pusiera desagradable y que yo terminara siendo una vieja horrible y amargada.

—Pues tendrás que evitar que se ponga todo desagradable. Por supuesto que, a veces, sería difícil, pero háblame de una relación que no lo sea. Si una relación merece la pena, también merece la pena trabajar por ella. Mira, no todo el mundo tiene la suerte de encontrar a alguien a quien poder amar del modo en el que tú amas a Rhys. No puedes marcharte sin ni siquiera

haberlo intentado sólo porque quieres una relación perfecta. No es así, Thea. Sophie siempre va a formar parte de Rhys. No sería el hombre que es sin ella y la niña forma parte de él. Al menos, te cae bien y tú le caes bien a ella... Eso es muy importante.

—¿Y Lynda?

—Probablemente a veces se mostrará algo difícil, pero tú puedes enfrentarte a eso. Deberías sentir pena por ella, no resentimiento.

—¿Pena por ella? ¿Por qué?

—Ella es el pasado de Rhys. Tú tienes la oportunidad de ser su futuro. Yo sé perfectamente lo que me gustaría ser a mí. ¿Por qué no lo llamas?

—No puedo. Lo he pensado algunas veces... De hecho, he llegado a tomar el teléfono, pero, ¿qué podría decirle? ¿Que en realidad no hablaba en serio cuando dije que sólo estaba fingiendo estar enamorada de él? ¿Que si sigue vigente la invitación para cenar?

—Podrías empezar diciéndole hola y a ver qué pasa.

—Nell, él jamás va a decir nada sobre lo de estar enamorado de mí. Ni una vez. Ni siquiera nos hemos besado de verdad. Siempre ha sido parte de la mentira que estábamos representando. ¿Y si estoy creando una relación que en realidad sólo existe en mi imaginación? Si hubiera habido algo, Rhys se habría puesto en contacto conmigo.

—Probablemente cree que no te interesa después del modo en el que le respondiste cuando te dijo lo del restaurante.

—He decidido ser fatalista al respecto. Si tiene que ser, será. Si no sucede, probablemente será porque Lynda tiene razón. Después de todo, es cierto que no tenemos nada en común. No... Rhys tiene que decidir lo que quiere. Si me quiere a mí, se pondrá en contacto. Si no... Bueno, tendré que seguir adelante con mi vida.

En aquel momento, se oyó un portazo.

—¿Es Clara?

—Sí. Simon dijo que la traería él. Creo que ha estado jugando a los bolos con Sophie.

Clara se abalanzó llena de alegría sobre Thea en cuanto la vio.

—¡Hace tanto tiempo que no te veo!

—Sí, claro. Al menos hace una semana. ¿Cómo está Sophie?

—Bien.

Thea quería preguntarle por Rhys, pero, ¿qué iba a saber Clara? Simplemente le diría que también se encontraba bien y aquello no era precisamente lo que quería saber Thea.

Clara se estaba tomando una galleta de la lata que había sobre la mesa. Tras estar muy pensativa durante un instante, le preguntó:

–Thea, ¿me llevarías a patinar? Hay una pista muy buena y necesito que alguien me ayude. Papá no quiere y mamá no puede por lo del tobillo.

–Hace años que no patino e incluso entonces no lo hacía muy bien –dijo Thea–. Casi no me tenía de pie. No creo que pudiera ayudarte mucho.

–Oh, por favor... Sería muy divertido si tú vinieras.

–Muy bien. Iremos el próximo fin de semana si quieres.

Durante aquella semana, Clara se mostró decidida a que Thea no olvidara su promesa. La llamó dos veces para asegurarse de que no se le olvidaba que debía ir a recogerla el sábado.

–Estoy algo nerviosa –confesó Thea cuando apareció obedientemente el sábado–. Estoy segura de que no voy a conseguir ponerme de pie y no me quiero romper el tobillo.

Notó que Nell tenía un aire de excitación que intentaba reprimir.

–¿Qué te pasa, Nell?

–Nada –respondió su hermana–. Ah, aquí está Clara. ¿Estás lista?

–Tan lista como puedo llegar a estarlo –replicó Thea mientras se levantaba–. ¡Deséame suerte!

Para su sorpresa, Nell la abrazó con fuerza y le dijo:

–Buena suerte, Thea.

–¡Eh! ¡Estaba bromeando!

–Bueno. Buena suerte de todos modos.

Thea se olvidó del extraño comportamiento de su hermana cuando llegaron a la pista de hielo. Mientras se ponía las botas, observó la resbaladiza superficie.

–Espero que me acuerde de cómo se hace –comentó. Al levantar la cabeza, vio que Clara estaba recorriendo con la mirada todas las instalaciones–. ¿Estás buscando a alguien?

–No. Sólo estaba mirando...

Empezaron regular. Thea no sabía quién se estaba agarrando a quien, pero, después de un rato, empezó a encontrar el modo adecuado de hacerlo.

–Vamos hacia allá. Hay más espacio –dijo Clara, de repente. Antes de que pudiera protestar, la llevó hacia el centro de la pista.

–Clara, no creo que sea buena idea...

Thea se detuvo en seco al ver dos patinadores que se dirigían directamente hacia ellos. Rhys y Sophie. Como no estaba preparada para tal sobresalto, las piernas le cedieron y se cayó sobre el trasero, arrastrando a Clara con ella.

Las dos niñas se pusieron a reír como locas, lo que dejó a Rhys como el único que podía ayudar.

–No estoy seguro de poder mantener el equilibrio, pero haré lo que pueda.

Clara había conseguido levantarse y, entre todos, consiguieron poner a Thea de pie a pesar de lo mucho que le temblaban las piernas. No podía apartar los ojos de Rhys. Se sentía paralizada por el miedo de que todo aquello resultara ser un sueño. No hacía más que preguntarse qué podía decir para evitar que se desvaneciera.

–Hola –dijo, recordando el consejo que Nell le había dado.

–Hola –respondió Rhys, con una sonrisa.

–Papa, Clara y yo podemos patinar juntas a partir de ahora –anunció Sophie–. Thea y tú podéis sentaros si queréis.

–Gracias a Dios –replicó Rhys mientras observaba cómo las dos niñas se marchaban–. Bueno, ¿crees que podremos llegar a uno de los laterales?

–Tal vez yo tenga que apoyarme sobre ti.

–Si tú te apoyas sobre mí y yo sobre ti, creo que podremos conseguirlo –dijo él, agarrándola de la mano.

Thea se sentía en un curioso estado de limbo mientras se quitaba las botas. Casi no podía creer lo que estaba ocurriendo. Durante un rato, permaneció sentada al lado de él, reviviendo lo que había sentido al notar la mano de Rhys agarrando la suya. Al fin, decidió tomar la palabra.

–¿Preparó Clara todo esto?

–Creo que fue más bien un esfuerzo conjunto. Me parece que Sophie escogió el sitio.

–Entonces, ¿tú lo sabías?

–Hasta ayer no me enteré. Me imaginé que estaba tramando algo cuando fui a recogerla a casa de Clara. Conocí a tu hermana. Es muy agradable.

—¿Nell también lo sabía? —preguntó Thea, recordando el brillo que había visto en los ojos de su hermana y comprendiendo por fin el significado del «buena suerte» que le había dedicado.

—No creo que hiciera mucho tiempo. Lo prepararon las niñas. Estaban seguras de que los dos estábamos muy tristes y decidieron hacer algo al respecto.

—¿Has estado tú triste?

—Sí... —confesó él, mirándola a los ojos—. Te he echado mucho de menos, Thea. Te he echado de menos más de lo que creía posible.

—Yo también te he echado de menos —admitió ella. Cuando Rhys extendió la mano, ella se la agarró y la sujetó muy fuerte.

—Estoy enamorado de ti, Thea. Creo que llevo enamorado de ti desde que te sentaste en nuestra terraza aquella mañana. Respiraste profundamente para olfatear el café, me sonreíste y yo me perdí.

—¿Por qué no dijiste nada?

—No quería admitirlo, ni siquiera conmigo mismo. No quería enamorarme. Había decidido que iba a dedicarme en cuerpo y alma a Sophie y me sentía culpable por pensar en alguien que no fuera exclusivamente ella. Sin embargo, me resultaba tan difícil cuando tú estabas presente, sonriendo... Resultaba tan fácil estar contigo... Me aferré a la idea de que todo era fingimiento y que no significaba nada cuando te besaba, pero cada vez me iba resultando más difícil recordar que no era real.

—Lo sé —susurró Thea, entrelazando los dedos con los de él.

—¿De verdad?

—Sí, Rhys. Sé exactamente cómo es enamorarse de alguien cuando menos lo esperas, cuando ni siquiera deseas hacerlo. Cuando crees que simplemente están fingiendo estar enamorados de ti.

—Yo no creí que tú pudieras estar enamorada de mí, Thea. Pensé que sólo estabas fingiendo.

—Ahora no —afirmó ella, con una hermosa sonrisa en los labios.

Rhys la besó larga y dulcemente sobre los duros asientos de plástico, rodeados de niños en el gélido ambiente de la pista de patinaje. Thea le devolvió el beso llena de gozo y felicidad. Salieron de su ensoñación por el ruido de los aplausos. Sophie y Clara estaban sobre la barandilla de la pista, con una amplia sonrisa de satisfacción en sus rostros.

—¿Podemos ser las damas de honor?

—Idos —les ordenó Rhys, sin soltar a Thea—. Aún no le he pedido que se case conmigo.

—Oh, papá... ¿pero qué has estado haciendo entonces? —protestó Sophie—. Te vas a casar con él, ¿verdad, Thea?

—¿Quién me lo está proponiendo exactamente? —replicó Thea, riendo a carcajadas.

—Bueno, efectivamente dijiste que preferías que te pidieran en matrimonio en un lugar concurrido en vez de en un restaurante a la luz de las velas. ¿Te gustaría que buscara un micrófono para que se enterara todo el mundo? —le preguntó Rhys.

—¡No! —exclamó ella, medio divertida, medio horrorizada—. ¡Ya es bastante público con dos testigos!

—Muy bien. ¿Te quieres casar conmigo, Thea?

—Di que sí —susurró Clara.

—Sí —respondió obedientemente Thea.

—Ahora, ¿queréis marcharos? —les ordenó Rhys a las dos niñas—. Sería muy agradable poder besar a Thea una vez sin espectadores.

Las niñas se echaron a reír y se marcharon patinando. Habían cumplido su misión.

—No te olvides del anillo, papá —le recordó Sophie por encima del hombro.

—¿Qué anillo? —preguntó Thea, unos minutos después, cuando terminaron de besarse—. ¡Debías de estar muy seguro de que yo iba a aceptar!

—No —respondió Rhys, muy serio—. Simplemente estaba esperanzado. Además, es el que ya conoces —añadió, sacando la caja que contenía el anillo de zafiros. Lo extrajo y se lo colocó a Thea en el dedo—. En realidad, no estaba seguro de que Lynda se fuera a fijar aquella noche si llevabas anillo o no. Fue sólo una excusa. Quería verte llevando mi anillo. Cuando me lo devolviste, fue como si me hubieras abofeteado.

—Lo siento... —musitó ella, antes de volver a besarlo—. No te lo volveré a rechazar.

Siguieron allí sentados a pesar del frío. Thea se acurrucó a Rhys para entrar en calor.

—¡Hemos desperdiciado tanto tiempo! —exclamó ella—. ¿Por qué no me dijiste lo que sentías en Creta?

—Creía que seguías enamorada de Harry. No me pareció que pudiera sincerarme contigo. Además, ni siquiera yo estaba del todo seguro de lo que sentía. No hacía más que decirme que era un amor de vacaciones y que lo superaría en cuanto llegara a casa. No fue así. No podía sacarte de la cabeza. Cuando Lynda me dijo que quería conocerte, me aferré a la excusa para volverte a ver. Había comprendido que no había sido Creta ni las vacaciones, sino tú. Siempre serás tú... —murmuró, besándola suavemente.

—Me podrías haber dicho algo aquella tarde cuando fuimos a casa de Lynda.

—Iba a hacerlo, pero quería empezar adecuadamente, por eso sugerí lo de la cena. Tú te negaste después de conocer a Lynda

—¿Por eso parecías tan enfadado?

—Lo estaba. Estaba enfadado con Lynda por interferir, contigo por dejar que te convenciera y sobre todo conmigo mismo por haber manejado el tema tan pésimamente. Decidí que lo mejor era dejarlo estar por el momento y concentrarme en Sophie. El problema era que no podía hacerlo porque Sophie no hacía más que hablar sobre ti. Repetía incesantemente lo bien que tú le caías y lo mucho que nos habíamos divertido hasta que ya no pude soportarlo más. Le dije que tú estabas enamorada de otro hombre y que se había terminado todo. Sin embargo, mi hija no estaba dispuesta a aceptarlo. Se lo contó todo a Clara, quien aparentemente había decidido que tú y yo estábamos siendo muy tontos y que, si teníamos algo de sentido común, habríamos hecho que el compromiso fuera real mientras estábamos en Creta.

—Odio que Clara siempre tenga razón...

—Además, Clara le dijo que tú ya no estabas enamorada de Harry.

—¡Esto también te lo dije yo!

—No me dijiste que Harry había querido volver y que tú le habías dicho que no. Seguía creyendo que tú aún seguías enamorada de él.

—Claro que no lo estaba. Estaba demasiado enamorada de ti.

Rhys sonrió y volvió a besarla, otro largo beso que dejó a Thea sin aliento y ebria de felicidad.

—¿Estás segura? —le preguntó él—. No quiero que te sientas obligada a casarte conmigo por esas dos niñas.

—Por supuesto que estoy segura. ¿Y tú?

—Absolutamente.

—¿Y Sophie? No quiero que te sientas dividido entre nosotras.

—Ya has visto lo mucho que Sophie desea que nos casemos. No creo que se vaya a sentir ignorada y no lo estará. Creí que me sentiría algo culpable al respecto, pero tuve una larga charla con tu hermana cuando fui a recoger a Sophie ayer y ella me dijo algo muy sabio. Me aseguró que lo mejor que podía hacer por mi hija era darle el ejemplo de una relación de amor. Me dijo que Sophie necesitaba ver cómo dos adultos podían vivir juntos, quererse y ser felices. ¿Cómo si no lo iba a poder aprender? Una vez, me dijiste que no teníamos nada en común. Es cierto que tú no sabes demasiado sobre piedras y que yo no sé demasiado sobre zapatos, pero no puedo imaginarme amando a nadie más que a ti. Si tenemos eso en común, no necesitamos nada más.

—No —susurró ella, bajándole la cabeza para darle otro beso—. Nada más.

Thea estaba de pie en la sala, observando cómo los niños corrían por todas partes, completamente emocionados después de la ceremonia de la boda y más aún ante la perspectiva de colgar las medias cuando llegaran a sus casas.

El hotel estaba decorado muy bellamente para la Navidad. Un gran fuego ardía en un lateral de la sala mientras que un espectacular árbol de Navidad estaba en el otro, cubierto de luces y de bolas plateadas y doradas.

Dio un paso atrás cuando el grupo de niños, arrebolados y risueños, pasó a su lado. Por supuesto, Sophie y Clara estaban entre ellos, ataviadas con sus trajes de damas de honor. Ella llevaba un vestido de seda color marfil, pero la elegancia terminaba allí. Desafiando los esfuerzos de la peluquera, su cabello era un torbellino de rizos alrededor del rostro, como siempre.

¡Dios Santo! Estuvo a punto de derramar la copa de champán sobre Hugo, ¿o había sido Damian?, cuando el niño se chocó contra ella en plena persecución de los demás.

Rhys había insistido en que invitaran a Kate porque, según él, sin ella, jamás se les habría ocurrido casarse durante las Navidades, más concretamente el día de Nochebuena. Ni habrían fingido estar enamorados. Sin Kate, tal vez no estaría allí, con una alianza de oro en el dedo y un flamante esposo, que, en aquellos momentos, estaba charlando con su padre.

En aquellos momentos, Kate y Nick estaban hablando con Nell. Kate había mostrado una cierta desaprobación por la celeridad con la que se había organizado la boda.

—¡Dos meses! —había exclamado—. Me pregunto cómo habéis podido encontrar sitio... ¡y el día de Nochebuena nada menos!

—Tuvimos suerte de que el hotel tuviera una cancelación.

—Mucha suerte —había respondido Kate. Evidentemente, se sentía algo molesta de que hubieran podido organizarlo todo sin su ayuda. Recordándolo todo, Thea no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Rhys, abrazándola. Ella lo besó.

—Estaba pensando en la suerte.

—¡Qué raro! Yo estaba pensando qué suerte tengo de que estés de pie precisamente donde estás.

—¿Cómo dices?

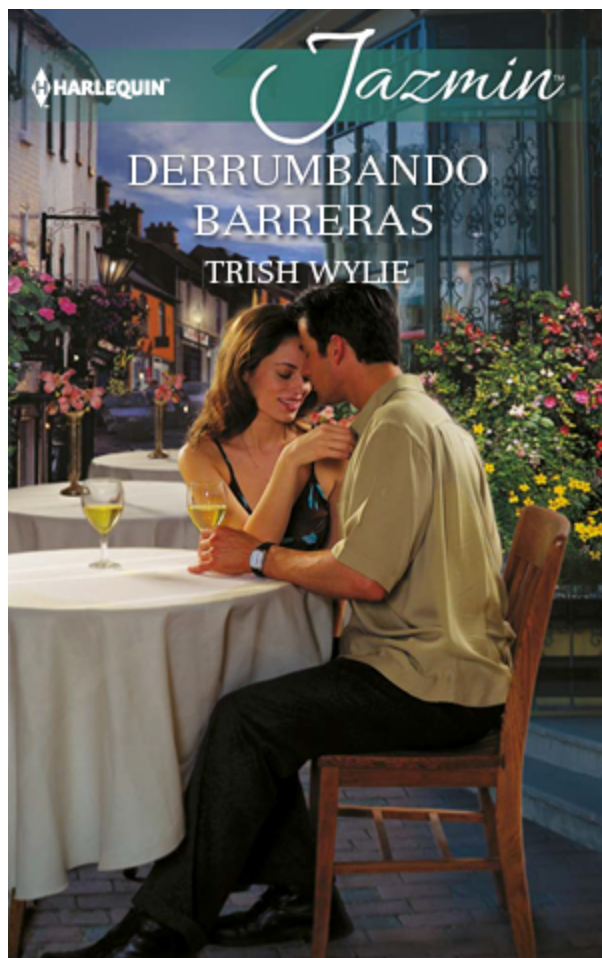
Atónita, Thea vio que él miraba hacia arriba. Levantó los ojos y comprobó que, justo encima de sus cabezas, había una enorme rama de muérdago colgada de la lámpara. Varios de los invitados se habían detenido y los estaban observando con una sonrisa en los labios. Cuando Thea comprendió lo que Rhys iba a hacer, se echó a reír.

—Rhys, ¿no te parece que por una sola vez podrías besarme en privado, sin espectadores? —le dijo, con fingida severidad.

Rhys sonrió y la estrechó un poco más entre sus brazos.

—Más tarde... —prometió.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*